



PAREJAS
PERFECTAS
II

Un prometido para la
HIJA DEL DUQUE



ALMA LAWSON

Un prometido para la
HIJA DEL DUQUE



© ALMA LAWSON

TÍTULO: *Un prometido para la hija del duque — Parejas perfectas II*

PRIMERA EDICIÓN: Setiembre, 2024

SELLO: *Independently published*

CORRECCIÓN Y DISEÑOR DE INTERIOR: *vip.servicioseditoriales@gmail.com*

DISEÑO DE PORTADA: *Dayah Araujo*

IMAGEN: *www.pixabay.com*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la titular de este copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS



Lady Susan Wellesley era digna hija de su padre: obstinada, apasionada e irreverente; no solo compartía las afamadas «virtudes» del duque, sino también, aquel carácter indómito que la llevó a rehusarse rotundamente a un matrimonio arreglado.

Henry Hervey, reciente marqués de Bristol, se sentía acorralado con el ultimátum de su familia en relación al matrimonio. Ya le habían escogido prometida y, con su nuevo e imprevisto título nobiliario, no tenía otra alternativa más que acceder a conocer a la dama en cuestión.

Pensando que ya nada podía agravar su situación, el destino lo sorprende cuando conoce a la flamante candidata y todo se vuelve peor, cuando la joven se niega tajantemente a convertirse en su esposa.

Con tantos problemas encima y los augurados con el carácter de la muchacha, hubiera sido más fácil si solo rompía el compromiso. Sin embargo, le encantaban los desafíos, por lo que la idea de domar a aquella fierecilla de belleza exótica le resultó divertido, hasta que descubre que existe un secreto que los une.

CONTENIDO



[SINOPSIS](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

[PRÓXIMA NOVELA](#)

INTRODUCCIÓN



Devonshire, 1833

—No se separen, ¿me han oído? —inquirió con su voz autoritaria el temible, pero liberal duque de Lancaster a un grupo de cinco críos que montaban a los nuevos caballos traídos desde Irlanda a pedido de su cuñado, Charles Bradbury, duque de Devon, como regalo de cumpleaños para su primogénito y heredero, Ronald Bradbury.

Los equinos ya estaban amaestrados, por lo que no resultaba ningún peligro para jinetes principiantes. Sin embargo, su hija Susan montaba a su propio caballo y estaba a la cabeza de la caravana.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono sus dos hijos; Susan y John, su sobrino Ronald y Philippa, la hija del marqués de Reading que no dejaba en paz al agasajado, y el hijo mayor del conde de Rutland, Leonard.

Arthur odiaba que a cada rato lo llamaran excelencia, por lo que había decretado a ese par de niños que respondieran de aquella manera a todas sus preguntas.

—Bien, pueden marcharse —hizo un ademán con la mano para que los niños salieran a cabalgar.

—Cuando se trata de caballos, resultas demasiado permisivo... —habló Claire, su esposa, acercándose desde atrás con una niña tomada de su mano.

Se trataba de Helena, la hija menor de los duques que tenía doce años; una niña en extremo refinada, culta y elegante, que se mostraba reacia a montar un caballo. Era muy parecida a su madre en todo sentido.

—Ven aquí, cielo. —Arthur se agachó y tomó a su hija en uno de sus fornidos brazos, y besó los labios de su esposa. Regresó la vista hacia los niños que estaban perdiéndose de su alcance—. Solo se están divirtiendo antes de regresar a la aburrida vida de la ciudad —dijo divertido, besando la coronilla de la duquesa—. ¿Tú no quieres montar, mi bella princesa? —le preguntó a la preciosa niña de pelo casi rubio y ojos azules como los de su madre.

—No, padre. —Negó con una sonrisa en los labios para que el duque no lo tomara a mal—. Prefiero aprender otras cosas y madre disfruta mucho enseñándome. Soy la única que tiene sus mismos intereses. —La pequeña y delicada Helena, miró a su madre y sonrió. De improviso, le dio un sonoro beso a su padre en la mejilla—. Quiero ser una verdadera dama, padre, para tener la misma suerte que madre y casarme con un hombre tan apuesto como usted.

Arthur soltó una fuerte carcajada y negó con la cabeza. Todos sus hijos resultaron muy ocurrentes, aunque cada uno tenía una personalidad distinta.

—Pues espero que corras con la misma suerte que tu madre... —Vio con sinuosidad a su esposa, que se ruborizó al instante—. Aunque estoy comenzando a pensar que serás la única de la familia que desee casarse...

Susan y John fueron criados por igual, eran muy parecidos a él y comenzaba a pensar que no haber hecho distinciones entre ellos le costaría caro, pues su hija no era como las demás jovencitas de su edad. Susan era idéntica a él en todos los sentidos, tanto físicamente como en carácter y sabía que a la larga eso le traería problemas.

Precisamente por el temor a repetir el mismo error que años atrás cometió con su hermana, había concretado un compromiso para su hija, aunque sabía que aquello desataría una pequeña guerra en su familia. Además, Susan era muy cercana a la esposa americana de su mejor amigo y aunado a la libertad que él mismo le había otorgado, lady Essex le metía en la cabeza muchas ideas sobre la autonomía que podía tener una mujer. Él no estaba en contra, pero sabía que solo le traería problemas a la larga y la única que sufriría sería su amada hija.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una vocecita melancólica.

—Lord Thomas seguramente pedirá la mano de mi hermana, padre. No hay de qué preocuparse... —Habló Helena con un deje de resignación, cuyo ánimo había cambiado al mencionar al hijo mayor de su amigo, el conde de Essex.

Claire arqueó una ceja y observó con suspicacia a su esposo, que emitió un largo y hondo suspiro pues, además de que la condesa tenía maravillada a su hija mayor, debía resignarse a la adoración que sentía su hija menor por el diablillo pelirrojo tan parecido a su madre en todos los sentidos.

—Susan ya tiene prometido, cariño. Por lo tanto, lord Thomas —dijo Arthur con un deje burlón y rodando los ojos— no será tu cuñado. Sin embargo, debes prometer que no le dirás nada a tu hermana, y que será un secreto entre tú, mamá y yo. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó a su hija más sensata, que meneó la cabeza afirmativamente con una sonrisa en el rostro.

—Sabes que se enfadará en cuanto lo sepa, padre. —Advirtió la pequeña, sintiendo pena por su hermana a quien amaba con todo su corazón y admiraba por lo valiente que era, pues siempre defendía sus ideales sin importar las consecuencias.

—Pues lo descubriremos en unos cuantos años —replicó Arthur, con una mueca de desagrado. Bajó a la niña al suelo y ésta lo obligó a ponerse de cuclillas para estar a su altura.

—Padre... —musitó de nuevo la pequeña Helena con una encantadora sonrisa—. Usted, ¿puede concretar un compromiso para mí? —preguntó de repente. Arthur y Claire de inmediato comprendieron el rumbo de sus intenciones—. Lo ha hecho para Susan, no le costará nada, ¿verdad? Además, es duque y uno de los hombres más ricos del reino. Estoy segura que nadie podrá negarse a sus deseos y por ende, a los de su hija más sensata. ¿Tengo razón? —insistió la pequeña con una hábil persuasión que claramente lo aprendió de su madre. Al no recibir respuesta del duque, la niña se dirigió a la duquesa con tono suplicante—. Madre...

—Cariño, papá hará lo que haga falta, pero sabes cómo es la tía Anabelle. Así que, no te hagas muchas ilusiones y además, eres muy joven. Con los años, aparecerán muchos caballeros interesantes.

—Pero yo... —los ojos de la niña brillaron de tristeza y Arthur no lo soportó.

—No te preocupes, cielo. Te prometo que te encontraré *al candidato perfecto* para ti —dijo el duque y la niña, con una sonrisa de esperanza, afirmó con la cabeza.



Susan espoleó su montura y junto con John, dejó atrás a sus demás compañeros. Ella era la mayor de todos y se llevaba de maravillas con Ronald, aunque no soportaba a la insufrible de Philippa. Sin embargo, su mejor amigo, cómplice y compañero incondicional de travesuras era Thomas, el hijo del conde de Essex con quien esperaba casarse si debía hacer tal cosa, para seguir viviendo a sus anchas sin pasar por todas las tontas situaciones que conllevaba la preparación de una joven a ser presentada en sociedad.

Odiaba la idea de transitar por todo aquello y logró convencer a su padre de que era suficiente con su institutriz para evitar que la mandaran a la escuela de señoritas. Sin embargo, la última palabra la tenía su madre, y aunque había logrado dilatar aquello por un año, estaba segura que la duquesa no se daría por vencida.

—¡Susan! —gritó su hermano que detuvo la marcha para unirse de nuevo a sus compañeros—. ¡Nos vemos aquí antes de la puesta de sol para regresar como padre lo pidió!

El joven heredero del duque de Lancaster —*que era un año menor*— sabía que su hermana no le haría caso a nadie, y que su padre se terminaría enfadando con él y no con ella, si no regresaban juntos y a la hora pactada. Además, adoraba a Susan y no soportaba los constantes enfrentamientos entre su madre y ella, y estaba seguro que la duquesa la castigaría si tenían algún tipo de contratiempo en ese paseo.

Deseaba tanto que todo fuera como hasta hace un año, antes de que su hermana cumpliera los catorce años. Eran felices, la familia perfecta en todo sentido. Sin embargo, Susan creció y era momento de prepararse para lo que, según las propias palabras de su abuela Margaret, era lo más importante en la vida de una dama: ser presentada en sociedad para conseguir un matrimonio conveniente.

De solo evocar todas las tonterías que enumeró su abuela, se le habían ido por completo las ganas de pensar siquiera en crecer y tener que *cumplir con honor, su deber como heredero*. Por eso, comprendía el agobio de su hermana que fue educada de la misma manera que él. Tener que someterse al yugo de un esposo, solo sería la ruina de Susan. Por su parte, él había decretado desde el momento en que iniciaron todos los problemas, que se mantendría lo más alejado posible de esas cuestiones; al menos, hasta que ya no tuviera más remedio, y esperaba que como mínimo trascurrieran unos veinte años para que lo inevitable sucediera.

Susan detuvo su montura y giró a su caballo cuando escuchó a su hermano; agitó su brazo en señal de afirmación antes de volver a hincar sus talones en su yegua para que ésta corriera como si el diablo le pisara las patas, adentrándose en un sendero que las llevó directo a lo profundo del bosque. De pronto, oyó varios disparos y su caballo comenzó a encabritarse y pararse en dos patas. Por suerte, Susan era una hábil jinete que logró controlar a la yegua baya que montaba y, cuando se calmó, con sigilo la dirigió hacia donde provinieron los disparos.

Hizo un trayecto de aproximadamente media hora, llegando hasta un arroyo rodeado de

piedras. Observó a su alrededor, pero no vio nada.

—Aquí no hay nada... —le musitó a su caballo, pues había cogido esa costumbre de su padre, que siempre decía que los equinos eran los mejores para escuchar los problemas y deseos.

De pronto, sonó un trueno y a continuación un relámpago rasgó el cielo. Susan levantó los ojos pardos y observó unas nubes grises que opacaron en un pestañeo el día soleado.

—Regresemos, Star —volvió a susurrarle a su montura que relinchó, dando vuelta para regresar por el mismo sendero. Sin embargo, cuando estaban a punto de marcharse, escuchó hablar a alguien con mucha dificultad.

—Ayuda...

Volvió a girar su montura y observó cómo un hombre trataba de salir a rastras del arroyo. Entonces, de un salto bajó del caballo y corrió a socorrerle.

No le importó mojarse los botines, ni que el faldón de su vestido se ensuciara cuando entró al agua para ayudarlo a salir, antes de que muriera asfixiado pues estaba boca abajo. Sintió miedo en cuanto vio la camisa blanca manchada por completo de sangre, pero se esforzó en controlar la respiración. Lo volteó y tomó por debajo de los brazos para deslizarlo hasta la orilla. El hombre gritó y comprendió que la herida debía de estar en uno de sus hombros. No tuvo más remedio que continuar hasta que su cabeza estuviera fuera del agua, y después rodeó el cuerpo para ir hasta las piernas y estirarlo desde esa parte de su anatomía. Cuando por fin estuvo completamente en una superficie seca, gotas de lluvia golpearon las hojas y cayeron sobre ellos.

—¡Tenemos que ponerlo a salvo, Star! —le habló a la yegua que relinchó y se acercó hasta ella. Entonces, Susan vio el lazo que siempre llevaba atado a la silla y sonrió—. Eres una buena chica, no lo habría pensado.

Star volvió a relinchar y Susan fue a por el lazo, dejando anudada la punta a la silla y siguiendo hasta el hombre para atar sus pies con el otro extremo de la soga de cuero. Era demasiado lejos para llevarlo a rastras hasta la casa de sus tíos, y muy pesado y grande para alzarlo al caballo.

—Lo llevaremos a la cabaña de caza y luego pediremos ayuda... —dijo a Star.

Cuando el caballo comenzó a moverse, el hombre gimió de dolor y Susan detuvo a la yegua. Corrió a revisarlo y comprobó que tenía la herida en el hombro derecho, pues la sangre comenzó a brotar. Sin pensarlo demasiado, se rasgó la falda del vestido e hizo una especie de venda. También rompió una de las mangas de su vestido, hizo una bola de tela y lo colocó sobre la herida, vendando con el otro trozo de tela, todo el hombro.

—Tienes suerte de seguir vivo y de que te haya encontrado. Así que, debes aguantar un poco más —le dijo al hombre que mantenía los ojos cerrados—. ¡Camina, Star! —ordenó al caballo que comenzó a andar lentamente.

Susan se había mantenido cerca del individuo para controlar el sangrado de la herida. Mientras avanzaban, el viento se alzó con un silbido espantoso y luego se apagó en un gimiente vagido. Las ramas se movieron y agitaron, y los arbustos se arquearon. El caballo tiraba, mientras ella mantenía tensas sus manos encima de la compresa que había improvisado. Cuando por fin llegaron a la cabaña, estaba exhausta. Con sus últimas fuerzas, volvió a tirar lentamente de las largas piernas del hombre hasta meterlo dentro. Entonces, la lluvia comenzó a caer con violencia y ni siquiera lo pensó cuando metió a Star junto con ellos dentro del recinto que no era

muy grande, pero donde cabían los tres cómodamente.

De cucullas al lado del cuerpo, Susan no pudo evitar observar con mejor atención al caballero que había salvado. Se sintió obligada a dejar que sus ojos subieran desde las botas, a los largos y fornidos muslos, más arriba de la pelvis y de la estrecha cintura hasta lo monumental de su pecho que subía y bajaba con dificultad. Era grande, delgado, de extremidades bien musculadas; tenía un cuerpo extraordinariamente magnífico. Sin embargo, su rostro estaba magullado en la mandíbula y uno de los pómulos, por lo que no logró hacerse una idea de su cara, aunque no dudaba que fuera fastuosa como toda su anatomía.

Tenía casi quince años y nunca había experimentado lo que en ese momento sentía. Aunque su cuerpo aún no había terminado de desarrollarse, era consciente de que poseía una belleza innegable de rasgos exóticos con su pelo castaño, y sus ojos grandes y pardos como los de un felino; todos lo mencionaban. También, que era idéntica a la difunta hermana de su padre. Sin embargo, era la primera vez que se sentía tan extraña ante la presencia de un hombre que para rematar, estaba inconsciente. De repente, advirtió que la boca se le secó y que su estado de ánimo se alteró con la sola idea de quitarle la camisa para revisar mejor la herida y al menos lavarla para que no se infectara.

—No seas tonta, Susan... —Se dijo a sí misma, mientras se quitaba los guantes. Con las manos temblorosas comenzó a desprender cada botón hasta llegar al pecho. Hizo a un lado la venda provisoria y la bola de tela que le había puesto por compresa, para retirar con cuidado la camisa que se adhería a su piel que estaba ardiendo.

Se puso de pie con prisa y del interior de la silla de montar, extrajo la daga que siempre llevaba consigo. Se volvió a poner de rodillas y comenzó a cortar rápidamente. Tiró con fuerza, rasgando cada parte para despojarlo de la prenda mojada y cortó otro trozo de la falda de su vestido para secarlo y limpiar la sangre que seguía brotando de un orificio en su hombro derecho. Cada vez que respiraba, manaba sangre de la herida y comprendió que tenía que cortar la hemorragia.

Susan volvió a rasgar la otra manga de su vestido y puso la improvisada compresa en el hoyo de la herida. Entonces, el hombre gimió.

—Moriré... —jadeó sin levantar los párpados.

Ella lo miró con pena, pues era demasiado joven para morir. Unos mechones de abundante cabello negro le caían sobre la frente y sobre sus ojos cerrados se arqueaban unas pobladas cejas oscuras.

—No morirás, tienes que vivir —habló ella fuerte y claro para que el hombre la escuchara. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas cuando sintió un calor pegajoso en sus dedos y comprendió que la hemorragia no paraba. Entonces, deseó con todas sus fuerzas que su padre estuviera allí.

De pronto, se sobresaltó cuando se oyó el relincho de varios caballos y Star comenzó a inquietarse.

Susan pensó que, quizás eran los mismos que le habían disparado al hombre y que lo estaban buscando para corroborar que hicieron un buen trabajo o, en caso contrario, terminar de rematarlo.

El caballo se agitó más; estaba con las orejas fijas hacia atrás, dando azotes con su cola,

resoplando y pateando el suelo de madera con sus patas delanteras, como si se estuviera alistando para atacar. Susan tomó la daga, presionando en un puño con fuerza y en posición de defensa, con su pie izquierdo hacia adelante, lista para arremeter con su mano derecha. No le importaba las consecuencias, pero no dejaría que le hicieran daño al hombre moribundo sin al menos luchar. Además, sabía que nombrar a su padre sería un aval de garantía en caso de que hiciera falta, pues todos lo conocían, y no pensaría dos veces en utilizar aquella ventaja si de ello dependía su vida y la del individuo al que intentaba salvar.

Los cascos de varios caballos se acercaban más y más, y el corazón de Susan estaba a punto de explotar por la excitación de lo que sucedería. Oía perfectamente los pasos y los susurros de los hombres que, al parecer, deseaban sorprenderlos. Star relinchó y se encabritó, interponiéndose en la entrada, con sus patas al aire, intentando protegerla.

—¡Shhh! ¡Quieta! Tranquila... —ordenó un hombre al caballo en vano, pues Star avanzó hacia la salida un poco más, con la ineludible intención de atacarlo.

Susan contuvo la respiración y sintió una mano tirar con fuerza de su falda rotosa.

—Ayuda... —gimió de nuevo el moribundo—. Es... ayuda...

—¿Reconoces esa voz? —Se agachó a cuestionarle, pero el hombre ya no tuvo fuerzas para hablar.

—¡Sea quien sea esté allí dentro, solo estoy buscando a mi señor! —gritó el hombre que estaba fuera de la cabaña—. ¡Salió a cabalgar y no regresó! ¡Si lo vio, por favor, ayúdeme!

Susan dudó por unos instantes, pero no tenía más remedio que seguir su intuición, y ella le gritaba que las palabras del desahuciado significaban que el hombre que estaba fuera, era de fiar. Guardándose los nervios, se asomó hasta la puerta, quedándose de pie al lado de su yegua, para encontrarse con un hombre corpulento vestido de negro, de rasgos duros y melena larga rojiza.

El desconocido dio unos pasos hacia ella y Star levantó las patas delanteras, que por poco y lo alcanzan.

—No ose avanzar o le irá muy mal —amenazó Susan, con el puñal al costado de su cuerpo—. ¿Quién es usted?

Su mirada parda se encontró con unos ojos penetrantes y cautelosos. Levantó ambas manos en señal de paz y dijo:

—Busco a mi señor, le juro que no pretendo algo malo —los hombres que estaban a su espalda permanecieron en silencio, observando con admiración a la jovencita que le hacía frente al enorme hombre que jamás había demostrado condescendencia con nadie.

—Desde ya, le advierto que si está mintiendo, lo buscaré hasta por debajo de las piedras y con mis propias manos lo despellejaré —advirtió, enseñándole el puñal—. Antes de entrar a esta cabaña, le informo que soy la hija del diablo, y que si tan solo se le ocurre tocarme un pelo o lastimar a quien estoy protegiendo, mi padre lo alcanzará adonde sea que vaya, y lo sacará de donde se esconda para hacerle conocer el mismísimo infierno. ¿Ha comprendido?

El hombre pelirrojo afirmó con la cabeza.

—Entre despacio, con las manos arriba y recuerde mis palabras. —Susan retrocedió de espaldas, sin bajar la daga ni dejar de observar al hombre que ingresó lentamente al recinto.

En cuanto el gigante vio al moribundo, emitió un improperio y se echó al piso de madera para revisarlo.

—Señor, señor... —susurró como si su vida dependiera de que el hombre inconsciente abriera los ojos.

—Ha perdido mucha sangre y está muy débil. Debe recibir atención médica y lo mejor es que lo vea un doctor...

—Por el amor de Dios, ¿qué le han hecho? —musitó el pelirrojo, hablándole al moribundo.

—Tuvo suerte de que lo encontrara, o habría muerto ahogado —intervino Susan, poniéndose de cuclillas al lado del cuerpo—. ¿Quién intentó matarlo? —indagó. En ese instante, antes de que el hombre le respondiera, la mano del herido la tomó de la muñeca.

—Gracias... —susurró—. Dime... nombre... —jadeó y volvió a perder sus fuerzas.

—No hables o morirás. Ya estás a salvo... —replicó con una sonrisa, aunque el desconocido con el rostro lleno de moretones ya no la escuchó.

—Señorita... —Se dirigió a ella el pelirrojo—. ¿A quién le debo la vida de mi señor?

—Ya se lo he dicho, soy la hija del diablo; si tu señor es un poco inteligente, lo comprenderá. Es mejor que se lo lleve... —Se puso de pie, mientras el hombre llamaba a sus escoltas y se ocupaban del cuerpo. Cuando estuvieron listos para marcharse, Susan dijo—: ¡Espere! —corrió hasta el pelirrojo, en tanto se quitaba del cuello el collar de oro blanco del cual pendía un prendedor en forma de árbol, cuyas ramificaciones concluían con incrustes de zafiros y esmeraldas. Se lo puso al cuello al hombre que salvó—. Tienes que vivir, porque debes regresarme este amuleto de la buena suerte... —le susurró al moribundo, bajo la atenta y confusa mirada del hombre que tenía en el regazo de su montura al herido.

—Prometo que le daré el mensaje y juro que volveremos para pagar la deuda que hemos contraído con usted, señorita.

—Solo váyanse, o puede ser demasiado tarde para él.

El pelirrojo afirmó con la cabeza, dio vuelta a su montura y galopó con los demás hombres siguiéndolo.

—Hasta luego... —susurró Susan, sin imaginar que años después, el destino uniría de nuevo sus caminos.

CAPÍTULO 1



St. James, 1838

Henry Matthews Hervey, desde la segunda planta de la moderna edificación, observaba con el ceño fruncido la mesa principal donde todo el público rodeaba a los dos contendientes de aquella partida de naipes que llevaba horas. El silencio era hermético y podía oírse hasta el más minúsculo ruido del gran salón en la planta baja, donde lord Rivers pretendía recuperar la pequeña fortuna que había perdido durante la velada. Sin embargo, volvió a caer contra Alexander Gordon, quien prácticamente había desplumado a medio Londres en una semana.

—¡Por fin ha concretado! —oyó Henry a su espalda y suspiró. Era momento de que lord Alexander Gordon, marqués de Huntly, abandonara la ciudad.

—Es hora de que se marche antes de levantar sospechas —decretó y el fornido hombre vestido de negro que estaba detrás, afirmó.

—Ordenaré a su escolta que preparen el viaje.

—Refuerza su seguridad con varios de nuestros hombres, y organiza nuestra partida a Reading —dijo con un deje de resignación.

—Como ordenes. —El hombre pelirrojo dio media vuelta y salió de la elegante oficina asentada en la segunda planta del Fortune Club, un opulento y elegante casino que frecuentaban los caballeros más ricos de la ciudad.

Henry, dueño de la casa de juegos desde hace dos años, observó con orgullo la estancia desde arriba. El salón principal era un espacio lujoso, de gran clase, con las paredes decoradas con tapices en azul burdeos y cortinas doradas. Del alto techo del centro colgaban enormes candelabros de plata, iluminando el recinto guarnecido con muebles traídos directamente desde Francia. Los metros cuadrados se dividían en la zona de mesas de juego, mesas redondas con asientos para cenar, una barra moderna con una gran variedad de licores para quienes solo iban a observar y beber un trago, y una zona privada para los que buscaban intimidad. En la segunda planta, funcionaba una especie de alojamiento para los caballeros que venían desde otras ciudades y buscaban confort y diversión en un solo sitio. También su despacho, la oficina del administrador y abogado que llevaba la parte legal del club y se hacía cargo en su ausencia, y el banco privado del casino, donde se concretaban las apuestas, pagaban las deudas o retiraban las ganancias. El sitio era su mayor orgullo y lo había construido a base de astucia e intuición para las apuestas, amasando una pequeña fortuna que invirtió en ese proyecto con ayuda de un socio.

Siendo el segundo hijo, del segundo matrimonio —*valga la redundancia*— del difunto

marqués de Bristol, supo desde que tuvo conciencia que debía abrirse camino con su propio esfuerzo, dado el caso que su hermano mayor lo detestaba profundamente, por no decir que lo odiaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, después de años de enfrentarse en las sombras a Garrad, hijo del primer matrimonio de su padre y dueño del título tras la muerte de su progenitor, éste había perecido hace seis meses y ahora, muy a su pesar, cargaba sobre sus hombros la responsabilidad de ser el nuevo marqués de Bristol.

«Que ironía», pensó muchas veces Henry, en la soledad de su despacho. Garrad no le perdonaba que su madre, de ascendencia escocesa, se hubiera casado con el difunto marqués, al mes de que la suya hubiera muerto. La acusaba de haber acelerado el fallecimiento de la susodicha para ocupar su lugar, y por ende, lo detestaba a él, que nada tenía que ver en los asuntos de faldas de su padre. Tanto, como para atentar contra su vida en varias ocasiones, lo que lo llevó a vivir en las sombras por muchos años.

Nadie, absolutamente nadie, además de su socio, sabían que era el dueño del casino más moderno y lujoso de la ciudad, y ahora que se había convertido en marqués, ya resultaba imposible revelar su identidad.

También le resultaba gracioso cómo, ahora que tenía mucho dinero —*ganado con su propio esfuerzo*— y poder, se sentía incompleto. Por encima de la tela de su camisa, presionó el medallón que llevaba colgado de su cuello desde hace cinco años. Seguramente, la dueña de ese amuleto ya era toda una mujer, pues Brodie, su mano derecha y guardia personal, le había comentado que la dama que lo salvó debía rondar los quince años.

Con un nudo en el corazón, cerró sus párpados y cuando los volvió a abrir, unos ojos verdes pálidos y transparentes que parecían haberlo visto todo en la vida, se asomaron entre sus tupidas pestañas, bajo dos cejas morenas muy arqueadas.

—La hija del diablo... —musitó para sí, evocando las palabras de Brodie.

—¿Sigues pensando en la damita que te salvó? —inquirió el susodicho a su espalda. Henry estaba tan sumido en sus pensamientos, que ni siquiera se percató de que había regresado.

—¿Cómo aseguras de que se trataba de una dama? Podía ser la hija de algún arrendatario de la zona, una simple campesina... —cuestionó, ya que fue incapaz de encontrar a la muchacha cuyos rasgos había descrito su escolta y mejor amigo.

Había regresado cada año a Devonshire, recorrido minuciosamente el área, preguntado por las damitas en edad casadera, y ninguna era la que lo había encontrado moribundo.

—Ninguna mujer se plantaría con semejante aplomo de no ser a que esté acostumbrada a dar órdenes y salirse con la suya. Su padre debe ser alguien poderoso, pues me aseguró que si llegaba a tocarle un solo cabello, me desterraría al mismísimo infierno. —El pelirrojo sonrió al recordar a la valiente jovencita que le había hecho frente para proteger a Henry. Hasta ese día, sus hombres rememoraban con admiración la osadía de la muchacha—. Además, su ropa, el modo en que hablaba, su montura y el puñal que sostenía, solo los podía portar una dama de alcurnia y dinero, sin dejar de mencionar que el amuleto que te dio tiene piedras de zafiro y esmeralda. ¿Sigo enumerando mis razones para llegar a la conclusión de que se trataba de una dama adinerada? —inquirió burlón, a sabiendas de que la desesperación hacía que Henry desviara sus pensamientos a aquellas posibilidades tontas.

—No, Brodie. —Movié su cabeza de un lado a otro. Se volteó y caminó hasta el sillón

detrás de su escritorio para tomar asiento. Brodie hizo lo mismo delante de él—. Solo estoy buscando una razón para aferrarme a ella y poder encontrarla, antes de ponerme la soga al cuello. ¿Estás seguro que ninguna de las damas con quienes nos entrevistamos, podría ser ella? —insistió, sirviéndose una medida de whisky.

—Completamente seguro. Jamás olvidaría aquella mirada desafiante —ratificó el pelirrojo—. Tal vez, se casó joven y se marchó a otro condado. Sabes que esa posibilidad existe. Sin embargo, si lo que deseas hacer es compensarla y agradecerle por haberte salvado, tienes toda la vida para buscarla. A menos que... quieras algo más de ella —indagó con suspicacia, observando la reacción de Henry que se recostó en su sillón y, con la mirada perdida, bebió despacio de su vaso.

—Tal vez... —respondió, evocando la voz de la joven que había hecho hasta lo imposible por salvarlo.

—Debes estar bromeando —replicó Brodie, con sus ojos marrones fruncidos—. Lancaster no dudará en matarte con sus propias manos si no cumples con el compromiso que tu madre y él concretaron. Sabes que, si no fuera por el duque, estarías muerto.

Henry resopló, recordando de repente aquel pequeño gran detalle. El duque de Lancaster era muy amigo de su tío Cameron, duque de Atholl, el hermano de su madre, a quien le juró que lo protegería. En su desesperación, la marquesa viuda sugirió un compromiso entre su único hijo y la primogénita de su excelencia, a quien conocería al día siguiente.

Precisamente, esa era la cuestión que lo tenía desesperado pues, al no encontrar a su salvadora, no tenía ninguna excusa para negarse a aquel compromiso. Además, todos en el reino conocían el temperamento de Lancaster y Brodie tenía razón: ese hombre era capaz de retorcerle el pescuezo con sus propias manos.

—Espero que la joven no sea tan insufrible como todas las damas que buscan marido —masculló exasperado, pues no era tan paciente ni adulator como los demás caballeros de su círculo.

—He hecho mis averiguaciones, y todos coinciden en que, lo que tiene de belleza, lo tiene de carácter. Dicen que es digna hija de su padre y que no pretende por nada del mundo desposarse; así que, tendrás mucho trabajo por delante —agregó burlón.

—Pues eso suena interesante. —Los labios carnosos de Henry se curvaron de repente—. Si la joven no busca esposo, y yo tampoco busco esposa, no hay por qué cumplir con ese compromiso —dijo animado.

—También he oído que su padre no tiene prisa por casarla y que, de hecho, no le resulta molesto que no se despose. Sin embargo, la duquesa es otro asunto y es quien presiona a su excelencia para formalizar el compromiso. Y dicen que esa dama es la debilidad del duque; por lo tanto, olvídate de romper el trato —concluyó el pelirrojo.

—Las mujeres siempre desean complicar y controlarlo todo... —volvió a suspirar y terminó su whisky—. En una hora partiremos a Reading —avisó, resignándose a acudir a la cena que su excelencia ofrecería para que, por fin, su hija y él se conocieran.

—¡Anímate, hombre! —dijo Brodie, poniéndose de pie—. Quien dice y la muchacha te termina gustando.

Henry solo negó con la cabeza y lo imitó, para ir a ultimar unos detalles con el

administrador, antes de marcharse.



Reading

Susan ingresó junto con John desde la cocina al salón principal, donde su hermana Helena y su madre armaban un gran alboroto junto con varias criadas. Regresaban de las caballerizas, donde habían terminado de admirar cómo los jinetes más expertos de la finca intentaban amaestrar a los nuevos caballos que el duque de Lancaster había traído. Ambos se miraron y fruncieron el ceño, ignorando lo que sucedía.

—Madre preciosa... —susurró John, de casi diecinueve años, rodeando a la duquesa y propinándole un beso en la frente.

El heredero al ducado era alto, demasiado, y le sacaba una cabeza a sus hermanas y madre, al igual que su padre. Tenía los ojos verdes, moteados en tonos marrones, el pelo castaño y la misma sonrisa endiablada que el duque. Acababa de culminar sus estudios en Eton, y se estaba preparando para ir a Oxford.

—Y la hermana más distinguida. —Se dirigió a Helena, que era el vivo retrato de la duquesa, tomándola por la cintura y levantándola para hacerla girar en el aire.

—¡John! ¡Ya bájame! —protestó entre risas la castaña de ojos celestes. Cuando su hermano dejó que sus pies tocaran el piso, lo reprendió de una forma cariñosa—. No es apropiado que sigas haciendo estas cosas; ya no somos niños y las damas podrían pensar que eres un tonto. Te será difícil conseguir una esposa apropiada. —Lo molestó, dándole un beso en la mejilla para que no se enfadara.

—Pues si levantar a mis hermanas y hacerlas girar a volandas, me ayudará a huir del matrimonio, lo seguiré haciendo —volvió a levantar a Helena, mientras Susan reía y negaba con la cabeza.

—¿Qué sucede, madre? —inquirió Susan, cuando sus hermanos se calmaron—. ¿Tendremos visitas?

Claire miró a John, quien esquivó los ojos. Le había encargado a su hijo que preparara a su hermana para recibir a su prometido, ya que era su confidente y siempre lograba convencerla de todo lo que se proponía. Sin embargo, tal y como lo había supuesto, no tuvo el valor para decírselo a Susan. De hecho, nadie tenía las agallas para comentarle el motivo de la cena que estaba organizando con su hija menor.

—Ven aquí, cariño. —Claire extendió sus manos para que su primogénita las tomara.

Susan no era tonta y comprendió inmediatamente que algo ocurría. Sus hermanos se mostraban esquivos y nerviosos, y su madre un tanto ansiosa. Con prudencia, tomó las manos de la duquesa.

—Sé que, lo que dirá no me gustará. Así que dígalo sin rodeos, madre —dijo con aparente calma.

—Tu padre ha invitado a cenar a un caballero y quiere que lo conozcas, cariño —respondió con cautela la duquesa.

Susan de inmediato frunció el ceño y tiró de sus manos.

—¿Siguen con esa absurda idea de buscarme un esposo? Pensé que ese asunto había quedado olvidado —cuestionó con los ojos brillantes. Volteó a mirar a sus hermanos y negó con la cabeza—. Ustedes lo sabían, ¿cierto?

—Susan, solo es una cena... —dijo John, intentando acercarse a su hermana—. Si el caballero no te agrada, nadie te obligará a seguir tratándolo, pero conocerlo no te hará ningún mal.

—Hermana, solo queremos ayudarte... —acotó Helena, siguiendo a John mientras Susan retrocedía—. Fue padre quien lo decidió, no te enfades con madre.

—¡Pues resulta de lo más conveniente para todos ustedes, menos para mí! —levantó la voz, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Para ti, John, es una simple cena, pero te lo preguntaré cuando llegue el momento de que sientes cabeza y seas tú el acorralado y obligado a aceptar a una mujer que ni siquiera conoces. —Le advirtió—. Y para ti, Helena, el querer ayudarme significa ayudarte a ti misma, porque siempre has temido que Thomas pida mi mano. ¿Tengo razón? —increpó, mientras su hermano la observaba apenado y Helena afligida.

—Yo jamás me interpondría entre ustedes dos, si quisieran estar juntos... —musitó con la voz estrangulada la menor, conteniendo sus ganas de llorar.

Susan presionó sus manos en puños porque odiaba ver a su hermana de aquella manera, y de todas formas, a ella ya no le gustaba Thomas para marido. Sin embargo, estaba dolida con ellos por haberle ocultado lo que sucedería esa noche en su casa. De haberlo sabido, hubiera fraguado un plan para ausentarse unos días. Le habría escrito a la madre de Thomas, o a su tía Serena, mas no le dieron tiempo de pensar en nada.

—No puedes hablarles así a tus hermanos, Susan. Ellos no han hecho nada malo —intervino su madre, intentando no aumentar la tensión que era palpable en el aire—. Solo te suplico que hagas un esfuerzo y pongas de tu parte, y si no resulta...

—¡Me buscarán otro pretendiente, por supuesto! Porque lo que más desean es deshacerse de mí —completó la frase por su madre.

—Nadie quiere deshacerse de ti, cielo. Entiéndelo, por favor, estas cosas suceden porque deben suceder. ¿Acaso te hemos impuesto a algún caballero en tus dos temporadas? —insistió Claire.

A Susan se le iluminaron los ojos y sonrió con decepción, llegando a una dolorosa conclusión.

—Entonces, este invitado, ¿es mi prometido? —increpó de repente, sorprendiendo a su madre y hermanos—. Es por esa razón que no aceptaron las peticiones de cortejo de otros caballeros y tampoco insistieron en el asunto de mi matrimonio, ¿cierto? —todos permanecieron callados, lo que la irritó aún más—. Responda, madre.

—¡Este compromiso lo concreté para ti hace poco más de cinco años! —La voz potente de su padre retumbo a su espalda.

Susan dio media vuelta y con los ojos entornados, negó con la cabeza. Su padre, la persona

en quien más confiaba, ¿fue quién pactó su sentencia y a sus espaldas?

—¿Usted? —cuestionó Susan, sin podérselo creer—. Padre, usted jamás me haría algo así. No, me niego a creerlo. —Siguió moviendo de un lado a otro la cabeza.

El duque se acercó hasta su hija predilecta y la tomó por los hombros.

—Lo hice porque es lo mejor para ti, cariño. El hombre con quien te prometí, es alguien digno de mi confianza y el único al que creo capaz de hacerte feliz porque no es como los demás caballeros. Confía en mí, siempre he cumplido con mis promesas... —agregó, con la esperanza de que Susan comprendiera.

Sin embargo, su hija se deshizo de su tacto, dio media vuelta y salió corriendo de la casa.

—¡Susan! —gritó John, con la idea de seguirla, mas su padre lo tomó del brazo y se lo impidió—. ¡Padre! —protestó.

—Deja que se marche, le hará bien estar sola —dijo Arthur, reprimiendo sus propias ganas de salir corriendo tras ella y consolarla.

Cuando el aire le dio de lleno en la cara, Susan se secó con el dorso del guante las lágrimas y se recompuso de inmediato, mientras caminaba con prisa de nuevo hacia las caballerizas. Por un momento se detuvo y entre sus manos arrugó la tela de su falda, presionando en puños por la impotencia que sentía. Un enorme nudo se formó en su garganta y maldijo al caballero que ni siquiera había conocido aún. Tragó saliva con esfuerzo, respiró hondo para no volver a llorar y, con los labios apretados, se irguió con altivez y se encaminó nuevamente hacia donde se alzaban los grandes establos de Haven House.

En cuanto la vieron, uno de los mozos corrió hasta ella.

—Encilla uno de los nuevos caballos de inmediato —ordenó con voz autoritaria al muchacho con quien prácticamente hacía crecido en aquel sitio. Se masajeó las sienes y resopló.

—¿Un mal día, milady? —cuestionó Elton, el jovenzuelo rubio que ya conocía de memoria los humores de la hija del duque.

—Muy malo, Elton. Así que, ahórrame las palabras y ayúdame con lo que he pedido que no quiero desquitarme contigo ni con Jimmy —advirtió, refiriéndose al hermano de Elton que la observaba con cautela desde cierta distancia.

—Star debe descansar, milady, pero le puedo ensillar una de las yeguas mansas que su padre trajo de Newmarket para lady Helena —sugirió, a sabiendas de que a la señorita no le gustaría para nada.

—Trae a una de las irlandesas, de las recién llegadas —dijo con convicción ante la cara de horror del muchacho.

—Pero apenas las están amestrando, milady. No creo que a su padre le guste la idea, y si a usted le sucede algo... —El mozo negó en rotundo, imaginando que sus cabezas rodarían si la hija de su excelencia llegaba a tener un pequeño rasguño.

—¡Jimmy! —llamó al otro muchacho que se acercó hasta ellos—. Ya que las irlandesas no están disponibles —masculó sin apartar los ojos de Elton que bajó la cara—, trae al frisón.

—Pero... —volvió a protestar Elton, mas Jimmy colocó una mano en su hombro.

—Como ordene, milady —dijo el mozo, dando media vuelta para hacer lo que la

caprichosa hija del duque pedía.

Elton lo siguió y tomó del brazo para que se detuviera.

—¿Estás loco? El duque nos matará si le pasa algo a su hija o a su caballo favorito —le increpó, mas Jimmy se deshizo de su agarre y siguió hasta la cuadra donde estaba Rayo, el frisón enorme que se inquietó cuando se abrió la puerta y sintió la presencia de ellos—. ¿Se lo vas a ensillar?

—Por supuesto, ella es quien manda. Lo que le suceda, no es mi asunto. —Se encogió de hombros.

—¿Qué te ocurre, Jimmy? Susan es nuestra amiga... —le recordó.

—Ya lo sé, pero también sé que está con una de sus rabietas y no se le pasará. Esperaba que ya hubieras ido a avisarle a su excelencia, pero siempre eres lento para pensar —dijo con ironía, mientras le hacía un ademán para que corriera hasta la mansión.

—Ya veo —musitó Elton, saliendo por la parte trasera del establo con diligencia.

—¿Qué sucede, Jimmy? Te estás demorando demasiado y yo tengo prisa —dijo Susan, llegando junto a él.

—Milady...

—Dime Susan, nadie nos escuchará.

—A este caballo solo lo ha montado el duque —advirtió el muchacho—. Es un poco peligroso...

—No me importa. Ensíllalo, o ¿debo hacerlo yo misma? —Susan arrugó su frente y sus ojos pardos se oscurecieron.

Jimmy negó con la cabeza, terminando de ajustar la brida y la silla.

Susan ni siquiera aguardó a que él sacara a Rayo, sino que tomó las riendas, lo montó a horcajadas y salió del pabellón a un trote apacible. Cuando Rayo sintió el viento, comenzó a inquietarse, por lo que aflojó la brida y comenzó a galopar con suavidad. Sin embargo, el animal no conforme, insistió con un cabeceo hasta lograr que las riendas se aflojaran cada vez más.

La hija del duque se dejó llevar por la ira, pensando en muchas maneras de frustrar las intenciones de su familia de concretar aquel compromiso que consideraba innecesario y hasta absurdo. Estaba tan sumida en sus pensamientos, que ni siquiera se dio cuenta del rumbo que tomó el frisón. Habían cruzado los límites de la entrada a la finca y se enfilaban por el sendero que se dirigía al este. Un chasquido apagado atravesó la pesada quietud y miró al frente, contemplando los árboles que se acercaban deprisa. ¿Serían cazadores furtivos?

Tiró las riendas para intentar aminorar el avance de Rayo, mas el semental se negaba a ceder a su orden. Tiró un poco más la brida y el animal se paró en dos patas, revelándose en contra de su mandato.

—¡Quieto! —ordenó ella, enrollando a su mano derecha la larga melena azabache del caballo, mientras intentaba sin éxito calmarlo. Se oyeron nuevamente un par de disparos que volvió a sobresaltar al frisón, mas esta vez, Susan no tuvo la misma suerte.

El animal se encabritó y comenzó a lanzar patadas y pararse en dos patas alternadamente, mientras ella intentaba seguir aferrada a su lomo. No pensaba rendirse, no iba a perder contra Rayo. Frunció sus ojos pardos y gritó con fuerza:

—¡Alto, maldito demonio!

Rayo relinchó, pero no obedeció; más bien, su ímpetu creció y también había tomado una determinación: lanzaría a Susan de su lomo, costara lo que costara.

La lucha de egos entre jinete y montura duró varios minutos. Ella no pensaba dar su brazo a torcer; sometería al semental a sus deseos, y su deseo en ese instante era que el animal voltease para regresar a las cuabras. Al cabo de un cuarto de hora, el frisón se negó a seguir perdiendo el tiempo y aumentó sus violentos brincos. Susan, en ese momento, reconoció que había perdido y entrecerró los ojos para enfrentar mentalmente el dolor que le provocaría la caída. Sin embargo, ese momento nunca llegó y en vez de un buen golpe en el trasero, se encontró envuelta entre unos fuertes brazos de alguien cuya respiración le rozaba la nuca.

CAPÍTULO 2



«¿Pero qué diantres?!», cuestionó en sus adentros Henry, cuando vio a lo lejos cómo un enorme caballo negro intentaba deshacerse de su jinete, que no era otra que una mujer.

—Impresionante... —susurró Brodie, en tanto observaba embelesado la habilidad y obstinación de la muchacha que estaba a punto de doblegar al caballo. Sin embargo, tras unos largos minutos, el animal comenzó a exasperarse y el escocés comprendió que había perdido la paciencia—. Si no cede, la chica tendrá problemas.

Henry frunció el ceño y bufó, en tanto aseveraba las palabras de su amigo y escolta. Tocó los flancos de su caballo con los talones, y salió disparado al rescate de la damisela, seguido por el hombre pelirrojo que siempre le cubría la espalda.

—¡Ve a por el caballo, Brodie! —ordenó con una voz autoritaria, una vez que tuvo a la joven a resguardo en su regazo. El semental, había huido—. Si así le habla a su caballo, no quiero imaginar cómo mandoneará a su marido, señorita...

Un profundo rubor comenzó a teñir el rostro y cuello de Susan, y se puso rígida al instante. Al bochorno le ganó la rabia y comenzó a removerse inquieta, pero el hombre que la rescató del lomo de Rayo, afianzó su agarre, la envolvió con ambos brazos musculosos sin soltar la brida, y la atrajo con fuerza hacia sí, arrancándole un jadeo por la sorpresa.

—No se mueva, o nos caeremos los dos —ordenó Henry con firmeza, mientras Susan cerraba los ojos y aguantaba la respiración para evitar gritar como una histérica.

La vigorizante fuerza que la acorralaba le resultó insoportable y, cuando consiguió controlar la impetuosa necesidad de vociferar y forcejear con el desconocido, abrió los párpados, respiró hondo y al fin pudo hablar.

—Se puede saber, ¿por qué se ha entrometido en mis asuntos? —increpó con la voz trémula por la frustración que sentía. Le costaba pensar racionalmente mientras concebía en su cuerpo el penetrante calor que emanaba del pecho y los brazos del caballero que la tenía sometida en su montura—. Si no hubiera interferido...

—Ahora mismo estaría con el cuello roto y tirada en esa zanja. ¿En qué demonios estaba pensando cuando montó a semejante bestia? —La cuestionó él, como si ella estuviera loca—. Si yo fuese su padre, o en el peor de los casos, su marido, jamás la habría dejado subir a ese caballo.

—Pues agradezcamos que no es ni mi padre, y ¡mucho menos mi marido! —exclamó indignada Susan, que intentó moverse vanamente—. ¡Suélteme! ¡Deje que me baje y hagamos como que nunca esto ha sucedido!

—¿Esto? —respondió irónicamente el marqués, con una suave y burlona sonrisa.

Entonces, Susan se reclinó contra su brazo para ladear el rostro y poder verle por fin la cara a tan insufrible hombre. Sin embargo, fue un completo error porque se encontró con un rostro de rasgos que parecían tallados por los mismos Dioses. Su semblante denotaba carácter, capricho, osadía y una irreverente determinación que combinaba perfectamente con la arrogante personalidad del caballero que la abrazaba con tanta pericia. Se quedó sin palabras por un momento, estudiando sus facciones, hasta que él bajó la mirada, arqueando una ceja con altanería, mientras sus iris verdes claros se fundían en los pardos ojos de mirada desafiante.

—Bájeme —ordenó ella, esquivando su mirada e intentando separar los dedos que se prendían con firmeza a su cintura.

Henry se maravilló con la belleza de la joven. Su cabello castaño brillaba exquisitamente, con unos mechones que se escapaban del moño que llevaba en lo alto de la cabeza. Su rostro era seductor, con tez de alabastro y belleza clásica de buena estructura ósea, nariz recta y pequeña, cejas arqueadas y labios carnosos y rosados. Los ojos, el rasgo que más había llamado su atención, eran grandes, con largas pestañas y de un color verde con motas marrones como los de un felino, muy parecidos a los de... ¿quién?

—Deme una buena razón —replicó él con diversión, mientras su caballo zaino retomaba el sendero que llevaba a Haven House.

—Estoy comprometida —masculló ella, desesperada por deshacerse de ese insoportable calor que el sujeto expelía y abrasaba su propia piel.

—Yo también, pero no es motivo suficiente para abandonarla en medio de este bosque, donde rondan bandidos y cazadores. Así que, piense en otra razón más convincente... —susurró en forma de cuchicheo en su oído.

—Me está tomando el pelo —afirmó Susan, que se había estremecido—. Si alguien nos ve, no le quedará más remedio que responder con honor y casarse conmigo, lo que nos lleva a una cadena de sucesos tan desagradables como innecesarios —explicó con aparente convicción.

—¿Desagradables e innecesarios? —preguntó él con curiosidad.

—Mi prometido lo retará a duelo para salvaguardar su honor, y se dará una unión no deseada. ¿No le parecen razones convincentes para terminar, en este mismo instante, con este encuentro poco apropiado?

—Entonces, para usted, ¿desagradable sería que hubiera un duelo, e innecesario nuestro posible matrimonio? —indagó con un deje burlón, aguardando expectante la respuesta de la ingeniosa dama que estaba sentada en su regazo.

—En órdenes inversos, por supuesto. Sería muy fastidioso tener que casarme con alguien como usted —aclaró ella, como si fuera algo evidente y el sujeto presionó su agarre, acercándola más —*si eso era posible*— a su pecho desprovisto de pañuelo y con los primeros botones desprendidos.

—No juegue con mi paciencia; puedo conceder sus deseos ahora mismo y quién sabe si llega a salir viva de este bosque. —Henry advirtió de nuevo, muy cerca del oído de la dama, erizándole la piel—. Compadezco a su prometido; no imagino todo el dolor de cabeza que tendrá para instruir a una joven tan impertinente como usted.

—Pues somos dos —replicó sin atisbo de reproche.

—¿Está diciendo que también compadece a mi prometida? —indagó, rechinando los dientes.

—Siento compasión por mi futuro marido. —Negó con la cabeza y resopló—. ¿No puede sostener una conversación coherente? No todo gira alrededor de usted —rodó los ojos.

—Compasión... —repitió él, intrigado.

—¡Por Dios! ¿No me diga que además de insufrible, también es tonto? —dijo ella exasperada, pero antes de que el hombre replicara, continuó—. No deseo casarme, y la verdad, no me importa la opinión de nadie más que la mía. No pienso someterme a los mandatos de un esposo que no pedí.

—El matrimonio tampoco es un asunto que me agrada demasiado —expresó con suavidad el marqués, pensando en su propia situación, y comprendiendo más de lo que deseaba a la joven—. Sin embargo, a veces es mucho más conveniente ceder que luchar, o las consecuencias podrían ser muy malas.

—No pienso rendirme sin antes dar batalla —murmuró Susan, al borde de las lágrimas. Respiró hondo y se recompuso—. Soy hija de mi padre, y prefiero morir que darme por vencida sin al menos intentarlo.

Henry permaneció en absoluto silencio y detuvo al caballo, mientras el tono de voz empleado por la muchacha le hacía regresar al pasado.

—¡Qué bueno que ha entrado en razón! —dijo Susan, amagando con lanzarse de la montura, pero él no la soltó—. ¿Qué ocurre? —increpó desconcertada.

—Es que, me recuerda mucho a...

—¡Sassa! —oyeron de pronto, interrumpiendo lo que Henry diría.

Volteó a su caballo para ver acercarse a otra montura, en una rápida carrera.

—¿Thomas? —musitó en voz baja Susan, constatando que se trataba de su mejor amigo—. ¡Thomas! —dijo con entusiasmo, después de corroborar que era él.

—¿Thomas? ¿Es su prometido? —increpó el marqués, observando lo aliviada que se sentía la joven con la aparición del sujeto que se acercaba.

—Iba a ser mi marido... —respondió ella, con una sonrisa diabólica. Para entonces, Thomas ya se había acercado lo suficiente—. Puede bajarme y marcharse tranquilo.

—¿Iba a ser su marido? —repitió él, confundido.

—Sí; iba. Pero ya no lo será. ¿Puede bajarme? Me marcharé con él.

—¿Piensa marcharse con un joven que iba a ser su marido, a pesar de que tiene un prometido? —increpó sorprendido.

—¡Por supuesto! ¿Qué tiene de malo?

—Está loca... —musitó, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Y usted, falto de comprensión. ¿Puede dejarme en paz? ¡Bájeme! —ordenó nuevamente.

Ante la determinación de la joven, Henry no tuvo más remedio que hacer lo que pedía. A

fin de cuentas, estaba a salvo de los peligros del bosque, y en lo que respectaba aquella escandalosa situación personal y tan particular de la muchacha, no era de su incumbencia. ¡Pobre imbécil el hombre que desposaría a semejante mujer alocada!

—Aunque no le he pedido su ayuda, no soy tan ingrata. Así que, ¡gracias! —dijo la muchacha sin siquiera mirarlo a la cara.

Un joven atlético y pelirrojo, que debía rondar los veinte, se acercó hasta la joven, le tendió una mano y ella, con una impresionante agilidad a pesar de llevar falda, subió al lomo del caballo a horcajadas, acomodándose sin dificultad detrás del jinete que le lanzó una mirada suspicaz con un deje burlón, mientras azuzaba a su caballo y partía a todo galope con la dama a su espalda.

—¿La dejaste ir? —preguntó Brodie, acercándose despacio mientras dos de sus hombres escoltaban al frisón.

—Se largó con un jovenzuelo. Dijo que el muchacho iba a ser su marido... en tiempo pasado —suspiró, negando con la cabeza, mientras seguía mirando el camino por donde se perdió la pareja.

—Ah. ¡Pues, venga por una reconciliación! —dijo entusiasmo su amigo, emitiendo una sonora carcajada.

—Está comprometida con otro hombre, pero la muy descarada se marchó con el muchacho que iba a ser su marido. ¿Puedes creerlo? —indagó, frunciendo sus gruesas y pobladas cejas.

—¡Deja que se divierta! Además, si no eres tú el pobre imbécil que será su marido, no deberías indignarte tanto. —Brodie se encogió de hombros y con un ademán de mano le aconsejó que le restara importancia al asunto.

—Tienes razón; no debería importarme —estuvo de acuerdo—. ¡Traigan a esa bestia! —dijo, señalando al caballo—. Seguramente, Lancaster sabrá quién es el propietario.



—¿Quién era ese hombre, Sassa? —preguntó Thomas, utilizando aquel apelativo con el que nombró a Susan por primera vez cuando comenzó a hablar—. ¿Qué hacías sola por esos lugares?

Se habían detenido antes de cruzar la entrada principal de la finca, rodeando la propiedad hasta uno de los accesos laterales que daban a las caballerizas, y estaban sentados en los escalones de mármol de una glorieta de columnas delgadas y ornamentales, sosteniendo el techo de madera. Susan recostó su cabeza en el hombro de su mejor amigo que esperó con paciencia su explicación.

—Esta noche darán una cena... —murmuró ella, despacio.

—A eso hemos venido. Tu madre nos envió la invitación —arrugó su frente—. Pero, ¿qué tiene que ver?

—¿Ha mencionado mi madre el motivo de la cena?

—No lo escuché, y creo que Louise tampoco, o ya me lo hubiera dicho —mencionó a su hermana menor.

—Es en honor a mi compromiso, Thomas. Un compromiso con alguien a quien nunca en mi vida le he visto la cara... —explicó con resignación, haciendo su mayor esfuerzo para no llorar.

—¡Vaya! No pensé que este momento fuera a llegar y tan pronto —respondió con pesar su amigo.

—¿Lo sabías? —Susan levantó la cara y observó con temor a su confidente.

—Sabes que no, pequeña. —Thomas acomodó un mechón de pelo tras la oreja de Susan—. Y estoy seguro que mamá tampoco, o ya nos lo hubiera dicho. Sin embargo, siempre supe que esto nos pasaría en algún momento, a ti más temprano que a mí, aunque siempre pensé que tú y yo...

—Thomas... —suplicó Susan con la mirada.

—¿Por qué no? Siempre fuimos inseparables, ¿por qué el matrimonio sería diferente? —indagó, buscando la respuesta de su mejor amiga.

—Precisamente por eso, Thomas: como los mejores amigos, como hermanos... te veo como a John y tú me ves como a Louise. ¿Cómo pretendes que funcione?

—Tienes razón —dijo el pelirrojo, aseverando las palabras de Susan, pues se había sentido bastante extraño cuando se besaron por primera vez. Era como si hubiera besado a su hermana, y las siguientes veces que lo intentaron, nada había cambiado.

—Además, Helena jamás nos lo perdonaría.

—Susan... —esta vez fue el joven quien suplicó con la mirada.

—¿Por qué no? —indagó ella—. Mi hermana es perfecta en todos los sentidos. Sería la esposa adecuada.

—Por lo mismo que tú no deseas casarte conmigo —replicó él, con una mueca torcida—. Sé que la pequeña Helena es perfecta, siempre lo fue, pero no puedo verla con otros ojos. Y mejor ya no hablemos de cosas que no tienen sentido; más bien, explícame tu plan para esta noche. Porque tienes uno, ¿cierto?

Susan suspiró y negó con la cabeza. Por primera vez, no tenía ni idea de lo que haría.

—¡Demonios! —bramó Thomas, abrazando a su amiga que comenzó a llorar sin tregua—. Pensaremos en algo, y en todo caso, es solo una cena. ¿Recuerdas lo que madre siempre decía? —cuestionó con una sonrisa enigmática y Susan asintió—. Conocer al enemigo...

—Para ganar la batalla... —completó Susan, sorbiendo la nariz.

—Debes demostrarle a ese hombre que no podrá contigo, y estaré a tu lado para que no pierdas el control. Siempre juntos, ¿recuerdas?

Ella levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules y decididos de Thomas.

—Siempre juntos.

—Bien —el joven se puso de pie y le tendió una mano a su amiga—. Vayamos a la mansión, que seguramente mi padre se pondrá furioso si no me encuentra allí a su llegada.

CAPÍTULO 3



«Y ahora, ¡¿qué?!», farfulló Henry en sus adentros, cuando tres jinetes se acercaron a todo galope, frenando a su pequeña comitiva que había reanudado su camino a Haven House, la finca del duque.

—Parece que llegaremos hasta la hora de la cena... —musitó Brodie, haciendo alusión a los contratiempos que se les estaban presentando.

—Tal vez, el destino tampoco quiere esto.

—Pues ni el maldito destino puede contra de los deseos del duque. Así que, resígnate a conocer a tu futura esposa.

El marqués suspiró con resignación y se encogió de hombros, mientras un joven atlético, vestido de un modo elegante, y otros dos que seguramente eran peones, detuvieron sus monturas frente a ellos.

El muchacho miró por encima del hombro de Henry y frunció el ceño.

—Buenas tardes, caballeros —saludó con una sonrisa torcida que le recordó mucho al duque de Lancaster y, mirándolo bien, era idéntico a su excelencia, por lo que dedujo sería su hijo—. La jinete que iba sobre el frisón, ¿la han visto?

Henry y Brodie se miraron y el marqués asintió.

—Buenas tardes —saludó con una inclinación de cabeza—. Asumo que usted es el hijo del duque, dueño de estos dominios.

—Asume bien, caballero —replicó el muchacho con impaciencia—. ¿Ha visto a la joven que montaba al caballo? —insistió con el ceño fruncido.

Henry sonrió de lado, confirmando que, en efecto, era digno hijo de su padre: imperante e impaciente.

—¿Una mujer? —inquirió él, esperando sonsacar información sobre la joven irreverente a la que había salvado.

—¡Sí, es la...!

—Es la hermana de uno de mis hombres —interrumpió John a Elton, que parecía desesperado por encontrar a Susan—. Se llevó a mi caballo favorito —cabeceó, señalando al frisón que se inquietó al oír su voz—. ¿Vio o no vio a la mujer?

Henry y Brodie volvieron a mirarse.

—La joven subió al caballo de un muchacho y se marchó. —Henry notó cómo el heredero del duque frunció sus ojos y presionó la mandíbula. Entonces pensó que la chica debía ser su prometida, porque hermana de un simple mozo, no era—. Dijo que el jinete iba a ser su marido... —agregó con ganas de ver hasta dónde llegaba el genio del joven.

Sin embargo, para su sorpresa, en los labios del muchacho se formó una sonrisa de diversión y por fin se relajó, lo cual le hizo fruncir el ceño esta vez a él.

—Gracias por su información y por atrapar al caballo —agradeció con frescura.

—No hay problema. De todos modos, nos dirigimos a su residencia y pensé que su padre sabría de la procedencia de semejante ejemplar. —Henry notó que el muchacho otra vez frunció el ceño y apretó los labios.

—Así que, usted es el famoso prometido de mi hermana... —masculló para nada contento.

—Así parece —replicó el marqués, arqueando una ceja y sosteniéndole la mirada—. Soy Henry Harvey, marqués de Bristol. —Se presentó.

—Pues bienvenido, marqués. —John hizo una graciosa reverencia desde el caballo—. Soy John, y los escoltaré hasta la finca —masculló con una sonrisa de desagrado, bajando de su caballo—. Jimmy, hazte cargo y regrésalo a su sitio —le ordenó a uno de los muchachos que se acercó y tomó la brida de su montura.

—No nos molesta hacerlo llegar hasta la propiedad, milord —intervino Brodie, cuando comprendió que el hijo del duque iba a hacerse cargo del animal y temió que fuera incapaz de guiar al semental.

—No es necesario —contestó John, llegando hasta el semental a quien, antes de montarlo le susurró un par de palabras, para luego subir a su lomo y guiarlo sin dificultad.

—Adelántense, Elton. Yo escoltaré a nuestro invitado... —avisó John.

Tanto Elton como Jimmy le dieron una ojeada con antipatía al marqués, para luego seguir las instrucciones del hijo del duque que volteó al frisón, tomando ventaja, y guió a la comitiva hacia la entrada de la finca.

—Es la prueba perfecta de cuando se dice que la fruta no cae lejos del árbol; es el vivo retrato de su padre en todo sentido, y parece que no le agradas demasiado. Ni a él, ni a esos mozos... —murmuró Brodie, mientras avanzaba al lado de Henry.

—Pensé que la muchacha sería su prometida por lo impaciente y preocupado que parecía, sin embargo, estuvo aliviado de saber con quién se marchó —dijo, sin embargo, el marqués.

—¿Tú tampoco te tragaste el cuento de que era la hermana de uno de los peones?

—No. Por supuesto que no.

—Quizás, solo busca una razón para romper el compromiso y tus palabras le dieron la perfecta excusa.

—No lo creo. Más bien, pienso que se trata de otro asunto que presiento no me gustará para nada.

—Al parecer, nuestra estancia aquí no será del todo agradable.

—Pues ya veremos... —replicó Henry, intrigado por lo que le depararía en la dichosa cena.

Cuando llegaron, el duque estaba de pie frente a la residencia, en compañía de una preciosa joven, como si ya lo estuviera esperando. Sin embargo, cuando lo reconoció frunció el ceño y le lanzó una fría y dura mirada a su hijo.

—No se preocupe, padre. Está todo bajo control. —Se adelantó su hijo, y Lancaster pareció respirar aliviado, al igual que la muchacha que estaba con él—. Me encontré en el camino con el marqués —dijo, bajando del frisón para entregarle la brida a Jimmy que era el único que podía acercarse al caballo, además de él y su padre—. Gracias, que vengan los demás para hacerse cargo de nuestros invitados —ordenó de inmediato.

—Espero que le hayas dado una apropiada bienvenida a tu futuro cuñado —dijo burlón.

—Por supuesto, padre. —El joven tan alto como su padre, aunque menos fornido, arqueó una ceja con arrogancia y lo miró.

—Bienvenido, Henry. Espero que tu viaje haya transcurrido sin contratiempos. —Lancaster se dirigió a él y le propinó un abrazo fraterno.

—Gracias, su excelencia. Todo ha marchado sin ningún problema —respondió, cambiando su expresión, pues respetaba al duque como si fuera un padre.

—Me alegra saberlo. Ya conoces a mi hijo John. —El susodicho ladeó la cabeza, mientras sonreía con diversión—. Y esta es mi preciosa hija... —Se hizo a un lado, tendiéndole la mano a una bellísima joven de cabellos castaños muy claros, con unos ojos azules como el cielo.

Henry se sorprendió gratamente, aunque le pareció que la muchacha era demasiado joven para ser su prometida.

Helena avanzó hasta el marqués y realizó una perfecta reverencia.

—Bienvenido a Haven House, milord. Espero que su estadía sea de lo más agradable y no dude en pedir lo que considere necesario. —Le tendió su mano enguantada para que el caballero hiciera lo propio.

—Gracias, milady. Es un placer conocerla al fin —musitó aliviado de que la dama fuese tan educada y delicada, y no cómo Brodie la había descrito.

—¡Oh, no se emocione, marqués! —Exclamó divertido el hijo del duque—. Ella es mi hermana pequeña, lady Helena, y aun no está lista para el matrimonio.

—Nací lista para el matrimonio, John; el problema es encontrar al candidato perfecto —lanzó sin ningún atisbo de vergüenza, mientras su padre y hermano sonreían—. Mi hermana es mucho más hermosa e impresionante que yo, milord. Le prometo que estará satisfecho con su futura esposa. Si me permite, lo escoltaré a sus aposentos para que pueda descansar. Mi hermano John se ocupará de sus hombres, pierda cuidado.

La dama de inmediato enrolló su brazo al de Henry, mientras varios lacayos llevaban su equipaje tras ellos. Una vez dentro de la casa, él dijo:

—Es usted muy amable, milady. Ya me había emocionado con tan encantadora prometida. —La chica sonrió—. Asumo que su hermana es tan agradable como usted.

—Los encantos de mi hermana fueron heredados de nuestro padre. Los míos, son netamente de nuestra madre, pero le aseguro que Susan es la mujer más hermosa de todo el reino, y de que usted, lord Bristol, será el caballero más envidiado de toda Inglaterra —respondió con dulzura.

—Lo persuasiva también lo heredó de su madre... —susurró él.

—¿Cómo lo sabe?

—Digamos que su padre no es tan paciente para negociar.

—¡Su excelencia es el maestro de la manipulación! —replicó con los ojos brillantes de admiración, como si fuera un verdadero cumplido—. Mi padre es el hombre más bueno y bondadoso que existe, y si lo ha escogido para ser el esposo de su hija predilecta, le debe guardar un gran aprecio. Así que, deje sus nervios de lado —aconsejó con una extrema amabilidad, haciendo parecer que todo lo que salía de su boca era perfecto.

—Espero que así sea.

—Esta será su habitación. Solo toque la campana si necesita algo.

—Me gustaría lavarme, cambiarme de ropa y dirigirme a las cuadras, junto a mis hombres —informó Henry, frente a la puerta abierta donde dos lacayos metían su equipaje.

—Lo espero en el vestíbulo en un cuarto de hora, milord. Seré su guía para enseñarle los alrededores.

—¿No sería más apropiado que mi prometida lo hiciera? —inquirió, deseando conocer a la susodicha hija del duque.

—No lo creo, milord —la joven volvió a responder con una encantadora sonrisa—. Lo más conveniente para usted, es no encontrarse aun con mi hermana —agregó de un modo elegante, realizó una perfecta reverencia y se marchó.

Henry frunció el ceño y resoplando de frustración, ingresó a sus aposentos.

Más tarde, en las cuadras, se encontró con Brodie que se ocupaba de los caballos.

—Estoy comenzando a preocuparme, Brodie. ¿Has notado que los hijos de su excelencia no tienen ni un ápice de censura por parte del duque? —musitó pensativo, jugueteando con una paja de heno entre sus dedos—. El muchacho es todo un Wellesley; imperante, controlador, arrogante y confiado, y la dama, aunque es muy encantadora y preciosa, es una experta en el arte de la persuasión, por no decir de la manipulación. Estoy seguro que podría engatusar al mismísimo diablo para que la siguiese al paraíso y convertirlo en un ángel. No quiero ni siquiera imaginar qué cualidad tendrá mi futura esposa... —Negó con la cabeza.

Brodie estalló en carcajadas, afirmando con la cabeza.

—Su excelencia, al parecer, es un padre amoroso y complaciente, muy diferente a cómo en los negocios. Me ha sorprendido gratamente —respondió ante la preocupación de su amigo, que arrugó las cejas y bufó.

—Lady Helena no ha dudado en decirme que no me convenía encontrarme con su hermana aún. ¿Puedes creerlo? —inquirió con preocupación.

—Pero si la joven lady es tan hermosa y encantadora, ¿cómo puede ser que su hermana sea distinta? Te preocupas por nada y deberías agradecer que sea de esa manera.

—Pues ni tanto, porque la misma me ha confiado que su encanto lo heredó de su madre, mientras que mi prometida ha sacado la gracia del padre. Esto será un desastre... —siguió insistiendo.

—Bueno, si ambos se desagradan, solo tienen que hablar con el duque. Hasta podría cambiarte de prometida, si la mayor no te gusta —dijo como si nada el pelirrojo—. Aunque, si la más pequeña luce así, estoy seguro de que la hermana debe ser una joven muy atractiva.

—La belleza es lo de menos, Brodie...

El escocés volvió a reír a carcajadas.

—Por la belleza de una mujer, se han librado innumerables guerras, amigo mío, y estoy seguro que tu prometida puede llegar a sorprenderte si es tan hermosa como su hermana —le guiñó un ojo y Henry suspiró.



Susan y Thomas regresaron juntos a la mansión, donde los padres de ambos ya se encontraban charlando amablemente en la sala de visitas. Cuando entraron, todos guardaron silencio y seis pares de ojos se posaron sobre ellos. John se veía culpable y Helena lucía triste. Los condes de Essex los observaban expectantes, mientras que los duques solo se limitaron a sonreírles.

—Hola tío, tía Anabelle —dijo Susan, acercándose a los condes.

Lord Essex se puso de pie y la contempló con nostalgia. Cada día la joven se parecía más a su antigua prometida. Era preciosa, la joven más bella de las últimas dos temporadas.

—Estás preciosa, querida. Cada día te superas un poco más —le besó las mejillas, pues sentía un afecto de padre hacia la joven que había visto crecer junto con su hijo.

—Es muy amable, tío —fue lo único que dijo, pues no se encontraba en condiciones de hacer sus ocurrentes comentarios.

—Cariño... —musitó con afecto lady Anabelle, fundiéndola en un fuerte abrazo—. Tenemos muchas cosas de las que conversar.

—Por supuesto, tía, pero será en otro momento —Su mirada apagada paseó por la estancia e intentó sonreír sin éxito—. Si me disculpan, me gustaría subir a descansar.

—Te acompaño —manifestó Helena, mirando a sus padres para que no se preocuparan.

Ambas jóvenes subieron despacio cada escalón en un tenso silencio, hasta que llegaron a la habitación. Susan se lanzó en el chaise apostado junto a la ventana, y observó a través del cristal, mientras lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas.

—¿Tan malo resulta conocer a un candidato? —indagó Helena, tomando asiento al lado de su hermana mayor, que la miró a los ojos y cerró los párpados—. Si te desagrada, estoy segura que padre no te prometerá a él. Solo quiere que lo conozcas, y a decir verdad, es un caballero tan

atractivo como agradable.

—¿Ya está aquí? —preguntó con incredulidad Susan.

—Sí, y ha preguntado por ti.

—Pues por su bien, no le conviene que nos veamos en este momento —masculló impotente, arrugando la tela de su vestido de montar color azul burdeos en sus puños.

—Eso mismo le he dicho —replicó Helena, emitiendo un largo suspiro.

Entonces, Susan comprendió que su pequeña hermana esperaba una explicación sobre su llegada con Thomas.

—Salí a cabalgar y el caballo me tumbó... —musitó, omitiendo lo que en realidad había ocurrido.

—¡Por Dios! ¿Estás bien? —increpó horrorizada Helena, tomándola del rostro y luego levantando sus brazos.

—Estoy bien, Lena. La cuestión es que Thomas me encontró en el camino y me trajo de regreso.

—Lo imaginé —dijo con una sonrisa triste.

—Es mi mejor amigo, como un hermano, y ni él ni yo sentimos nada más, el uno por el otro. Descuida... —dilucidó lo más sutil que pudo, porque consolar a los demás no se le daba muy bien.

—¿Sabes? —Helena arrugó su frente y miró a la nada—. Siempre me pregunté por qué eres tan reacia a casarte. Recuerdo que, cuando éramos pequeños, tú y él decían que se casarían. ¿Qué sucedió, hermana? ¿Por qué has cambiado de opinión tan de repente?

Susan suspiró y sonrió con melancolía.

—¿Recuerdas cuando, hace cinco años, en casa de tío Charles, me perdí en el bosque? —preguntó con suavidad, mirando de nuevo a través de los cristales. Una leve sonrisa se formó en sus carnosos labios.

—¡Por supuesto! Padre casi se volvió loco y madre sufrió un ataque de nervios. Estuvo días en cama por la impresión. También te castigaron, y fuiste enviada a la escuela de señoritas... —dijo Helena, sacudiendo la cabeza por la impresión que le causaba el recuerdo de ver a su hermana casi desnuda, con el vestido hecho añicos, sin mangas y sin faldón.

—En realidad, no me perdí, Lena... —Susan miró a los ojos a su hermana. Era la primera vez que le diría a alguien lo que en realidad había ocurrido. Se mordió el labio inferior y continuó—. Encontré a un hombre moribundo en un arroyo y lo ayudé. Estaba perdiendo mucha sangre, la tormenta se avecinaba y estábamos lejos para pedir ayuda. Además, no quería dejarlo solo porque estaba segura de que lo querían matar.

—¡Oh, por Dios! —Helena se llevó las manos a la boca—. ¿Y qué hiciste?

—Star lo arrastró con una cuerda hasta la vieja cabaña de caza, e hice todo lo posible por detener la hemorragia. Tenía un agujero en el pecho y apenas podía respirar. Mi intención era dejarlo a salvo allí, e ir en busca de padre a pedirle ayuda, pero llegaron varios hombres que

gracias a Dios lo conocían y se lo llevaron para que fuera tratado —explicó con suavidad, bajando la mirada a sus dedos que jugueteaban entre sí.

—Entonces, ¿sobrevivió? ¿Lo conocías?

—No lo sé. Tampoco pude estudiar sus facciones, pues su rostro estaba magullado por golpes, y en realidad, lo he esperado todos estos años... —Susan se volvió a su hermana y sus ojos pardos se encontraron con la mirada azul y sorprendida de Helena—. Incluso, le di mi medallón para tener la certeza de que me buscaría. Sin embargo, nunca lo ha hecho —tragó con esfuerzo por la desilusión.

—¡Oh, Susan! —Helena tomó las manos de su hermana entre las suyas para consolarla—. ¿Es por eso que decidiste no comprometerte con Thomas?

—Por eso, y porque Thomas y yo siempre nos veremos como compañeros de juegos, mas no como marido y mujer —explicó para dejar en claro la situación a su hermana que estaba enamorada de su mejor amigo desde que tenía memoria—. No quiero casarme con un desconocido, Lena —comenzó a llorar despacio y Helena la abrazó con fuerza.

—Ahora conozco tus motivos —acarició su cabello, mientras Susan lloraba en silencio—. Te endiento y lo lamento como no puedes imaginarlo —emitió un suspiro de lamento, se separó de Susan para verla a la cara y preguntó—: ¿Crees que ese hombre murió?

—Espero que haya sido de esa manera, porque si sobrevivió y aun así no me buscó, me sentiré muy decepcionada.

—Gracias por decírmelo. —Helena secó las lágrimas de Susan con sus dedos—. Es muy importante para mí que también puedas confiarme tus cosas.

—Eres la única a quien le he dicho —confesó y Helena la miró con los ojos vidriosos.

—¿Ni siquiera lo sabe John o Thomas? —Susan negó con la cabeza y Helena se abalanzó sobre su hermana, conmovida de que le compartiera solo a ella su secreto—. Gracias por confiar en mí, te prometo que nadie lo sabrá de mi boca.

—Y a ti por escucharme. Lamento haber sido tan... insufrible todos estos años. —Se encogió de hombros e intentó sonreír.

—Siempre tuve celos de tu relación con John y con Thomas, porque moría de ganas por ser tu amiga, tu confidente y que tú fueras la mía —confesó—. Te quiero Susan, y te admiro, pero quiero darte un consejo y espero que no lo tomes a mal.

—De todas formas, lo dirás, así que te escucho.

—Todos sabemos que padre te ama de una manera diferente, y que jamás haría nada que fuera malo para ti. Si él mismo ha escogido a este caballero, ¿no te has puesto a pensar que es por una razón? —inquirió para que su hermana entrara en razón.

—Lo que me molesta es que escojan por mí, Lena, y más cuando no tengo intenciones de someterme.

—Pero, supongamos que el hombre al que salvaste estuviera vivo y te hubiera buscado. ¿A él sí lo aceptarías? —indagó suspicaz, intentando llegar a su punto y que Susan lo entendiera.

—Supongo, no lo sé —replicó la mayor, con un suspiro.

—Convengamos que, de repente aparece y quiere casarse contigo. Estoy segura que primero querrás tratarlo, conocerlo... —siguió Helena, utilizando sus dotes de persuasión.

—Convengamos que sí.

—Esto es lo mismo, cariño. Solo debes tratarlo y conocerlo, y si no resulta ser cómo lo habías imaginado, solo debes pedírselo a padre y él revocara el compromiso. Sabes que jamás te obligaría y, aunque no lo creas, madre te apoyará.

Susan bufó y sonrió con tristeza.

—Madre solo quiere deshacerse de mí y lo entiendo; he sido un completo dolor de cabeza para ella.

Helena negó con la cabeza.

—¿Sabías que ella misma decidió quién sería su esposo? —preguntó. Su hermana negó—. Rechazó a muchos por padre, hasta que el tío Charles se resignó y aceptó el compromiso, y una mujer que ha pasado por eso, jamás obligaría a su hija a desposarse en contra de su voluntad.

—No lo sabía... —susurró, frunciendo el ceño.

—Es que siempre has preferido a padre, y madre ha tenido que resignarse conmigo —dijo con ternura su hermana menor.

—Eso no es cierto. Solo no nos gustan las mismas cosas...

—Es lo mismo, Susan. Pero piensas que madre está en tu contra cuando podría ser tu mejor aliada en esta situación. —Helena suspiró—. Sabes que damas de nuestra posición no tienen muchas opciones además del matrimonio. Es algo que debemos hacer y madre lo único que busca es ayudarte a tomar la mejor decisión, como ella lo hizo con padre.

—Pero...

—¿Sabes por qué insisten tanto contigo? —Helena se negaba a rendirse; estaba decidida a convencerla de al menos intentar conocer a su prometido—. Porque te niegas en rotundo. Ni siquiera concedes la posibilidad de tratar a los caballeros, y si buscas que te dejen en paz o que padre se retracte, tienes que demostrar que lo has intentado, porque si no es el caso, seguirá insistiendo.

Susan sabía que su hermana tenía razón, pero no encontraba forma de doblegar su orgullo, de rendirse ante algo que no deseaba para ella.

—¿Y qué propones que haga?

—Sugiero que esta noche te pongas tu vestido más precioso y seas lo más encantadora posible. Todos verán que lo has intentado, y nadie te cuestionará cuando pidas que lo cancelen. Sin embargo, si fuera tú, estaría encantada con el prometido que te ha elegido padre —dijo con picardía.

Susan la pellizcó y Helena rio como una chiquilla.

—Creo que tienes razón. Al menos, debo conocer al enemigo para planear mis batallas.

—Pues a mí me pareció muy agradable, estoy segura que te gustará —insistió Helena.

—A ti te agrada todo el mundo. —Susan rodó los ojos—. Mejor, deja de hablar de ese desconocido y escógeme un vestido.

Helena se puso de pie y aplaudió como una chiquilla emocionada.

—¿Me dejarás arreglarte?

—Dejaré que hoy seas mi hada madrina —bromeó Susan, mas Helena lo tomó muy en serio.

—Te aseguro que no te arrepentirás.

Comenzó a tocar la campana con impaciencia, reuniendo a casi todas las doncellas de la casa.

—Preparen de inmediato un baño caliente con esas sales exóticas del oriente que la duquesa utiliza. También... —fue hasta el armario de su hermana, buscando con impaciencia algo—. ¿Dónde está el vestido color esmeralda que te regaló la tía Anabelle?

—¿El que padre me prohibió usar por lo revelador del escote?

—Ese mismo.

—Tiene que estar por allí.

Helena siguió buscando hasta dar con la dichosa prenda.

—¡Lo encontré! —Se lo tendió a la doncella de su hermana, Fanny—. Prepáralo para la cena. Debe lucir impecable.

—Pero, milady, este vestido no es apropiado para una dama soltera. Su padre me matará si lady Susan baja con esta prenda —contestó contrariada la doncella.

—¡Tonterías! —dijo Helena, con un ademán de mano—. ¿Te gusta, Susan? —señaló el vestido y su hermana asintió.

—De hecho, comienza a gustarme la idea de usarlo —replicó, imaginando la cara que pondría su padre cuando la viera.

—Ya has oído a mi hermana, Fanny. Así que, ve a ocuparte del asunto. —La acompañó hasta la puerta, tirándola del brazo—. ¡Ve, ve, ve!

—¡Y dices que no te pareces a padre! —bufó Susan.

—Llevo su sangre, ¿qué esperabas? —Se encogió de hombros—. Solo que, a diferencia de John y tú, trato de disimular mi genio detrás de mí encantadora sonrisa —le enseñó los dientes de un modo gracioso que hizo sonreír a su hermana.

—Gracias, Lena.

—No hay nada que no haría por ti, y sé que tú harías lo mismo por mí.

Las doncellas ingresaron con el agua para preparar el baño.

—Es hora de un largo y relajante baño. Vendré más tarde para arreglarte —musitó Helena, saliendo de la habitación.

Cuando estuvo a solas con las doncellas, Susan dejó caer aquella máscara de

imperturbabilidad y de poder con todo, para sumirse a la más profunda tristeza y resignación. Se dejó desvestir y se metió al agua, recostándose en la bañera y cerrando los ojos para serenarse. En su cabeza se formó la idea de que todo se trataba de un mal sueño, de una simple ilusión, y que cuando abriera los párpados, todo aquel mal momento se esfumaría.

CAPÍTULO 4



«Esto será un desastre», gruñó Henry, cuando la noche no comenzó con buenos augurios, pues acababa de bajar y ser presentado a los únicos amigos que su excelencia invitó para la ocasión. Al parecer, a ninguno, además de a la duquesa y a lady Helena, le resultaba agradable su presencia y, para colmo, se encontró con el muchacho que se había llevado a la joven a quien salvó. Con los nervios a flor de piel, esperó impaciente a quien sería su prometida, pero la susodicha no se presentaba.

—¿Nervioso? —inquirió en tono burlón el hijo del duque, invitándole una copa de champán.

—Digamos que impaciente por conocer a mi prometida —replicó lo más cortés que sus nervios le permitían.

—Estoy seguro que se llevará una sorpresa —le respondió John.

Henry bebió de su copa, arqueó una ceja y sonrió con socarronería.

—Tutéame.

—Como quieras. —John se encogió de hombros.

—No te agrado, ¿cierto? —indagó, frunciendo sus ojos verdes pálidos, sin dejar de sonreír—. De hecho, no le agrado a casi nadie aquí, lo he notado —añadió, observando a los demás presentes—. Sin embargo, ya que eres mucho más joven que yo, te recuerdo que los caballeros de nuestra posición no podemos evitar este tipo de situaciones. Te llegará tu momento, y espero que tu padre no concrete tu compromiso y puedas escoger, porque te aseguro que no tendrás ninguna alternativa.

—¿Insinúas que no deseas comprometerte con mi hermana? —John enarcó también una ceja, y esta vez fue Henry quien se encogió de hombros—. No es que no me agrades. Si mi padre te ha escogido, algo bueno has de tener. Tampoco debe afectarte la opinión de los demás; solo importa lo que mi padre piense, y por supuesto, mi hermana.

—Todos parecen incómodos con mi presencia. Los condes ni siquiera me conocen, pero noto que no les gusto ni un poco. Y su hijo, el pelirrojo, me observa como si estuviera burlándose de mí todo el tiempo —rodó los ojos y negó con la cabeza.

—Es que, la situación resulta bastante graciosa y no podemos culparlos. —John sonrió.

—¿Graciosa?

—Mis tíos siempre tuvieron la esperanza de que mi hermana y Thomas se casaran; una larga historia... —concluyó con falso pesar.

—He notado que lady Helena lo observa con adoración —susurró sin quitarle la vista a la pequeña hija del duque que asediaba de un modo sutil al joven lord—. No deben preocuparse por el asunto.

Sin embargo, el heredero al ducado negó con la cabeza.

—Has entendido mal; ellos esperaban que tu prometida fuera la de su hijo, y en algún momento estuvo a punto de suceder. Sin embargo, la historia dio un giro inesperado y, tanto Susan como mi padre, cambiaron de opinión. Aún no le he preguntado a mi hermana sus razones... —En su boca se formó una mueca de curiosidad.

Henry abrió desmesuradamente los ojos ante tal revelación, y cuando temió lo que imaginaba, John le señaló las escaleras.

—¿Me dirás que mi dulce hermana no es la mujer más bella que has visto en tu vida?

Henry volteó furioso, con la firme intención de constatar que su prometida, sin dudas, era la misma muchacha a la que había salvado, y que el imbécil que sería su esposo, resultó ser él. Sin embargo, al hacerlo, se quedó boquiabierto y no pudo evitar que su mirada se escurriera por el cuerpo enfundado con una tela color esmeralda, del mismo tono que sus ojos llenos de lujuria que la recorrieron de la cabeza a los pies, deteniéndose más de lo debido en cada curva de su cuerpo tan bien resaltadas por aquella seda que se adhería a sus largas extremidades. Tragó con esfuerzo y suspiró, deslumbrado.

—¿Impresionado? —inquirió John, arqueando una ceja.

—Quien no lo estaría —respondió embelesado, tragando con esfuerzo.

—Aun así, intentarás romper el compromiso —conjeturó el muchacho, observando la reacción de Henry que solo sonrió—. Mi hermana estará encantada de apoyar tu postura, y créeme cuando digo que la necesitarás para convencer a mi padre. Solo Susan puede ayudarte.

—No he dicho que romperé mi acuerdo con tu padre. —«*No tengo el valor y no sé si quiera hacerlo*», se dijo internamente.

—Entonces, te deseo suerte. —John palmeó la espalda de Henry—. ¿No irás a por tu prometida? Estoy seguro que Susan te dará un estupendo recibimiento cuando te vea, otra vez...

El marqués comprendió que el joven supo desde el primer momento lo que sucedería, y que su amigo, el hijo de los condes, aguardaba divertido el reencuentro entre él y la hija del duque.

¡Malditos mocosos!

Sin embargo, no pudo seguir cuestionándolos, porque su atención fue atrapada por la sedosa piel de los hombros desnudos de la dama que era recibida al pie de las escaleras por su padre. El corte profundo del escote dejaba muy poco a la imaginación, y se percató de que su excelencia fruncía el ceño y mantenía una pequeña riña verbal con sus hijas. Como supuso, lady Helena lo solucionó todo con unas palabras y su encantadora sonrisa, en tanto su prometida miraba desafiante al duque que le ofreció su brazo, besó su coronilla y la guio hasta donde él se encontraba.

Henry apuró su bebida y le entregó la copa a uno de los lacayos que pasó por su lado. Realmente, la pequeña lady no había mentido y la mujer que se acercaba hasta él, intercambiando palabras con su padre sin levantar la vista y verlo, era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida.

Una sonrisa se formó en sus labios carnosos y, finalmente, lady Susan Wellesley levantó la mirada para que sus ojos felinos se encontraran con los suyos.

—Henry, te presento a mi hija Susan. Susan, él es Henry Harvey, marqués de Bristol y un gran amigo mío. —Arthur realizó las presentaciones correspondientes y la sonrisa de Susan desapareció por un momento.

Sin embargo, su semblante se recuperó y con una endiablada y encantadora mueca, la joven realizó una perfecta reverencia. Si no la hubiera tratado en el bosque, no habría intuido que algo no andaba bien, y que la damita salvaje estaba planeando algo en su contra, demostrando tal docilidad delante de su padre.

—Encantada de conocerlo, su señoría —lo saludó, alargando su mano enguantada para que hiciera lo propio.

Henry, a sabiendas de que estaba cayendo de propia voluntad en la trampa, tomó la mano de la joven y besó con sinuosidad sus nudillos, sintiendo la rigidez en ella.

—El placer es todo mío —arqueó una de sus pobladas cejas y soltó la mano de Susan—. Si me hubiera dicho que su hija era tan hermosa, habría apresurada nuestro encuentro, excelencia —dijo Henry al duque, sin dejar de admirar la belleza de Susan—. Si me permite, me gustaría conversar con milady a solas; ya sabe, para conocernos mejor.

—Por supuesto, Henry. La dejo en tus manos —le propinó un beso en la frente a su hija y la dejó en su compañía.

—Nos volvemos a ver, milady. ¿O debería decir, querida futura esposa? —masculló el marqués con una disimulada y divertida sonrisa.



Susan no podía creer lo pequeño que resultaba el mundo y que ese insufrible hombre estuviera allí, siendo nada más y nada menos que su prometido; el hombre que más había detestado las últimas horas y a quien, ahora que conocía su identidad, detestaba un poco más. Sin embargo, muy a su pesar, tenía que admitir que Helena tenía razón.

Con el corazón palpitándole como nunca lo había hecho y con los nervios a flor de piel, no pudo evitar recorrerle con una simulada mirada. Ahora que lo tenía de frente, el efecto que su rostro le causó en el bosque, no se reducía ni una pizca; más bien, la impresión que le producían sus facciones, con esos labios largos, finos y provocadoramente tortuosos, se acentuaba. Su cabello era negro como la melena del frisón que había montado: abundante, un poco encrespado, aunque en ese momento lo llevaba bien peinado. Sus ojos, clavados en ella, eran de un verde pálido y cristalino, magnos, abollados bajo dos cejas morenas muy arqueadas.

Susan detuvo su recorrido en esa mirada penetrante, letárgica e inverosímil, y supo que ese hombre no era como los demás que había conocido; según su criterio, lo mejor era evitarlo si pretendía no perder el juicio y evitar aquel compromiso, sin caer como una condenada en aquella encerrona que había orquestado su padre.

Sacudió la cabeza mentalmente, y levantó su rostro para volver a enfrentarlo, pues era alto, incluso un poco más que el duque. Tenía los hombros muy anchos y podía aseverar que debajo de la camisa de seda blanca, el chaleco de cierre cruzado del mismo color y la levita negra, se ocultaba un cuerpo musculoso y fuerte; lo había comprobado, en contra de su voluntad, cuando el caballero la había apresado entre sus brazos. Sus piernas eran largas, torneadas y firmes, y no podía negar que el insufrible marqués era dueño de un atractivo y elegancia poco usuales. No obstante, esa sensación de sofoco que le provocaba su cercanía, no la desviaría de su propósito.

—La vida es un pañuelo... —respondió con una mueca de disgusto.

—Creo que no podría estar más de acuerdo con usted —replicó Henry, entusiasmado con la idea de provocar a la fierecilla de belleza exótica que lo estaba estrangulando con la mirada.

Susan tuvo que hacer un esfuerzo para contener su irritación, y sin mucho preámbulo, dijo:

—Le advierto, milord, de que por más que mi padre y usted tengan un acuerdo, no me casaré.

—Ah, ¿no? —replicó Henry, ladeando la cabeza, mientras en sus labios se formaba una sonrisa burlona.

Susan sintió su mirada en su rostro y sus palabras le provocaron un escalofrío.

—No —refutó, tragando con esfuerzo. Con un ademán con la mano y aparente indiferencia, agregó—: Así que, puede marcharse por donde ha venido.

—No lo creo.

La voz profunda del marqués resonó en lo recóndito de su alma y Susan se obligó a encogerse de hombros, altiva.

—Ya lo veremos —desafió.

—Ya lo veremos —contestó Henry, sin moverse, recorriendo el rostro de Susan con su penetrante mirada—. Y, ya que la cena es en nuestro honor, no estaría mal que bailara conmigo.

—¿Qué? Pero si no hay música —repuso con desdén.

—Eso lo podemos resolver.

Henry tomó su mano con fuerza, enredando sus dedos a los suyos, mientras la observaba con provocación.

—Suélteme... —masculló Susan, conteniendo sus ganas de armar un escándalo.

—Bailará conmigo, celebraremos este inesperado encuentro y ya veremos si decido o no romper el compromiso. Dependerá mucho de su predisposición, milady, y créame cuando le digo que mi paciencia tiene límites. Por algo, su padre y yo somos muy buenos amigos. Ahora sonría, y ponga de su parte si quiere deshacerse de mí, tanto como yo de usted.

Dicho aquello, Susan fue prácticamente arrastrada hasta los demás presentes. El marqués

se acercó hasta su hermana y le susurró un par de palabras. La susodicha sonrió entusiasmada, mientras caminaba hasta el pianoforte y se disponía tocar. Los acordes comenzaron y Susan abrió sus ojos como platos. Era un vals.

Los dedos del marqués se movieron alrededor de los suyos y sintió la palma de su otra mano en su espalda baja, presionando y obligándola a acercarse más a su cuerpo, estremeciéndose por aquel contacto tan íntimo que le ponía los nervios de punta. Al percibir la calidez de su tacto, concibió que en sus venas circulaba una chispa de ansiedad; una sensación desconocida que parecía quemarle la piel.

No le gustaba ni un poco lo que ese caballero insufrible la hacía sentir, pero cuando quiso protestar, ya estaba bailando entre sus brazos. Se quedó sin aliento; le costó un esfuerzo considerable serenarse y seguir los pasos de la música que su hermana ejecutaba en el piano.

—No me casaré con usted —volvió a susurrar Susan, mientras los ojos del marqués traspasaban los suyos—. Y por lo que ha dicho hace un momento, usted tampoco desea desposarme, ¿cierto?

—Tengo varias objeciones en relación a su comportamiento, como para solicitar a su excelencia que me libere de este compromiso. Sin embargo, meditaré con la almohada sobre lo que más me conviene. —En sus labios se dibujó una sonrisa.

—¿Objeciones sobre mi comportamiento? —indagó Susan, frunciendo sus bellos ojos pardos.

—Vagar por el bosque sin escolta y, por supuesto, largarse con un caballero que ha estado a punto de ser su prometido. ¿No le parece suficiente?

—Entonces, ya tenemos resuelto el problema —replicó ella, con la misma sonrisa endiablada que su hermano—. Mañana, usted expone sus objeciones y disolvemos el trato. Resultó más fácil de lo que pensé... —por primera vez en el día, sonreía francamente.

—¿De veras piensa que es tan fácil deshacerse de mí?

—No irá a oponerse, cuando usted tampoco quiere esto.

—No lo sé, hágame una oferta tentadora y lo pensaré —contestó con diversión.

Ella le lanzó una mirada de exasperación y quiso romper el baile, mas Henry se lo impidió, ejerciendo presión en su espalda baja, y sus pechos chocaron con el duro tórax del marqués.

—¿Se ha vuelto loco?

—Se lo advierto una vez más, milady; no juegue con mi paciencia y no diga después que no la he prevenido. O se comporta, o me casaré con usted únicamente para hacerla entrar en cintura, y créame que usted tiene mucho más que perder, pues yo hasta podría disfrutar de nuestro matrimonio... —le susurró muy cerca de su boca, acariciando todo su rostro con su aliento tibio.

Los últimos acordes de la pieza sonaron y el marqués la hizo girar para luego detenerse. El pecho de Susan subía y bajaba, mientras los demás aplaudían por cortesía. En los ojos del marqués pudo ver que no bromeaba y que no le importaría desposarla solo para doblegar su orgullo. Aquello la conmovió, pero no estaba dispuesta a demostrarlo. Con la barbilla alzada y los ojos encendidos, realizó una perfecta reverencia.

—Si me disculpan, saldré a tomar aire. —Se disculpó, prácticamente huyendo de la cercanía de ese insufrible caballero.

En la terraza, respiró hondo varias veces, mientras se recostaba en la balaustrada de mármol. Sentía la garganta seca y agradeció cuando Thomas fue a su encuentro con un ponche.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, imitando a su amiga y apoyando los brazos al lado de los suyos.

—Eso creo —musitó Susan, aún conmovida.

—Vaya presentación... —comentó despacio—. Tu prometido es de armas tomar.

—Y también un hombre bastante posesivo con lo que considero mío.

Thomas y Susan se voltearon, para encontrarse con la mirada furibunda del marqués.

—Yo no soy de su propiedad —contestó Susan, sorprendida por sus palabras.

—Si sigue provocándome, créame que no pasará mucho tiempo para que lo sea —refutó Henry, con los brazos cruzados en su pecho—. No es apropiado que se encuentre a solas con un hombre que no es ni su familia, ni su prometido. —Los ojos verdes del marqués se fijaron con desdén en Thomas.

—No pretenderá que...

—El marqués tiene razón, Susan. —Thomas interrumpió la posible riña verbal entre su mejor amiga y su futuro esposo—. Es mejor que regrese. No te preocupes, hablaremos mañana —inclinó la cabeza en dirección al marqués y los dejó a solas.

En la garganta de Susan se había formado un enorme nudo y regresó a la misma posición en la que estaba antes de que llegara el marqués, para evitar que viera sus ojos llenos de lágrimas por la impotencia.

—Lo lamento... —Se disculpó el caballero con suavidad—. Pero tiene que comprender que su comportamiento no es apropiado. Podría traerle muchos problemas en un baile formal... —explicó para que lo comprendiera.

—Conozco las reglas del decoro —replicó en tono mordaz—. Y, Thomas y yo crecimos juntos, es como un hermano, mi único amigo —dijo cansina, sin ganas de pelear.

—No es lo que he oído. —Se cruzó de brazos y Susan se volteó a mirarlo.

—Se lo estoy diciendo, y si solo tomará en cuenta las habladurías de la gente, usted y yo ciertamente nunca nos entenderemos en ningún sentido.

—Fue usted quien me lo dijo cuando se marchó con él...

Susan rodó los ojos, resopló con fastidio y lo ignoró.

—¿En verdad se gustan? —insistió el marqués con la voz ronca.

—Si de verdad nos gustáramos del modo en que está insinuando, ¿cree que estaría aquí con usted, perdiendo mi tiempo? —refutó—. No estoy con ánimos de dar explicaciones, pero ha visto la estrecha relación de mi familia con los condes. ¿Piensa que nuestros padres se opondrían, si pensáramos en el otro de un modo romántico?

—Tiene razón —contestó Henry, razonando con cordura—. Me disculpo por mi arrebató, y le ofrezco una tregua.

—¿Una tregua? —indagó con desconfianza. El marqués afirmó—. ¿De qué se trata?

—Intentemos sobrellevarlo por su padre, y le prometo que al terminar mi estancia aquí, si aun quiere deshacerse de mí, yo mismo romperé mi trato con el duque y asumiré la responsabilidad.

Los ojos de Susan se fruncieron.

—Mi padre no lo tolerará...

—Créame que no deseo hacer infeliz a nadie.

—¿Cómo sé que no está mintiendo?

—No tiene más remedio que confiar en mi palabra. —El marqués le tendió su mano para cerrar el trato—. ¿Acepta?

Sin más alternativa que confiar en la palabra del caballero, extendió la suya y estrecharon sus manos.

—Acepto.

CAPÍTULO 5



«¿Cómo demonios iba a hacer frente a tan inesperada sorpresa?!», se cuestionó, sin encontrar respuesta alguna en su confundido cerebro. Henry apenas había podido conciliar el sueño después de conocer a su flamante prometida, y vaya sorpresa que se había llevado. Apenas amaneció, ya había bajado a por un café para espabilarse y poner en orden los pensamientos enmarañados que le habían torturado durante toda la madrugada, pues no le resultaba nada fácil mantenerse impasible ante la curiosidad que le provocaba la dama, y la determinación con que había afirmado que no se casaría con él. Y menos cuando había montado una escena en la terraza, preso de un sentimiento de protección y posesión que no supo de donde salieron. Verla a solas con el joven que casi habría sido su prometido, no le cayó en gracia, y aunque intentó relajarse lo que restó de la velada, había permanecido rígido, intentando disimular cómo devoraba con los ojos a la hija de su anfitrión. De hecho, seguía abrumado y no sabía exactamente por qué. Sin embargo, sí sabía que esa sensación de vulnerabilidad que hasta ese momento había desconocido, no le agradaba para nada.

La excitación que experimentó cuando la tuvo entre sus brazos, volvía a su mente, quemándole la piel, y la palabra matrimonio comenzó a resonar con gran fuerza en su cabeza.

Resopló con fastidio y salió a dar un paseo por los alrededores. Si alguien le hubiera dicho el día anterior que estaría de aquella manera, se hubiera reído a carcajadas; de hecho, le seguía pareciendo una locura sopesar aquella idea, cuando la joven era alguien exasperante e insufriblemente descarada. Pero después de conocerla, una extraña emoción de anhelo se había instalado en su interior y supo que no estaba seguro si podría cumplir con su palabra de romper el compromiso.

Pateó los hierbajos mientras caminaba y bramó un improperio. Si llegaba a casarse a la fuerza con la hija del duque, indudablemente no volvería a dormir en paz por el resto de sus días, ya que el carácter de la muchacha le auguraba muchos inconvenientes. Y ya tenía demasiados con los enemigos que se había ganado a pulso, por lo que no buscaba una esposa precisamente para agregar un conflicto más a su lista de problemas.

Al pensar en aquella situación, se sacudió mentalmente a sí mismo. ¿Qué tonterías estaba pensando?

Siguió su camino. Sin siquiera darse cuenta, llegó a las caballerizas para encontrarse con Brodie. Los mozos que habían acompañado a John a recuperar el frisón ya no lo vieron con desagrado, y tuvieron la sensatez de dejarlo a solas con su escolta personal para que pudieran conversar con total privacidad.

—¿Tan mala fue la cena? —inquirió el pelirrojo escocés, señalando en su rostro las ojeras—. Parece que no has pegado un ojo en toda la noche.

—¿Recuerdas a la muchacha del caballo? —dijo Henry, con su habitual buen humor, mientras Brodie cepillaba a su caballo.

—Aunque no le vi la cara, es imposible olvidar a una joven tan temeraria.

—Pues resulta, que el pobre imbécil que será su marido, soy yo —reveló, mientras una media sonrisa rozó sus labios.

—¿Es una broma? —Brodie dejó caer el cepillo de la mano y se irguió, frunciendo el ceño. Henry negó con la cabeza—. Vaya...

—No quiere casarse y me lo ha dejado claro desde el primer instante —musitó, e inspiró hondo. Entrecerrando los ojos y apretando la mandíbula, miró a la nada.

—Bueno, son noticias estupendas para ti, o ¿no era eso lo que querías?

—Digamos que, *era* lo que quería... —respondió con cierta decepción.

—Acaso, ¿has cambiado de opinión? ¿Es tan hermosa como la pequeña hija de su excelencia? —formuló Brodie, intrigado por la contrariedad en las palabras de Henry.

—Es la mujer más hermosa que vi en mi vida, Brodie —confesó con cierta aflicción—. Al menos, los hijos de Lancaster son honestos, y lady Helena no mintió cuando dijo que su hermana era la dama más bella de Inglaterra.

—Entonces, ¿está todo solucionado? ¿Concretarás tu matrimonio con la dama? —Brodie no toleraba el suspenso, pero conocía perfectamente al marqués y sabía que estaba tratando de explicar algo que ni él mismo comprendía aún.

—Creo que me gusta. —No quiso afirmarlo de buenas a primeras, pero estaba seguro que el escocés comprendió—. Sentí un extraño e inesperado vínculo con la dama, pero le prometí que si, al término de mi estancia aquí seguía sin agradarle, rompería el compromiso y asumiría toda la responsabilidad.

—¿Qué?! —increpó el pelirrojo, sorprendido por la decisión, pues Henry era un hombre que siempre había hecho su santa voluntad. Que le hubiera prometido aquella locura a la hija de Lancaster, le confirmaba que la dama lo había deslumbrado—. No lo entiendo... —siguió desconcertado, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Cuando decías que no podría gustarte, estabas decidido a cumplir con el trato, pero ahora, que la has conocido y te gusta, quieres romper el acuerdo. ¿Qué demonios te ocurre?

—Lady Susan no es como las demás mujeres, y sería mi ruina si la obligo a casarse conmigo, en contra de su voluntad.

—Ya veo... —replicó el pelirrojo, que seguía sin comprender—. Bueno, si te gusta, siempre puedes conquistarla, o ¿no te sientes capaz? —arqueó con cinismo una ceja.

Él negó con la cabeza y emitió un hondo suspiro.

—Mejor ayúdame con mi caballo, que en unos minutos saldremos de caza.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Se opuso—. Estoy seguro que no puede ocurrir nada en los dominios de su excelencia. Además, lady Susan irá con nosotros, lo que significa que el terreno es seguro.

—Como digas. Te alistaré el caballo.

Más tarde, el grupo conformado por el duque de Lancaster, sus hijos John y Susan, el conde de Essex, su heredero; Thomas, y él, se reunieron en sus respectivas monturas para armar grupos de dos y adentrarse en la zona escogida, donde según su excelencia, no escaseaban las piezas que merecían la pena.

—Nosotros iremos juntos —dijo Arthur a su inseparable amigo, lord Essex.

—Vaya novedad —replicó el caballero de ojos azules que siempre estaba serio.

—John y Thomas —se dirigió a los más jóvenes—, ustedes hagan grupo juntos.

—¿Dejarás de Susan vaya a solas con un caballero que apenas conoce? —Lord Essex cuestionó con sus ojos —*bordeados por arrugas casi imperceptibles*— fruncidos por la incredulidad. Lancaster afirmó con la cabeza—. Perdóname, Arthur, pero no me parece apropiado. Además, Susan siempre va con John o Thomas. —Se opuso en rotundo sin importarle que Henry escuchara.

—A mí no me molesta, padre. Pierda cuidado —replicó el joven pelirrojo, ganándose una mirada de reprobación por parte de su padre.

—Ni a mí, tío —secundó John con una sonrisa torcida—. ¿Te parece si empezamos? —le dijo a su amigo el pelirrojo.

—Por supuesto. ¡Una carrera hasta...!

Sus voces se disiparon, pues ambos espolearon sus respectivas monturas y se perdieron entre los árboles y la maleza.

—Y tú, pequeña, ¿tienes la misma objeción que tu tío? —inquirió burlón el duque, dirigiéndose a Susan.

—Me da igual —replicó la joven con indiferencia, encogiéndose de hombros.

—Resuelto el problema, mi querido Essex, ¿podemos comenzar?

—Eres imposible —masculló el conde, emitiendo un bufido y siguiendo a la montura del duque.

—Bueno, la situación nos deja a usted y a mí juntos, lady Susan —dijo Henry, con una sonrisa divertida.

La susodicha rodó los ojos y avanzó.

—¿Vamos? —cuestionó con el ceño fruncido, cuando se percató de que él no la seguía.

—La siga. Después de todo, usted conoce a la perfección estas tierras.

Susan solo asintió e hicieron el recorrido en un tenso silencio.

—Supongo que su pasión por los equinos, lo lleva en la sangre... —Henry rompió el silencio, largos minutos después de haber iniciado el recorrido.

—Supone bien —musitó Susan, secamente. Notó que Henry negaba con la cabeza y emitía un resoplido de crispación, y comprendió que solo buscaba sacar conversación y terminar con aquella incómoda situación—. ¿De dónde conoce a mi padre? —preguntó para dar continuidad a la charla, además de que sentía verdadera curiosidad por la relación del marqués con el duque.

—Conozco a su excelencia desde pequeño; es un buen amigo de mi tío Atholl.

—¿El escocés? —indagó ella, mirándolo por primera vez a la cara, sin disimulo. Arqueó una ceja y asintió con la cabeza—. Sí, se parecen —concluyó antes de que él respondiera—. Hasta donde sabía, el marqués de Bristol era un caballero ambicioso, cruel y...

—¿Despiadado? —completó por ella Henry. Susan volvió a mover la cabeza afirmativamente—. Veo que ha tenido el placer.

—Era un hombre insufrible —recordó con desagrado la dama—. Uno de los tantos motivos por los que detestaba acudir a los bailes...

Aquella información hizo que Henry la contemplara con rostro inexpresivo. Su nivel de tolerancia desapareció por completo, de solo imaginarla siendo acosada por el desagradable hombre que había llevado su misma sangre, y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener a raya su inexplicable irritación. Sin embargo, de no ser porque su hermano ya estaba muerto, lo estaría estrangulando.

Respiró hondo, tragó con esfuerzo y tuvo que concentrarse para borrar la mueca de furia que se había dibujado en su boca, cuando preguntó:

—¿La ha ofendido de algún modo?

—El caballero era desagradable, pero no tonto —replicó con una sonrisa sardónica la dama—. A mi padre no le agradaba y se mantenía a raya.

—Muy inteligente de su parte —respondió más tranquilo.

—Y, ¿qué relación tienen? Acaso, ¿murió? —siguió preguntando la joven, relajando más la conversación.

—Murió, y era mi hermano mayor —respondió él con cautela.

Susan volvió a mirarlo por segunda vez a la cara y entornó los ojos.

—No se parecen en nada —concluyó, volviendo la mirada al frente.

—Pues muchas gracias por el cumplido —expresó con diversión—. Era mi medio hermano. Mi madre se casó con nuestro padre cuando murió su primera esposa.

—Eso explica la falta de parentesco; debe estar agradecido con su madre.

—Digamos que sí —asintió el marqués, asumiendo que la muchacha tenía razón y debía estar agradecido por muchas cosas con la marquesa viuda, en especial, por la oportunidad de conocerla a ella.

Siguieron conversando de trivialidades, hasta que Henry sintió curiosidad por el motivo que la llevaba rehusarse en rotundo a contraer matrimonio. Quería saber si el problema se resumía al candidato, o si había otra razón para que se negase con tanta vehemencia.

—Y, ¿qué puede decirme de usted? —formuló con suavidad, mas no llegó a obtener una

respuesta porque en ese instante escuchó el crujido de una rama.

Ambos detuvieron su montura. Susan lo miró con el entrecejo fruncido, y él le hizo un ademán de guardar silencio, colocando su dedo en los labios. Sin embargo, todo sucedió tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. De improviso, de entre los árboles, salió un hombre sosteniendo una pistola y apuntándolo con determinación. Sin mucho preámbulo, el desconocido apretó el gatillo y la bala rozó su hombro izquierdo, gracias a que otro disparo desvió la mano del atacante.

Susan no había dudado en levantar el arma que había empuñado ni bien escuchó las pisadas, y unos segundos antes de que el agresor efectuara el disparó, ella hizo lo propio, acertando la mano levantada del hombre, que sin dudas señalaba con el cañón, el torso izquierdo del marqués.

Se oyó el grito ensordecedor del asesino que se perdió rápidamente entre los arbustos, dejando caer el arma, y el quejido de Henry que miró sorprendido a la joven dama que lo acababa de salvar de una inminente muerte. Los caballos se inquietaron cuando se oyeron los disparos, pero ambos lograron controlar a sus respectivas monturas.

Susan de inmediato desmontó y se acercó con prisa hasta el marqués, cuyo traje color marrón comenzó a mancharse con sangre.

—¡Por Dios! ¿Se encuentra bien? —indagó la joven, con una admirable serenidad.

—Gracias a ti, lo estoy... —musitó él, olvidando la formalidad. Bajó la mirada y constató que el ardor, efectivamente, obedecía al roce de la bala en su hombro izquierdo—. Maldición... —susurró, entrecerrando los ojos y presionando la zona afectada con su mano derecha, mientras seguía sosteniendo la brida con la mano izquierda.

—Debemos regresar a la casa de inmediato. ¿Podrá llegar? —cuestionó con la voz firme, manteniendo en absoluto control sus nervios.

A Henry lo sorprendió la preocupación que sentía la joven, y que se esforzaba por camuflar. Sinceramente, la herida no era grave y tampoco moriría desangrado, pero la idea de aprovecharse un poquito de su situación para tener su compañía y atención, le tentó en demasía. Tragó con esfuerzo y asintió con la cabeza, en tanto lady Susan volvió a montar a su yegua.

—Volvamos despacio. No me apartaré de su lado.

Las palabras que le prodigó la dama, mientras lo miraba a los ojos, lo conmovió y algo en su interior se rompió. Aquella barrera que había levantado alrededor de su corazón porque lo tenía guardado para la joven que lo salvó hace cinco años, se estaba derrumbando a pedazos y él, por primera vez, no se estaba oponiendo a ello.

Respiró con dificultad cuando la muchacha tomó las riendas de su semental y, agitando despacio las cuerdas, le dijo:

—Solo sosténgala, yo guiaré a su caballo.

Él solo pudo mover la cabeza de arriba a abajo y siguió a la joven.

En cuanto llegaron a la mansión, Susan comenzó a dar órdenes al mayordomo que de inmediato llamó a varios lacayos para que ayudaran al marqués.

—¡De inmediato vayan a por el doctor al pueblo y manden a alguien a avisar a mi padre!

—Como ordene, milady —respondió Gregory, el mayordomo.

—Pero, ¿qué ocurre? —cuestionó la duquesa, mientras ellos ingresaban ayudados por dos hombres que sostenían —*innecesariamente*— al marqués—. ¡Oh, por Dios! —observó el hombro herido del caballero.

—Intentaron matarlo —informó Susan—. Necesita atención médica, madre. Ya he ordenado a que vayan por el médico y por padre.

—Has hecho bien, hija. Suban al marqués a sus aposentos —ordenó a los lacayos. Cuando Susan los siguió, su madre la detuvo del codo—. No puedes seguirlo a sus habitaciones, Susan.

—¡Pero, madre...!

—No es correcto, cariño —intervino lady Anabelle. Miró de reojo al marqués que ya subía las escaleras, y agregó en tono burlón—: ¡Estoy segura de que el marqués no morirá desangrado!

—Esperemos a tu padre y al médico, Susan. Es solo una herida superficial... —insistió la duquesa, comprendiendo a la perfección la insinuación que había hecho la condesa de Essex.

—¿No se supone que será mi marido? —Susan no comprendía tanta hipocresía; la habían prácticamente obligado a conocer y tratar a quien fuera su prometido, y ahora decían que acompañarlo a su habitación para cerciorarse de que su herida fuese tratada, no era apropiado.

Luchó por mantener la compostura. Años de hacerlo la ayudaron a no retorcerse. Pero no estaba segura de poder evitar que sus ojos llamearan y que de su boca salieran palabras punzantes.

—Mejor vayamos a la cocina a preparar el té de hierbas que te ayuda a conciliar el sueño —dijo de un modo encantador su hermana Helena, que había entrado al vestíbulo cuando su tía Anabelle insinuó que el marqués exageraba para tener a Susan cerca—. Y antes de que protestes, la infusión no es para ti; es para el marqués que debe sentirse bastante adolorido por su herida —la tomó del brazo y se la llevó.

Claire resopló, negando con la cabeza.

—Ya no sé qué hacer con ella, Anabelle. Me siento tan culpable...

La condesa le tomó las manos y sonrió para confortarla.

—No es tu culpa, Claire. Convengamos que por sus venas corre la sangre de Lancaster, más que en cualquiera de tus hijos —bromeó para apaciguar el ambiente—. Es culpa de su endemoniado padre, que no midió las consecuencias de darle demasiada libertad en algunas cuestiones.

—Digamos que tú también has aportado tu grano de arena en esa empresa, Anabelle.

Lady Essex enrolló su brazo al de su querida amiga, y dijo:

—Para nada, querida —hizo un ademán con la mano, mientras guiaba a Claire hacia afuera—. Solo la ayudé a sentirse menos atrapada en un papel que no deseaba interpretar. Siempre fue como su padre, y a estas alturas ya resulta casi imposible anular su carácter apasionado y orgulloso que es más fuerte que sus propias ganas de hacer lo correcto y obedecer.

—Al menos, algo bueno está saliendo de todo este incidente... —confesó con una sonrisa la duquesa.

—¿También te has dado cuenta? —indagó Anabelle y Claire afirmó—. Bueno, mis respetos para lord Bristol por haber ganado su primera batalla.

—Esperemos que sea más paciente de lo que...

—¿De lo que fuimos nosotras? —completó, con una sonrisa pícaro.

—No estamos en posición de reprocharle nada, tiene razón. Además, estoy segura que apenas han comenzado a llevarse bien. Creo que exageramos...

—¡Tonterías! —Negó la condesa—. No podemos descuidarnos, y que suceda algo inesperado. Si algo queda claro, es que el marqués se ha decidido a conquistarla y no obligarla a cumplir con un trato que ella no cerró, mas no estamos seguras si logrará su cometido, querida.

—Tienes razón —aseguró Claire, recordando lo doloroso que había sido el día después de su boda, cuando prácticamente había roto sus lazos con el hombre que amaba por un malentendido.

CAPÍTULO 6



«¿Qué diablos fue todo eso?!», pensó Henry, recordando el ataque, sin tener la más pálida idea de qué estaba sucediendo. Resopló con crispación, cuando los dos lacayos lo acompañaron a su dormitorio y lo sostuvieron hasta hacerlo sentar en el borde de la cama.

—Estoy bien, solo necesito un poco de agua para limpiar la herida —rugió fastidiado, por otra cuestión que nada tenía que ver con el atentado, pues e había entusiasmado demasiado cuando vio que lady Susan estaba decidida a seguirlo a sus aposentos, pero tuvo que tragarse su decepción cuando la duquesa y la esposa de lord Essex la detuvieron.

—De inmediato traeré unas compresas y agua tibia, milord —informó uno de los sirvientes, mientras el otro permaneció a su lado, por si se le ofrecía algo.

Minutos después, regresó con todo lo necesario y detrás de él ingresó Brodie, que había sido avisado por el mayordomo.

—Ya no requiero de sus servicios, mi escolta de ocupará de todo —dijo con voz firme, invitando a los lacayos a que se marcharan.

—¿Qué demonios ha pasado? —cuestionó Brodie con los ojos fruncidos y la respiración agitada, cuando la puerta se cerró—. Cuando me han dicho que te dispararon, pensé lo peor —tomó un paño, lo mojó en la palangana y limpió el roce de la bala. Henry hizo una mueca por el dolor—. Menos mal, tu atacante tiene muy mala puntería.

—Y lady Susan es una excelente tiradora. Si no fuese por ella, la bala me habría destrozado el corazón... —murmuró consternado.

—¿Sabe disparar? —preguntó pasmado el gigante pelirrojo.

—Diría que mejor que yo, e incluso tú. Le desmembró la mano al hombre que me atacó... —miró con los ojos fruncidos a Brodie—. Vino a por mí, y si no hubiera sido por esa joven, estaría muerto.

El escocés permaneció serio, con el ceño arrugado, mientras intentaba limpiar la herida.

—Mejor, quítate la chaqueta y la camisa para que el doctor pueda coserte y aplicar el vendaje. No debe tardar en llegar, según el mayordomo —recomendó con la voz rota, impotente por no haber prevenido la situación cuando su único trabajo era proteger al sobrino de Atholl—. ¿Tienes idea de quién pudo ser?

—El único hombre que quería verme muerto, se encuentra enterrado bajo varios metros de

tierra. No tengo la menor idea de quien pudo haber sido, y tampoco sus motivos. —Se puso de pie y Brodie le quitó con cuidado el frac, mientras se mordía los labios por el dolor que le provocaba el roce de la tela con la herida.

En ese instante, la puerta se abrió y el duque, seguido por lord Essex y los hijos de ambos, ingresó detrás de un hombre calvo y regordete que resultó ser el médico.

—¿Qué demonios ha pasado?! —le cuestionó el duque, con los ojos fruncidos y llameantes por la furia. Henry miró de reojo a sus acompañantes y Arthur comprendió—. Déjennos a solas —pidió al conde y a los caballeros más jóvenes—. Tengo que conversar un asunto importante con el marqués.

De inmediato salieron todos, a excepción del médico y Brodie, a quien Arthur le hizo señas para que se quedara. Cuando se cerró la puerta, el semblante del duque había cambiado por completo y parecía decidido a matarlo.

—Me dirás ahora mismo, en qué maldito problema estás metido, porque no permitiré que sigas aquí y pongas en peligro a mi familia.

Henry guardó silencio y negó con la cabeza.

—Excelencia, ¿podemos dejar que el médico haga su trabajo, para conversar sobre el asunto? Milord está herido... —Brodie trató de calmar al duque, y que la herida de Henry no siguiera esperando.

—¡Es un simple rasguño! —protestó Arthur, restándole importancia. Sin embargo, sabía que no podía ser indiscreto delante del matasanos que observaba atónito la escena—. Haga su trabajo, doctor. —Se hizo a un lado y permaneció de pie, con los brazos cruzados en el pecho y el ceño arrugado, observando el procedimiento.

El médico quitó unas tijeras de su maletín y comenzó a cortar la manga. Sin embargo, la herida no era tan superficial como todos pensaban y podía infectarse si no se trataba con cuidado antes de la sutura.

—Lo siento, milord, pero debe quitarse la camisa para que pueda tratar adecuadamente la herida.

Henry asintió y Brodie lo ayudó a desabotonar la prenda, mientras Arthur caminaba como león enjaulado por toda la amplia habitación, cuya cama con dosel se encontraba en el centro de la estancia de paredes blancas con una chimenea en una de las esquinas frontales y dos sillones en frente del hogar. Delante del lecho había un biombo que daba cierta privacidad para el aseo, con una mesita con aljofaina y una amplia bañera de hierro. Dos enormes escaparates de cristal daban a la entrada principal de la casa en forma de U invertida.

Lancaster se acercó a uno de los ventanales y observó el sendero rodeado de árboles, antecedido por una pequeña laguna donde nadaban algunos patos. Por encima del agua, se alzaba un curvado puente de madera con barandas ornamentales que servían de protección y donde, casualmente, sus hijas estaban de pie, conversando mientras le daban de comer a esas escandalosas aves que detestaba, pero que Claire adoraba.

Al borde del agua, en una elegante glorieta amoblada con una mesa circular y sillas con almohadones, estaban sentados, bebiendo té y conversando, su amada Claire, su mejor amigo y la esposa de éste. Giró la cabeza hacia el otro extremo del terreno donde se levantaba la gran

caballeriza que era su orgullo, y donde pasaba la mayor parte de su tiempo junto con sus hijos. Delante de la construcción, distinguió a John y a Thomas, revisando las patas de uno de los nuevos ejemplares irlandeses.

Su corazón comenzó a palpar frenético, y presionó los labios. Siempre había sido cuidadoso con sus negocios, precisamente para no poner en peligro a su familia, y no estaba dispuesto a que eso cambiara. No arriesgaría la integridad de las personas que más amaba, ni por una promesa o un acuerdo. Y, si para ello debía romper sus lazos con Henry, lo haría sin pestañear.

—Listo —dijo el médico—. Hemos terminado. Le dejaré este ungüento para que se lo aplique dos veces al día —le entregó la pomada al escolta—, y vendré mañana a cambiarle el vendaje. Me retiro, excelencia. —Se volteó para observar al duque que seguía con la mirada fija a través de la ventana y lo despachó con un ademán en la mano.

Henry y Brodie se miraron, aguardando expectantes a lo que diría Lancaster.

—Ahora puedes explicarme, ¿qué demonios ocurrió? —masculló sin moverse de su sitio ni mirarlo.

—Un hombre salió de la nada y me apuntó con el arma. Si no fuera por su hija, estaría muerto —confesó sin titubear y escuchó al duque sonreír.

—Lo siento, Henry, pero no puedo permitir que pongas de nuevo en peligro a Susan... —Aunque parecía tranquilo, Arthur estaba furioso y a punto de reventar.

—¿Eso qué significa?

—Que no habrá compromiso. —Un tenso silencio reinó en el recinto, por lo que pareció una eternidad—. Después de todo, es lo que querías, lo que ambos querían porque, como ya te habrás dado cuenta, ella tampoco quiere casarse contigo.

Él contuvo la respiración para no replicarle inapropiadamente al hombre que lo había protegido durante tantos años. Sin embargo, tampoco pensaba ceder, y se imaginaba la expresión que pondría Lancaster cuando lo escuchara contradecirlo por primera vez.

—Lo siento, excelencia, pero no puedo romper el compromiso —dijo con la mandíbula tensa y la voz ronca como el de una fiera defendiendo lo que consideraba suyo—. No quiero romper el compromiso. Deseo que lady Susan sea mi esposa.

Arthur Wellesley giró la cabeza para verlo a la cara. Su rostro permanecía impassible, sin revelar ni una señal de emoción. Sin embargo, Henry lo conocía en demasía y sabía que, detrás de su fachada había desconcierto e incredulidad que ensombrecía el pardo de sus ojos.

—¿Me estás desafiando? —masculló, frunciendo las cejas y dando lentos pero firmes pasos. Rodeó la cama y llegó hasta el lado del lecho, donde estaba recostado—. ¿Te atreves a...? —los ojos de su excelencia se abrieron desmesuradamente, observando aquella joya que brillaba y colgaba de su cuello.

A zancadas se acercó hasta él, sin que Brodie lo pudiera detener. Con su mano izquierda rodeó la garganta de Henry, mientras que con la derecha tomó el colgante, tirando con fuerza para que la cadena se soltara. Sin embargo, su mano izquierda no se aflojó y presionó más, casi sofocando al marqués que intentaba, con las manos, apartar el agarre del duque.

—¿Quién te dio esto?! ¡De dónde lo has sacado! —gritó como si estuviera poseído. Brodie lo tomó por los brazos, pero le fue imposible separarlo del marqués—. ¡Responde, maldito! ¿De dónde lo has sacado?

Henry casi no podía respirar y mucho menos hablar.

—¡Se lo dio la joven que lo salvó hace unos años! —gritó Brodie y Arthur soltó al marqués despacio—. Fue después del atentado que sufrió milord, excelencia. Se lo juro.

El marqués comenzó a toser, en tanto el duque caminaba en círculos, mirando el prendedor y sacudiéndose el pelo. Brodie estaba desconcertado, cuando de repente, una idea comenzó a formarse en su cabeza. Sin embargo, no podía ser lo que imaginaba.

Ayudó a Henry a incorporarse en la cama y a beber un poco de agua.

Cuando el marqués se recuperó, casi con incredulidad dijo:

—¿Se ha vuelto loco? ¡Casi me mata! —le reprochó al duque que parecía luchar contra sí mismo para no darle una paliza. Sin embargo, desconocía en absoluto el motivo—. Como le ha dicho Brodie, me lo dio la jovencita que salvó mi vida.

Arthur se detuvo, miró el broche de oro blanco en forma de árbol con esmeraldas y zafiros, y luego observó con frialdad al marqués.

—Eso es simplemente imposible. Tiene que haber otra explicación.

—Esa es la única verdad, excelencia.

—Este prendedor se lo di a mi esposa cuando comencé a cortejarla, es una pieza única porque representa algo que solo ella y yo sabemos, y después, se lo regalamos a... —calló de golpe, respirando con dificultad y negando con la cabeza.

El corazón de Henry comenzó a palpar por la expectación de conocer al fin la identidad de la joven a quien le debía su vida.

—Se lo dio a su hija, ¿cierto? —intervino Brodie, completamente sorprendido. Lancaster lo fulminó con la mirada—. ¡Por supuesto! Tiene que ser su hija; la hija del diablo... —musitó, sintiéndose un tonto—. ¿Cómo no lo pensé antes?

—¿De qué demonios hablas? —fulminó con los ojos chispeantes al escocés—. Tú, ¿conociste a mi hija? —Brodie asintió—. ¡Pero cuándo diantres pasó todo esto y en mis narices! —bramó completamente incrédulo.

—Fue hace cinco años, en Devonshire... —dijo Henry.

Arthur arqueó ambas cejas, recordando de pronto.

Había estado a punto de volverse loco cuando se desató aquella tormenta y su hija no regresó con los demás. Salió a buscarla con varios hombres, pero cuando la encontró, estaba con el vestido destrozado y ensangrentado. Jamás había sentido tanta rabia, miedo e impulso por matar al mismo tiempo. Sin embargo, su hija no había dicho una sola palabra al respecto. Su explicación fue que se había caído del caballo entre la maleza, que la sangre se debía a los rasguños y que el vestido se había rasgado con las ramas. Ni Claire ni él le creyeron, y ya no puso objeciones a que la enviara a la escuela de señoritas para evitar que se siguiera metiendo en problemas. Lo único que lo había tranquilizado, fue que no presentó ningún cambio emocional y

que tampoco había doblegado su espíritu. Siempre discutía con vehemencia, defendiendo sus puntos y eso en parte le había dado la seguridad de que no le ocurrió nada malo. Sin embargo, no habían aclarado lo que realmente sucedió.

Ahora que lo pensaba, Susan cambió de parecer en relación a un posible matrimonio con su mejor amigo luego de aquel incidente, lo que lo llevaba a suponer que, quizás, esperaba que, el hombre a quien ayudó, la buscara.

Sí. Solo eso explicaba que le hubiera dado el prendedor. Su pequeña estaba esperando por ese hombre que, casualmente, resultó ser Henry.

Sacudió su cabeza, cuando varios detalles le vinieron a la mente.

—No. Es imposible que haya sido Susan —dijo de pronto, negándose a pensar en aquella posibilidad, ya que no lo había reconocido—. ¿Cómo explicas que no te reconoció, ni tú a ella?

—Estaba casi muriendo, excelencia, y tenía el rostro magullado por los golpes que los hombres de Garrad me propinaron —respondió Henry, presionando los puños y apretando los dientes—. Recuerdo vagamente su voz, y le juro que, cuando la rescaté en el bosque, por un momento creí haberla reconocido...

—¿Rescataste en el bosque?! —increpó el duque.

Henry bufó y entrecerró los ojos por su indiscreción.

—No sabíamos que se trataba de milady, excelencia. Estaba a punto de caer de un caballo, un frisón, y milord la rescató a tiempo —intervino Brodie, para sacar del apuro al marqués.

—Con más razón —dijo Arthur, mirando nuevamente el prendedor que le habían regalado a Susan cuando cumplió cinco años.

—Con más razón, ¿qué? —cuestionó el marqués, con un nudo en la garganta. Estaba a punto de reventar por dentro, tanto de la emoción como de la impotencia.

—Con más razón te quiero lejos de mi hija —lo apuntó con el dedo—. Eres un imán para los problemas, y la has puesto en peligro. No sé en qué estaba pensando cuando accedí al trato que me ofreció tu madre y tu tío.

—Discúlpeme, pero no estoy de acuerdo. —Se opuso.

—¿Y crees que me importa tu opinión?! —bramó el duque—. Las únicas veces que estuviste con ella, ha estado en peligro. Y ahora, que el malnacido de Garrad está muerto, hay alguien más tras tu cabeza. ¿Acaso piensas que pondré en riesgo a mi hija por un estúpido acuerdo? No me conoces ni un poco...

Las facciones de Henry se endurecieron, contuvo la respiración y observó desafiante a Lancaster que tenía sus ojos clavados en los suyos. Tuvo que aferrarse al contacto de su mirada, pues no quería que él pensara que era un cobarde y lo amedrentaría con facilidad. Inspiró con fuerza y, soltando el aire, dijo con convicción:

—No voy a renunciar a su hija. La he buscado por todos estos años, nunca me había interesado por nadie más, hasta que la conocí anoche. Le juro que mis motivos para aferrarme a ella, van más allá de una lógica razón, y nunca podría dejar pasar esta oportunidad, sin al menos decirle que soy yo el hombre a quien salvó aquella vez... Y otra vez, ahora. —Sonrió con ironía

—. Quizás, su destino y el mío estaban unidos mucho antes de aquel acuerdo, excelencia, y le suplico que no me arrebathe la posibilidad de conocerla, porque hacer eso sería lo mismo que obligarme a ir en su contra, y sabe que lo aprecio y admiro como si fuera un padre.

Arthur se quedó pasmado. Lo miró a los ojos y lo que vio en ellos lo perturbó, porque le estaba dejando en claro que no le importaba desafiarlo. El duque rompió el contacto entre sus miradas y se volteó. Anduvo hacia la puerta, pero se detuvo, tratando de controlar su genio. Presionó las manos en puños, respiró hondo, negando con la cabeza. Luego, sin mirarlo, replicó a sus razones.

—Tu razón no es suficientemente válida para mí, y no puedo concebir la idea de perder a mi hija. Lo siento, pero no voy a cambiar de opinión.

—Yo tampoco —replicó Henry sin titubear.

—¡Maldita seas, mocoso! —Furioso, Arthur se volvió hacia él.

—¡Tengo veintiocho años, ya no soy un niño! Y tengo muchos recursos para mantener a salvo a su hija, lo sabe. Al menos, deme una oportunidad —insistió, deseando hacer las cosas por las buenas.

—¿Que tienes recursos? —increpó con sorna—. ¡Estuvieron a punto de matarte!

—Fue una negligencia de mi parte, excelencia —intervino Brodie—. Jamás pensamos que alguien se atrevería a realizar un ataque en sus dominios.

—Yo tampoco, Brodie, y si alguien está dispuesto a desafiarme, está más que claro que no teme a mis represalias —le respondió el duque.

—Le prometo que no volverá a ocurrir —dijo con firmeza el marqués.

—Tu promesa no es ninguna garantía para mí. ¿Cómo quieres que me sienta, sabiendo que en cualquier instante puedes poner en peligro a mi niña? —Su voz fue un grito que casi hizo tiritar el candil que colgaba del alto techo—. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando supe lo que ocurrió? —Se detuvo delante de él y lo miró con reproche—. Gracias a Dios, mi hija no es como las demás mujeres, o estarían muertos los dos... —agregó en tono gélido para que comprendiera su preocupación.

Henry contuvo el aliento, pues el duque hablaba con seguridad por las evidencias, y él sabía que tenía razón. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder, aunque la idea de que le hubiera sucedido algo a Susan hizo que sus músculos se tensaran. Conteniendo la rabia y la impotencia de haber dado pie a aquel atentado, maldijo en sus adentros. Pero, de todos modos, no podía hacer lo que le pedía. Ella estaba sana y salva, y en lo sucesivo no dejaría que volviera a ponerse en riesgo.

—¿Cómo crees que me hubiera sentido entonces? ¡Responde!

Insistió el duque, esperando una respuesta que nunca salió de su boca.

—Es verdad que te aprecio como a un hijo, pero no apruebo que pongas en peligro a mi familia —volvió a decir Lancaster, esperando que el marqués entrara en razón, mas se hizo un largo y tenso silencio que colmó la paciencia de su excelencia—. Necesito que me des tu palabra de que te marcharás y olvidaremos el tonto acuerdo de compromiso.

—No puedo dársela. —El marqués le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza en negación—. Y no se trata de una necesidad, ni de llevarle la contra porque sí.

Un rugido de impotencia salió de la garganta del duque que, después de dedicarle una mirada amenazadora, tomó el picaporte, abrió la puerta y salió, dando un portazo.

CAPÍTULO 7



«Y ahora, ¿qué carajos haría para convencer al duque de no fastidiar sus planes?». Henry entrecerró los ojos, miró el techo y resopló. Saber que lady Susan y la jovencita que lo rescató podrían ser la misma persona, le había inquietado el pecho y revuelto el estómago por la emoción. Mientras imaginaba cómo pudo haber ocurrido el atentado, las manos le temblaron. Intentó serenarse, mas la rabia lo estaba cegando.

—El duque tiene razón, no puedo culparlo por querer alejarme de su hija... —musitó con impotencia, incorporándose de la cama. Caminó hasta la ventana y realizó el mismo movimiento de cabeza que había hecho Lancaster, explorando el exterior.

Ahora lo comprendía, y estaba seguro que no le temblaría el pulso ni le tentaría el corazón para deshacerse de él, si lo consideraba una amenaza para lo que más amaba: su familia.

—Entonces, ¿harás lo que te pidió? —indagó Brodie, inquieto y preocupado por todo lo que se estaba suscitando. En parte, había sido su culpa por no proteger adecuadamente al marqués.

—No puedo. —Sus ojos observaron con anhelo a la esbelta y atractiva muchacha con traje de montar color verde oliva, que estaba de pie en el puente, dándoles de comer a unas aves—. No puedo dejar pasar la oportunidad de agradecerle por salvar mi vida, lo sabes —añadió en un susurro doloroso.

—Si se trata solo de eso, agrádecele y marchémonos antes de que las cosas se pongan peor —insistió Brodie, temiendo lo que pudiera suceder. Henry ya tenía un enemigo anónimo, como para echarse encima a alguien tan implacable y severo como Lancaster.

—No se trata solo de eso, ya te lo he dicho en el establo.

—Lo suponía, pero el duque está hecho una fiera y ya no está contento con tu presencia aquí —replicó el escocés, cerrando los ojos.

Con la mandíbula encajada, en su interior se arremolinaba una cólera contra el asesino que lo había atacado y desbaratado su excelente relación de años con su excelencia, justo en el momento en que descubriría que estaba dispuesto a casarse con su hija por gusto, y que además, la dama podía ser la misma persona que buscó por años.

—Debí haber esperado a que se calmara para enfrentarlo. No he pensado, sólo he reaccionado y lo único que conseguí es que se opusiera aún más... —Se interrumpió y, con la mandíbula aún más tensa, se volvió y miró a Brodie con convicción—. Debemos averiguar quién

quiso matarme y eliminar esa mala hierba de raíz. Solo así, el duque no pondrá objeciones a mi relación con su hija —añadió en voz muy baja y regresó su mirada a la ventana—. La hija del diablo... —musitó, con una tonta y reveladora sonrisa, pensando en la exquisita muchacha—. ¿Quién más hubiera sido, si no la hija de Lancaster? —le preguntó a Brodie, como si fuera lo más lógico.

—Sin embargo, me pregunto si milady no estará encantada de deshacerte de ti. Has dicho que te advirtió que no se casaría contigo —le recordó Brodie.

—Si le digo quien soy, estoy seguro que me dará una oportunidad. ¿No has dicho que esperaba a que la buscara? —lo miró nuevamente, con el ceño arrugado.

—Es lo que dijo cuándo te puso ese colgante. El problema es que ya no lo tienes, ¿cómo probarás que eras tú? Si es que su padre te da la oportunidad de acercarte a ella.

—Para eso estás tú, mi querido amigo —habló con optimismo por primera vez—. Buscarás a milady y le dirás que necesito verla. Estoy seguro que, cuando te reconozca, no dudará en venir a buscarme.

Brodie afirmó y salió del dormitorio, dispuesto a hacer lo que le había ordenado, cuando se percató de que lady Susan cruzaba el puente, seguida de su manipuladora hermana.



—Espero que ese insufrible hombre se encuentre bien —le dijo Susan a Helena, mientras lanzaba migas de pan a aquellos escandalosos patos que detestaba y hacían un gran alboroto. Sin embargo, necesitaba distraerse y no le importaba acompañar a su hermana a una de sus actividades favoritas.

El corazón comenzó a palparle aceleradamente cuando recordó la escena del bosque; sintió que la nuca se le erizaba y la piel le ardía al tomar conciencia, con esa pequeña parte de ella que todavía era capaz de pensar con lucidez, de que alguien había querido matar al marqués. No había sido un ataque aleatorio de un salteador cualquiera.

—No es ningún insufrible; más bien, es un hombre muy interesante —opinó su hermana con una sonrisa de admiración.

—Si no supiera que estás enamorada de Thomas, pensaría que te gusta.

—El amor nos vuelve estúpidos —replicó Helena con un suspiro—. Si no fuera por mi tonto enamoramiento, le pediría a padre que me casara con el marqués. Después de todo, a ti no te gusta, ¿o me equivoco? —miró de reojo a su hermana.

Susan apretó los dientes, e inesperadamente su mundo se quebró en dos con aquella inesperada pregunta. ¿Le gustaba o no le gustaba el marqués?

Se sacudió mentalmente y se respondió que ¡por supuesto no le gustaba! Eso era sencillamente ridículo.

Sí. Aceptaba que el caballero era muy atractivo y tenía carácter, nunca había conocido a un hombre como él, pero de ahí a que le gustara, era imposible. ¡Apenas lo había conocido! Sin

embargo, en la noche y esa mañana cuando lo miró con atención, le resultó muy familiar y un sentimiento de anhelo le había embargado durante toda la madrugada. Tampoco podía negar que su proximidad la había hecho titubear, causando estragos en sus emociones habitualmente controladas. Aquel escandaloso e innecesario baile le provocó un desconocido impulso, casi irrefrenable, de querer rozar esos labios que, cuando se curvaban, demostraban la arrogancia innata del hombre.

Le había resultado realmente admirable que le prometiera romper el compromiso si a ella no le llegaba a agradar, asumiendo las consecuencias de no acatar los deseos de un hombre tan imperante como su padre. Nadie en su sano juicio haría semejante cosa, sin embargo, había creído en su palabra y esa confianza que despertó en ella, le resultó desconcertante.

—No... —susurró después de un largo silencio—. No te equivocas.

—¡Lástima! Porque a él le gustas tú —reveló con picardía la menor de las Wellesley.

—No digas tonterías, Helena.

—No es ninguna tontería, le gustas, y estoy segura que a ti también podría agradarte si le dieras una oportunidad.

—No quiero seguir escuchando tus especulaciones —musitó, lanzando la mitad del pan que le quedaba al agua, donde los patos comenzaron a reñir por el inesperado botín, y se giró para marcharse.

—¡Es el hombre perfecto para ti, cariño! —insistió Helena, mientras Susan caminaba en dirección a la casa, con ella siguiéndola—. Es obstinado, decidido y orgulloso, alguien digno de la temeraria hija del duque de Lancaster —sonrió con elocuencia, alcanzando a Susan y enrollando su brazo al suyo—. Ahora comprendo por qué padre lo escogió.

Susan rodó los ojos y reprimió una sonrisa, pero la verdad era que su hermana le divertía en demasía con sus ocurrencias y, para qué negar, alimentaba su orgullo y bien consumada vanidad.

—¡Y hablando del hombre más encantador de Inglaterra! —exclamó Helena, cuando su padre bajó a zancadas por los escalones de la entrada principal de la casa, con el semblante muy serio—. ¡Padre! —Helena corrió a alcanzar a su padre, que la abrazó y levantó al aire para luego dejarla en el suelo y besar su coronilla, en tanto Susan llegaba hasta ellos—. Estábamos hablando precisamente de su buen gusto —expresó, mirando a su hermana.

—Ah, ¿sí? —El duque arqueó las cejas y observó a sus hijas alternadamente.

—Le estaba comentando a Susan sobre lo agradable que resultó el marqués, y de las posibles razones por las que lo ha escogido como pretendiente. Es realmente encantador.

El rostro del duque cambió por completo de expresión.

—Tu hermana no piensa lo mismo, Helena. Así que, he decidido romper mi acuerdo con el marqués y terminar con los problemas que han acarreado este asunto a nuestra familia —anunció sin demostrar emoción alguna, presionando sus labios—. Se marchará hoy mismo —informó, desconcertando a las dos damas.

—¡Pero, padre! El marqués está herido, no puede permitir que se marche en su estado —protestó Susan, sorprendida por el repentino cambio de parecer de su padre.

—¿Sucedio algo malo, padre? —inquirió Helena, tan turbada como Susan—. ¿Qué hizo su señoría para molestarlo?

—Nada, cariño. —Arthur intentó mantenerse impassible—. Es su decisión y no veo razón alguna para detenerlo. A menos que Susan tenga alguna objeción al respecto, además de la excusa de la herida del marqués que resultó un simple rasguño. —El duque se cruzó de brazos, esperando la respuesta de su hija mayor.

—Susan, dile a padre que estás encantada con el marqués. —Helena miró a su hermana suplicante.

—¿Es eso cierto, Susan? —indagó su padre, aguardando una respuesta que cambiaría toda la situación—. ¿Quieres comprometerte con el marqués?

La susodicha observó de soslayo a su hermana, que insistía con la mirada. Se puso rígida, sin saber qué decir porque asumir lo que le pedía Helena, era como ponerse la soga al cuello. Sin embargo, sentía curiosidad por las razones de su padre para querer romper el compromiso abruptamente, y la respuesta a esas razones, solo se las podría dar ese latoso caballero.

—En realidad, esperaba poder seguir tratándolo, padre —dijo en un murmullo apenas audible—. Además, me parece injusto que le pida que se marche por el incidente en el bosque, no habiendo ocurrido nada que lamentar.

Arthur sonrió, mientras se mordía los labios y emitía un hondo suspiro. Su hija lo había descubierto.

—¡Por supuesto! —dijo Helena, negando con la cabeza sin dejar de sonreír—. Se ha enfadado porque el pobre caballero fue atacado en compañía de Susan —miró a su padre a los ojos—. Sin embargo, mi padre, además de ser el más afectuoso y protector de los hombres, es un caballero comprensivo que sería incapaz de echar a un convaleciente. ¿Verdad, excelencia?

—Ya te he dicho que no fue mi idea. Es el marqués quién desea marcharse —insistió con la misma sonrisa encantadora que Helena le propinó—. A menos que exista una razón de peso, no lo detendré. Y ya no intentes manipularme, porque todos esos trucos, se los enseñé yo a tu madre. —Le guiñó un ojo a la damita que se encogió de hombros con aparente resignación.

—Bueno, que Susan quiera conocerlo, es una razón de suficiente peso, ¿no le parece? —expresó, negándose a darse por vencida—. Nunca ha estado interesada en nadie, y creo que entablar amistad con el marqués es algo nuevo y bueno —insistió.

—Si él desea marcharse y no fue padre quien le pidió que dejara Haven House, no tengo ninguna objeción al respecto. —Susan replicó con un deje de decepción, que fue evidente para su padre.

—¿Quieres que se quede? —indagó el duque con expectación e incredulidad.

—Padre, ¿acaso alguna vez ha importado mi decisión? —preguntó con un nudo en la garganta, aprovechando la oportunidad para reprocharle todos sus malestares.

—Siempre me ha importado, lo sabes.

—No parece. —Susan sonrió con ingenio y se cruzó de brazos, imitándolo—. Le he dicho muchas veces que no deseaba casarme y me buscó un prometido que no quería. Me obligó a aceptarlo, y de repente, cuando quiero seguir tratándolo, me dice que se acabó, tomando la

decisión como si mi vida fuera uno de sus tantos negocios, y sin preguntarme.

Arthur se puso lívido y tenso, como si hubiera recibido una bofetada. Dudó un momento y preguntó:

—Entonces, te lo pregunto ahora: ¿te agrada el marqués? ¿Deseas que se quede?

Llevada por la rabia, porque tratara sus cuestiones personales a su antojo, Susan replicó:

—Me agrada, padre, y quiero que se quede.

—¡Muy bien! —masculló con sorpresa el duque—. Entonces, hablaré con él. —Se giró, tenso, y regresó a la casa.

—Sabía que te gustaba —dijo su hermana, mirándola con una ceja arqueada cuando estuvieron nuevamente a solas.

Susan negó con la cabeza para no alimentar las esperanzas de su hermana y que ésta se pusiera en plan de casamentera, poniéndole sutiles trampas para caer en los brazos del marqués.

—Solo lo dije para molestarlo, y porque es injusto que lo eche en la situación en la que se encuentra. No quiero ser la causante de un enfrentamiento entre ellos.

—Entonces, ¿tampoco te tragaste el cuento de que el marqués desea marcharse?

—No.

—¿Qué te parece si le hacemos una visita al caballero convaleciente? —inquirió Helena con una sonrisa malévola—. Tengo curiosidad, ¿tú no?

Susan afirmó, y ambas subieron los escalones para entrar a la mansión.



Brodie había oído toda la conversación entre su excelencia y sus hijas, y cuando vio a la dama con quien discutía, no tuvo la menor duda de que se trataba de la misma jovencita que había salvado a Henry, aunque hecha toda una mujer. Una hermosa y temeraria mujer, perfecta para el marqués.

Rodeó la casa para volver a ingresar por la parte trasera sin que las damas lo vieran. Su idea era poner al corriente a Henry antes de que discutiera con el duque otra vez, y el susodicho los terminara sacando a patadas de su casa. Sin embargo, cuando llegó a la puerta, pudo escuchar la voz de Lancaster que hablaba con sorna y aparente resignación.

—Por alguna extraña razón, le caes bien a mis hijas y esperan que te quedes. Piensan que yo te he echado de aquí por el incidente —bufó, como si aquello no fuera cierto—. Espero que te disculpes con ellas y las convenzas de que es tu decisión marcharte.

—¿Lady Susan desea que me quede? —Henry preguntó con una tonta sonrisa, mientras su corazón martilleaba en su pecho por la emoción y sentía que tocaba el cielo con las manos.

—Solo para molestarme y porque se siente culpable. —Se cruzó de brazos—. Así que, recogerás tus cosas y te marcharás, diciendo que debes hacerlo y que yo no he tenido nada que

ver —ordenó Arthur, sin remordimientos.

Henry tomó el suficiente aire e hizo acopio de toda su paciencia y genio, dispuesto a charlar razonablemente con su socio y anfitrión.

—Excelencia, lamento la situación y estoy tan desconcertado y preocupado como usted, pero le aseguro que no volverá a suceder. Le suplico que no se precipite en tomar una decisión sobre mi futuro con su hija.

Cada vez de peor humor, Arthur volvió a gruñir. Sin embargo, Bristol no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Ella me interesa, usted me conoce, y sabe que jamás le prometería algo que no puedo cumplir.

Haciendo un ejercicio de control, el duque consiguió que la sorpresa no se reflejara en su rostro al escuchar la determinación en la voz del marqués, que carecía por completo del tono complaciente y divertido que siempre empleaba. Por lo que, cambiando de estrategia, decidió dilucidar la situación ya que, al parecer, el juicio de su protegido había sido completamente nublado por la belleza de su hija.

—Henry, lo mejor es que te marches, y no lo digo solo por mi familia, sino por ti. Alguien quiere matarte otra vez. —Se sacudió el pelo castaño, con algunas canas, y resopló con fuerza—. Hace un momento solo pensé en mi hija, pero ahora veo las cosas con más claridad —arrugó la frente, afirmando con la cabeza, mientras Henry entornaba los ojos.

—No lo había pensado —musitó el marqués.

—Debes ocuparte de ese asunto inmediatamente o tendremos muchos problemas. De momento, olvídate del compromiso —exigió con preocupación.

—No quiero, y usted no puede romper nuestro acuerdo. —Henry, que había tomado asiento en el borde del lecho, se incorporó y se puso a la altura del duque. Presionó los puños a los costados, resintiendo la herida del hombro, y movió la cabeza de un lado a otro con determinación—. Me niego a aceptarlo.

—No lo romperé. —Lancaster arqueó una ceja y palmeó su hombro sano—. Solo lo pospondré hasta que resuelvas el inconveniente.

—Si me marchó, haciéndole pensar a su hija que es mi deseo hacerlo, no volverá a darme una oportunidad, lo sabe —declaró con impaciencia y miró con nerviosismo al duque, que lo observó en silencio, con sus pardos ojos clavados en él.

—Entonces, ¿qué propones?

—Enviaré a Brodie a ocuparse. —Se movió hasta la ventana para observar el exterior con resolución—. Hará correr la voz de que me marché a las tierras de mi madre. Estoy seguro que me dará el tiempo necesario y desviará la atención del asesino.

—¿Tiempo necesario? —inquirió Arthur, arrugando la frente—. ¿Para qué?

—Para ganarme a su hija, por supuesto —argumentó con los dientes apretados y la mandíbula tan encajada que le dolía, porque no pensaba ceder a causa de un posible asesino, ni ante las imposiciones de su excelencia—. Deseo que lady Susan sea mi esposa, y no cambiaré de

opinión.

—¿Es porque te salvó aquella vez?

—No, excelencia. Es porque me gusta. —Su decisión estaba tomada con absoluta certeza y convicción. La conmoción había pasado, se sentía más calmado, y con sus emociones controladas para defender sus razones delante de su protector.

—No sé si sea una buena idea.

—Deme una oportunidad. Solo una —insistió el marqués.

—¿Y si ella no opina igual que tú? —le cuestionó el duque—. Créeme que te darás de golpes contra la pared si te precipitas y la presionas, porque Susan es muy obstinada.

—Entonces la dejaré en paz, pero al menos, deme la posibilidad de intentarlo.

Arthur sonrió con sorna y resopló.

—Mi hija solo te está protegiendo porque siente lástima —señaló su vendaje—. No es una mujer fácil como a las que estás acostumbrado, y no se parece ni un poco a las jovencitas remilgadas de Londres, ya lo has comprobado. En cuanto tu herida sane, pasará de ti como lo ha hecho con otros; así que, no te ilusiones demasiado y tampoco te pases de listo porque tengo varios ojos puestos en ti. Te lo advierto, Henry —lo apuntó con el dedo.

—Estoy seguro que podré lidiar con su hija —arqueó sus gruesas cejas. Luego sonrió, con los ojos centelleantes.

—Está bien —aceptó—. Te daré la oportunidad de resolver el problema a tu modo, pero tengo una condición para que te quedes.

—¿Condición?

—No puedes decirle a Susan, que fue a ti a quien salvó en Devonshire.

—¿Por qué no puedo? —preguntó desconcertado.

—No puedes —reafirmó—. Gánatela siendo tú, el marqués de Bristol, el caballero que llegó a Haven House para conocer a su prometida —insistió Arthur—. Prométeme que no le dirás que ya se conocían. No hagas que me arrepienta de darte una oportunidad, o puedes terminar como tu hermano —lo intimó.

—Está bien, se lo prometo —accedió a duras penas, porque no tenía otra opción.

—Has los arreglos correspondientes para que Brodie comience a actuar.

Henry afirmó con la cabeza y el duque salió de la habitación.

Segundos después, Brodie entró.

—Has oído todo —conjeturó el marqués y el pelirrojo asintió—. Ya sabes qué hacer.

—Me ocuparé, aunque me preocupa dejarte aquí sin protección.

—El duque se ocupará de ello, pierde cuidado. ¿Sucedó algo más? —Se volvió a Brodie queladeó la cabeza y sonrió.

—Escuché la discusión entre el duque y sus hijas.

La información llamó la curiosidad de Henry, que arqueó una ceja y se rascó la barbilla.

—¿Pudiste ver a lady Susan? ¿Fue ella quien me salvó? —formuló su primera y primordial pregunta, aunque el corazón ya le decía que la respuesta era sí.

—Sí, Henry. Fue ella —respondió con satisfacción el escocés—. Aunque, ahora convertida en toda una mujer.

Y vaya que él lo sabía. No tenía ninguna duda de ello. Sin embargo, no era momento de discutir sobre los atributos de su futura esposa, sino de averiguar qué planeaba el duque.

—¿De qué discutían?

—Su excelencia les informó que decidió romper el compromiso y que tú deseabas marcharte de inmediato.

—¿Qué? —increpó con incredulidad, frunciendo sus pobladas cejas—. ¿Me ha hecho responsable?

Brodie afirmó.

—Sí, pero pierde cuidado porque ambas damas no se lo creyeron y rápidamente sacaron la conclusión de que se debía al atentado en el bosque —lo tranquilizó con una media sonrisa—. Son muy inteligentes.

—Y conocen muy bien a su padre.

—Lady Helena trató de manipular al duque para que se retractara y te dejara quedarte, pero su excelencia le advirtió que sus trucos no funcionarían con él.

—Sin embargo, ha dejado que me quede. —Sus ojos verdes se encontraron la mirada brillante y triunfal de su amigo.

—Lo hizo, porque lady Susan se lo pidió —informó, notando que una diabólica sonrisa se dibujó en los labios del marqués—. Creo que tu prometida es el talón de Aquiles de su excelencia; te echó por ella, y dejó que te quedaras por el mismo motivo.

—¿Qué dijo lady Susan?

—En resumen, le reclamó que dirigiera su vida como si fuera uno de sus negocios.

—¿Me defendió? —fue lo que más le interesaba saber.

—En realidad, el duque tiene razón al decir que te está protegiendo por lástima. Pero de algo se empieza, ¿no crees? —lo animó Brodie.

—Tendré mucho trabajo por delante, pues me ha prohibido decirle que soy el hombre a quien salvó hace cinco años.

—En mi opinión, su excelencia tiene razón. Creo que nunca ganarás su corazón si se lo dices, porque la dama pensará que te comprometes por agradecimiento —esclareció el escocés—. Primero, enamórala, y cuando estés seguro de sus sentimientos, dile la verdad. Y no me refiero solo a lo sucedido en Devonshire, sino a todo lo concerniente con el club y tu pasado, Henry.

—No quiero asustarla. —Con el corazón en la garganta, tragó saliva—. Pero sé que sería

un completo desastre, si se entera de esos detalles en otras circunstancias.

—No te preocupes por la joven, es hija del diablo. ¿Qué podría pasar? —indagó con sorna el gigante, restándole importancia al asunto.

—¿Piensas que la duquesa lo sabe todo acerca de su esposo?

—Estoy seguro que sí.

—Bueno, si ella puede dormir en paz con esas verdades, mi futura esposa podría hacer lo mismo, ¿cierto? —indagó, buscando con desesperación una aprobación a su suposición.

—Cierto —dijo Brodie, para darle un poco de sosiego a su amigo.

—Puedes marcharte, y has las cosas lo más discretamente posible —despidió a Brodie, y escuchó cuando la puerta se cerraba. Había regresado a observar en la ventana, pero el motivo de su audacia para enfrentar al duque, había desaparecido de su campo de visión y una punzada de decepción inundó su pecho.

El ruido del picaporte girando, le hizo pensar que su escolta había olvidado algo, por lo que no se movió de su sitio.

—¿Has olvidado algo, Brodie? —cuestionó. Sin embrago, la risita cómplice de una dama lo hizo sobresaltarse y voltear el rostro en dirección a la puerta.

CAPÍTULO 8



«Es una pésima idea», se dijo Susan, cuando Helena tiró de ella en dirección a las escaleras, luego de que su padre se perdiera en el pasillo que conducía a su despacho. Y reafirmó su pensamiento, cuando se encontró con aquella imagen.

—El guardaespaldas ya se marchó —le informó su hermana, que husmeaba desde la puerta de una de las habitaciones vacías, hacia el pasillo donde se encontraba el dormitorio del marqués—. Vamos —dijo, saliendo y tirando de su mano para que lo hiciera.

—No sé si sea una buena idea... —murmuró, cuando Helena giró el pomo de la puerta, sin siquiera tocar.

—Prefiero asegurarme de que no esté descansando —excusó su hermana menor—. Ven —tomó de su brazo y la metió con brusquedad al dormitorio junto con ella.

—¿Has olvidado algo, Brodie? —preguntó el marqués, sin mirar en su dirección. Solo cuando Helena emitió una risa de diversión, se volvió hacia ellas y sus miradas se encontraron.

Unos ojos verdes pálidos llenos de añoranza, la observaban sorprendidos, mientras ella se ruborizaba desde el cuello hasta la frente, en tanto su mirada recorría el torso desnudo, provisto de vello oscuro, sin poder evitarlo. El vendaje apenas rodeaba su hombro izquierdo y cruzaba sobre su pecho de un modo casi imperceptible.

—Milord, esperamos no molestarlo —dijo Helena, al notar que su hermana era incapaz de emitir palabra. Si no fuera porque a ella le gustaba alguien más, también se habría quedado tiesa al admirar el musculoso cuerpo del caballero que observaba sorprendido a su hermana mayor—. Queríamos cerciorarnos de que se encontraba bien, ¿cierto, Susan? —le dio un golpe casi imperceptible con el codo para que reaccionara.

—Ci... cierto —dijo Susan con la respiración entrecortada, incapaz de mover los pies. La fuerza y el poderío que percibía en aquellos músculos contraídos, cubiertos por un frondoso vello oscuro como el cabello alborotado del hombre que la miraba, la fascinaron de un modo desconocido. Sintió un cosquilleo en forma de calor en su vientre, y un inquietante deseo por recorrer con sus dedos las líneas que aquella fina tela cubría.

—Es muy amable de su parte —replicó el caballero, caminando hasta el biombo—. Discúlpeme unos segundos —habló, desde detrás del bastidor.

Susan parpadeó y respiró con fuerza, buscando en lo recóndito de su interior las fuerzas suficientes para dejar a un lado la admiración que había sentido por el caballero a quien debía

ahuyentar. Y sin embargo, había reñido con su padre para que se quedara y someterse de propia voluntad a semejante tentación y tortura.

¿Qué demonios le estaba pasando? Ella... ella no buscaba casarse. Al menos no por las razones que su padre y el marqués tenían.

—Si gusta, regresamos más tardes —dijo Helena, a sabiendas de que su señoría se opondría, pues sus ojos brillaron de la emoción cuando vio a su hermana.

—No es necesario, milady —salió al campo de visión de las damas, envuelto en una bata oscura—. De todos modos, pensaba buscar a lady Susan en cuanto pudiera, para agradecerle por salvarme la vida.

—Veo que se encuentra mejor de lo que pensé —dijo Susan con la intención de marcharse, mas su hermana rodeó su brazo y la detuvo.

—Pues yo lo veo bastante pálido —intervino, arqueando una ceja en dirección al marqués—. Supongo que sigue conmocionado, milord —agregó con pesar, mientras negaba con la cabeza—. Afrontar la idea de que alguien ha querido matarlo, debe ser horrible para usted...

—La verdad, es que apenas lo estoy asumiendo, milady —respondió Henry, siguiéndole el juego a la pequeña hija del duque y demostrándose consternado.

—¡Por supuesto! La conmoción no ha terminado de abandonarlo.

—Precisamente... —añadió él, intentando esconder su diversión.

—Bueno, ustedes pueden conversar tranquilos, mientras voy a por una infusión que hará descansar y olvidar un poco el episodio horrendo que atravesó su señoría —dijo, empujando a Susan hacia el centro de la habitación y corriendo hacia la salida.

—¡Helena! —bramó Susan, recriminando a su pequeña hermana su treta, pero la muy traviesa ya había salido.

—¿Podemos hablar? —preguntó el marqués, señalando los sillones dispuestos delante de la chimenea—. Le prometo que no le robaré mucho tiempo.

—Sabe que no es apropiado que esté aquí, y que mi padre se volverá loco si nos encuentra —musitó a duras penas—. Fue idea de mi hermana, lo siento. —Se disculpó, dando media vuelta para marcharse del dormitorio, antes de perder su autocontrol. Después de todo, era de carne y hueso.

—Por favor. Se lo suplico —insistió el caballero y detuvo sus pasos.

Con el corazón en la garganta, Susan tragó saliva y se repitió que era una mala idea. Sin embargo, giró sobre sus pies para encontrarse con la mirada suplicante del caballero.

—Solo será un momento —recalcó el marqués.

—Solo un momento —repitió Susan, andando con nerviosismo a ocupar uno de los sillones, en tanto el hombre hacía lo propio delante de ella—. ¿Cómo está su herida? —indagó, con la intención de olvidarse por unos minutos del atractivo de su señoría.

—El médico desinfectó y suturó, me llevará unos días de recuperación, pero no es tan grave —le explicó con suavidad, sin dejar de observarla a los ojos.

Y la ponía nerviosa.

Más nerviosa de lo que ningún caballero la había puesto en toda su vida, y aun no comprendía el por qué.

—¿De veras?

El marqués afirmó con la cabeza y ella no supo qué más decir. El silencio se alargó y paseó los ojos por la habitación para serenarse, mientras sentía la mirada intensa del caballero. De repente, lo miró a la cara por unos momentos, solo para constatar que la seguía observando con impavidez, y notó una extraña presión en su pecho. De inmediato esquivó la mirada para ocultar el ridículo nerviosismo que la había invadido.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el caballero.

—En realidad, siento curiosidad por el motivo que llevó a mi padre a romper nuestro compromiso —lo señaló a él, y luego a ella, recobrando poco a poco la compostura.

—Nuestro compromiso sigue en pie, milady —refutó el marqués, con aparente tranquilidad.

—Mi padre está molesto con usted, milord, y ha dado por concluido el acuerdo. Al menos, eso fue lo que me informó.

—Y, ¿usted qué opina? —indagó Henry, presionando la mandíbula. El duque estaba pasando todos los límites.

—Ya le he dicho, siento curiosidad.

—Entonces, ¿por eso está aquí y no para cerciorarse de que me encuentre bien? —cuestionó con una mueca de decepción—. Pensé que se había preocupado por mí —susurró, ladeando la cabeza.

—Me preocupo por usted, como lo haría por cualquier persona que acaba de ser herida en mis narices —explicó nerviosa—. ¿Quién lo quiere muerto?

—No tengo la menor idea —replicó con disimulada inocencia—. Quizás, me confundieron con alguien más.

—Entonces, ¿por qué mi padre le pidió que se marchara? ¿Por qué lo desechó cuando había insistido tanto en que lo conociera? —siguió preguntando ella, que no era ninguna tonta.

—Mi compromiso con usted sigue en pie, milady. Puede corroborarlo con su padre, y respecto a lo demás, me pregunto precisamente lo mismo —insistió con una admirable calma—. Sin embargo, ya he tomado los recaudos necesarios y he ordenado a mis hombres que lo investiguen. En cuanto tenga una respuesta, no dude en que será la primera en saberlo y desde ya, lamento profundamente haberla expuesto a semejante situación de peligro.

—¿Por qué, milord? —cuestionó ella—. ¿Por qué no aceptó romper el compromiso? Era la oportunidad perfecta para los dos.

—¿Cómo lo sabe? —indagó Henry, muy sorprendido.

—Digamos que conozco a mi padre. No mentía cuando dijo que rompió el trato, y no estaba muy contento con usted —explicó—. Solo dejó que se quedara porque Helena y yo se lo

pedimos. Sin embargo, anoche su señoría fue claro cuando dijo que tampoco deseaba todo esto —los señaló a los dos—, por lo que siento verdadera intriga acerca del motivo que lo llevó a oponerse a un hombre como su excelencia —conjeturó, mirando con una ceja arqueada al marqués—. ¿Por qué no aceptó romper el trato? Usted lo prometió...

—Prometí que, al terminar mi estancia aquí, si usted seguía con la idea de deshacerse de mí, rompería el compromiso —le recordó el marqués—. Y eso aún no ha ocurrido.

—Pero tuvo la ocasión perfecta de evitarse un problema con mi padre, aceptando que él lo hiciera. ¿Por qué no tomó la oportunidad? —insistió.

—¿Tan desesperada está por librarse de mí? —preguntó en cambio el lord.

—No es lo que dije.

—Pero es lo que me está dando a comprender —refutó Henry, ligeramente decepcionado.

—¿No responderá a mi pregunta? —insistió Susan, sin dejar que aquella mirada de reproche que le lanzó el marqués, la amedrentara.

—Susan...

Susan tembló cuando lo escuchó pronunciar su nombre con voz profunda y seductora. Cautivada por el matiz, su mirada fue atrapada por los ojos intensos del marqués, que cambiaron de expresión y centelleaban con deseo. La mirada del caballero bajó a sus labios y ella notó que se le ablandaban las rodillas y se le aceleraba el corazón.

Era un tramposo.

Un tramposo que sabía del efecto que tenía en las mujeres, utilizando las artimañas adecuadas de un consumado libertino.

—Será mejor que me vaya —repuso, obligando a sus rodillas a sostenerle el cuerpo y a sus pies a caminar, mas su empresa fue interrumpida por el firme agarre del hombre de quien pretendía huir.

—Por favor... —susurró el caballero.

Con la barbilla levantada, Susan se volvió para recriminarle su falta de decoro, y trató de mirarlo a los ojos sin sentirse amedrentada por su cercanía, su estatura o su robustez. Era tan alto, que tuvo que elevar aún más la cara para encontrarse con aquella mirada que la mareaba y estremecía. Respiró hondo, y cualquier palabra de protesta murió en su garganta cuando él le sonrió, provocando en su cuerpo tanto calor como el fuego mismo de la chimenea que ardía frente a ellos.

Con sus expertas manos, Henry sostuvo delicadamente su muñeca, y en tanto ella caía en su embrujo, tiró despacio de su cuerpo aproximándola más a él que, lentamente, rodeó su estrecha cintura con sus enormes manos.

—¿Qué le parece si le damos una oportunidad a lo que sucede entre nosotros? —observó con detenimiento la reacción de la visión que tenía ante él, y notó que ella estaba insegura—. No la forzaré a nada, solo quiero que nos conozcamos y seamos amigos —insistió.

—No sucede nada entre nosotros, milord. —Susan se sintió aún más nerviosa, pero no se sentía capaz de apartarlo y fue peor cuando lord Bristol levantó una mano y colocó un mechón

de su pelo detrás de su oreja, rozando levemente la piel de su cuello.

Su suave caricia la dejó anonadada. El efecto que aquel hombre tenía sobre ella se intensificaba a medida que pasaban los minutos y no comprendía el motivo. Solo sabía que tenía que huir de su cercanía, pero ¿cómo? Si su voluntad estaba sometida por su hechizo.

—Pero, podemos hacer que suceda, si usted quiere...

De pronto, Susan sintió que le costaba respirar. Tener al marqués tan cerca le aturdió y su voz de negativa moría en sus labios, pues su mente sólo quería someterse a los deseos del libertino que, sin duda alguna, la estaba seduciendo.

—¿Qué podría suceder? —inquirió, ávida por descubrir adónde la llevaría la propuesta del marqués.

—Lo que usted quiera, Susan —replicó, soltándola despacio—. Seré su súbdito más leal —agregó, volviendo a darle el control a la joven que había sucumbido a su experimentada labia—. ¿Qué le parece si empezamos con un picnic?

—¡Me parece una fantástica idea!

Tanto Susan como Henry, se volvieron hacia la puerta para encontrarse con la traviesa sonrisa de lady Helena, que sostenía una bandeja con una taza de té humeante.

Con esfuerzo, Susan tomó aire y buscó los ojos del marqués. Al percibir su mirada expectante, sintió arder sus mejillas.

—Entonces, ¿acepta? —preguntó él, esperando una respuesta.

—Está bien.

—Gracias —musitó con una sonrisa sincera que relajó un poco el ambiente tenso—. Estoy seguro que lady Helena estará encantada de hacer de carabina —propuso a la ingeniosa muchacha que podía llegar a ser su cómplice y aliada ideal para conquistar a la hija mayor del duque.

—Estaré encantada, milord. —Helena se acercó hasta la pareja y le ofreció la infusión al marqués—. Aunque, dadas las circunstancias, deberemos ceñirnos a las reglas de mi padre. Ya sabe, por seguridad —explicó, recordando el incidente de la mañana.

—Mientras lady Susan esté de acuerdo, yo no tengo ninguna objeción —miró con embeleso a la joven que afirmó con la cabeza, nerviosa.

—Bueno, resuelto el problema y concretada nuestra cita, lo dejaremos descansar, lord Bristol. —Helena nuevamente intervino—. Le avisaré con antelación sobre mis planes para nuestra excursión —realizó una elegante venia, dando media vuelta para salir del dormitorio.

—Milady. —Henry inclinó su cabeza en dirección a Susan, que le devolvió el gesto y siguió a su hermana.

Cuando la puerta se cerró, una estúpida sonrisa se dibujó en el rostro del marqués y bebió gustoso el té con horrible sabor que su futura cuñada le había preparado.



Durante la tarde, Helena acompañó a su tía y a su madre al pueblo a por unas cosas y evocó la situación que presencié en la mañana. Sin embargo, tuvo el atino de no preguntarle nada a Susan y hacer como que había olvidado el asunto para que no se echara para atrás, pero la verdad era que había visto, a través de la rendija de la puerta, cuando el marqués la acercó a él y, empleando su vasta experiencia, hizo sucumbir a su hermana con unas cuantas palabras.

Suspiró, pensando que era un hombre realmente encantador y le tuvo una enviada sana a Susan.

—¿Suced algo, Helena? —indagó su madre, mientras se montaban al carruaje para volver a la finca.

—Estoy en un dilema, madre, y necesito de su ayuda.

—Eso es raro en ti, usualmente puedes resolverlo todo —intervino lady Essex con curiosidad.

—Dime, cariño: ¿qué sucede? —preguntó la duquesa.

—El marqués está enamorado de Susan, y a Susan no le resulta indiferente —reveló, curvando sus labios—. Pero, ahora que mi hermana por fin ha puesto sus ojos en un caballero, padre se opone y la verdad es que no lo entiendo.

—¿Por qué dices que tu padre se opone? Acaso, ¿no ha sido él quien insistió con este asunto? —cuestionó Anabelle, tan confundida como Helena.

—Debe ser por el incidente de esta mañana, pero estoy segura que tu padre lo olvidará. —Claire le restó importancia al asunto.

—Necesito que lo olvide para mañana, madre. ¿Puede hacer ese milagro? —inquirió la jovencita que era el vivo retrato de la duquesa.

—Mañana es demasiado pronto, cariño. Pero en una semana, papá lo habrá olvidado.

—Pero, ¡necesito que sea mañana! —expresó con desesperación—. El marqués quiere ir de picnic con Susan y por imposible que parezca, ¡ella estuvo encantada! —exageró, emitiendo un suspiro y elevando las cejas—. Por supuesto, como yo hacía de carabina de mi hermana cuando recibió la invitación, me he ofrecido a prepararlo todo y me rehúso a permitir que padre lo arruine. Así que, ¿puedes hacer que se le olvide para mañana, madre? —insistió suplicante, mientras la condesa y la duquesa intercambiaron una mirada de grata sorpresa.

—¡Vaya! Esas sí que son novedades. —Fascinada, lady Anabelle observó a Claire y a Helena alternadamente, una y otra vez—. Tenemos que ayudar, Claire. No podemos dejar que el demonio de tu marido impida que se lleve a cabo ese paseo.

—Por favor, madre —añadió Helena—. Es por Susan.

—No voy a hacer nada a espaldas de tu padre, pero hablaré con él para encontrar una solución —sonrió con picardía.

—Entonces, ¿puedo organizar el picnic?

—Puedes hacerlo, cariño.

Helena saltó al cuello de su madre, mientras Claire reía por la emoción.

CAPÍTULO 9



«Es un error», se repitió Susan durante toda la madrugada. Haber aceptado ir de picnic con el marqués, había sido un completo error porque en presencia de ese caballero, su consumado autocontrol ante los hombres que buscaban conquistarla, se desbarataba.

Aunque estaba bastante segura de que el marqués era todo un caballero, no estaba tan convencida de que fuera seguro bajar la guardia con respecto a sus intenciones, o en todo caso, le temía a su propia falta de voluntad y caer como una presa fácil en sus brazos, y ella no estaba dispuesta a entregar su libertad por algo pasajero como la lujuria. Ella buscaba más, mucho más, y había esperado mucho tiempo como para sucumbir ante un hombre solo por el deseo.

Sin embargo, cada vez que pensaba en el baile que compartieron y la charla en sus aposentos, sentía un cosquilleo extraño y una sonrisa curvó sus labios sin que pudiera remediarlo.

Desde aquella vez en Devonshire, no había vuelto a sentir aquel anhelo y curiosidad por saber más de un caballero. No entendía la razón por la que aquel sentimiento brotaba tan inesperadamente, pero estaba segura de que era la respuesta perfecta al efecto que tenía en ella el marqués de Bristol, y no estaba segura de querer reprimirlo. Su vida había sido demasiado aburrida los últimos años, y nadie había logrado despertar su interés como, inesperadamente, lo estaba haciendo el caballero insufrible que la rescató en el bosque y que, poco a poco, le estaba agradando más de lo que deseaba.

Un poco más animada, aunque no menos agitada, Susan bajó al comedor para el desayuno, ataviada en un conjunto que consistía en una falda de terciopelo azul oscuro, camisa de seda blanca con mangas anchas y bolados, y un corsé por encima, ciñendo al máximo su —*de por sí*— estrecha cintura. Era uno de los tantos trajes de paseo que le había traído su tía Anabelle de América.

Fanny le hizo un semirrecogido de lado, dejando el resto de su cabello castaño cayendo en cascada sobre su espalda, con las ondas bien formados en las puntas. Un pequeño y discreto casquete con plumas del mismo color que la falda, terminaba por completar su vestuario.

En cuanto puso en pie en el comedor, todos guardaron silencio, admirando lo preciosa y atractiva que lucía esa mañana en particular.

—Buenos días —saludó con jovialidad a los condes, sus padres y hermanos que le devolvieron el saludo.

Thomas se puso de pie, al igual que John, y el primero corrió la silla para que tomara

asiento entre él y su hermano.

—Luces distinta... —le susurró Thomas, mientras le servía un poco de té.

—Es el efecto de los atuendos que tu madre escoge para mí —respondió, untando mermelada a su tostada.

—Más bien, creo que es el efecto de cierto caballero —replicó su amigo, arqueando una ceja—. Después de todo, no tendremos que pensar en ningún plan para deshacernos de él —una mueca burlona de decepción se dibujó en sus labios, haciéndola reír.

—Buenos días.

Susan oyó la voz firme del caballero que había sido el causante de su desvelo y sintió su mirada gélida sobre ella. No pudo evitar recorrerle con la mirada. Iba vestido con unos pantalones de montar negros y una chaqueta de terciopelo del mismo color sobre su impecable camisa blanca. Se veía arrebatador.

—Esto se pondrá divertido —dijo John.

—Mientras no me asesine... —le susurró Thomas a su amigo.

—No seas cobarde —le replicó el castaño.

—No hagas ninguna tontería, John —le advirtió Susan en un susurró—. Y no te atrevas a cederle...

—Buenos días, cuñado. ¿Cómo está tu herida? —John se puso de pie.

—Mucho mejor, gracias —dijo Henry, inclinando la cabeza a las damas, al duque y al conde con la intención de tomar asiento al lado de Helena.

—Me alegro —replicó John—. Te he estado guardando este sitio. —Se hizo a un lado y colocó las manos en el respaldo de la silla—. Ven y siéntate al lado de tu prometida.

Arthur arqueó una ceja y observó con aparente diversión la escena, mientras bebía su café.

—Siéntese al lado de Susan, lord Bristol —secundó Claire—. Después de todo, ha venido aquí para conocerla —añadió, en tanto se ganaba una mirada inquisitiva de parte de su marido. Ella lo ignoró.

—Gracias, excelencia —Henry sonrió y rodeó la mesa, para tomar asiento al lado de su futura esposa—. Muy buenos días, milady. Luce encantadora —musitó con la voz ronca.

Los ojos de Susan apenas pudieron sostener la mirada penetrante que le estaba prodigando el caballero.

—Espero que haya dormido bien. —Se obligó a responder, tomando la tetera—. ¿Gusta? O, ¿prefiere café? —indagó, increíblemente amable.

—El té es perfecto, gracias por su amabilidad —musitó el caballero, como si nadie más que ellos estuvieran en el comedor.

Arthur tragó saliva y frunció su entrecejo, observando a su hija rebelde, a su niña, siendo más complaciente de lo que nunca fue con un hombre que no era él. Cuando iba a decir algo, Claire le presionó la mano. Él la miró a la cara y ella negó con un movimiento de cabeza.

El duque tuvo que contenerse y ser espectador de cómo su protegido, coqueteaba abiertamente y en sus narices, con su pequeña.

—Tengo que admitir, que esta vez no te has equivocado —le dijo de un modo discreto Essex, mirando de reojo al marqués y a Susan.

—Y estoy comenzando a arrepentirme... —masculló Arthur, sin apartar su mirada de esos dos.

—Es normal que sientas celos. Cuando Louise fue cortejada por Harrington, estuve a punto de volverme loco, pero te acostumbras —confesó, haciendo alusión a su hija menor y al conde de Harrington, su reciente esposo—. A fin de cuentas, los hijos crecen y deben seguir su camino y, a decir verdad, me está agradando el marqués —confesó Tomas Cromwell.

—Siempre fuiste el sensato entre los dos, y que me lo digas, significa mucho para mí. Hubiera sido terrible volver a equivocarme...

—Olvidalo. Eres un padre estupendo, Arthur, y ellas no son la misma persona.

Arthur intentó sonreír, pero le resultaba inevitable seguir sintiéndose culpable a pesar de tantos años.



—¿Está lista para nuestro paseo, milady? —indagó el marqués, mientras caminaban a orillas de la laguna para tomar aire junto con el hijo del conde y lady Helena.

—Por supuesto —susurró ella, intentando no ponerse nerviosa—. Thomas, John y Helena nos acompañarán, aunque ¿cree que es apropiado? —frunció sus ojos pardos, preocupada—. Su herida es reciente y, a decir verdad, temo que su atacante...

—¿Está preocupada por mí? —inquirió con sorpresa el marqués, deteniendo su marcha.

Susan lo imitó y lo observó a los ojos por un instante.

—Como lo estaría por cualquiera, milord —replicó después de hacer acopio de su autocontrol, esquivando la mirada de depredador que le prodigó el caballero—. Estoy hablando en serio. ¿Qué pasará si lo vuelven a atacar?

—La tengo a usted, no podría sucederme nada malo si está a mi lado —respondió con tanta convicción, que esa ciega confianza en ella, la perturbó.

—Usted es imposible —masculló roja como un tomate, se alejó y fue junto a su hermana.

Thomas tuvo el atino de dejar a las damas a solas y se unió al marqués.

—¿Sigo sin agradarle, señorita? —indagó con diversión el pelirrojo que era tan alto como el marqués, aunque menos corpulento.

—¿Quién dijo que no me agradas? —indagó Henry con la ceja arqueada—. Tutéame. No hace falta ser tan formales.

—Prefiero no hacerlo, o mi padre me reprenderá —rodó los ojos—. Pues, lo de no

agradarle, lo dice su expresión de querer asesinarme —sonrió—. Cada vez que me ve, parece que estaría encantado de retorcerme el pescuezo —bromeó.

—Pensé que tampoco te agradaba... —dijo Henry, con una mueca.

—¿Tampoco? —repitió Thomas con diversión—. Está afirmando que no le agrado.

—Es lo más normal del mundo —se encogió de hombros.

—¿Puedo saber el motivo?

Henry se detuvo y lo vio a los ojos como si le estuviera tomando el pelo. Thomas no se amedrentó y le sostuvo la mirada de un modo inocente, aguardando a que le respondiera lo que él ya sabía. Sin embargo, solo buscaba la ocasión para aclarar el mantenido surgido entre ellos el primer día que se vieron y en la cena. Había comprendido que a Susan le gustaba, y si era el caso, no sería enemigo del futuro esposo de su mejor amiga.

—El hecho de que estuviste a punto de ocupar mi lugar, creo que es motivo suficiente —respondió Henry, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—¡Un juego de niños! —Thomas le restó importancia al asunto y se encogió de hombros—. Susan y yo somos como hermanos, lo sabemos todo el uno del otro y no tenemos secretos. Sus celos son infundados, lord Bristol, y querer romper nuestra amistad solo lo alejará de ella porque sería como querer separarla de John —explicó con convicción y seriedad, haciendo a un lado su habitual semblante divertido—. Sé que es más inteligente que eso, y es consciente de que, si yo la quisiera de otra manera, nuestros padres hubieran concretado una unión hace tiempo. El problema es que, ni ella ni yo nos vemos con esos ojos, por lo que, lo mejor para usted es que se quite esas ideas de la cabeza y no vea fantasmas en donde no los hay.

Henry entornó los ojos, sorprendido por la audacia del muchacho.

—¿Y qué hay de la pequeña Wellesley? —Sintió una tremenda satisfacción al ver que las facciones del pelirrojo se contraían mientras palidecía despacio.

—¿Helena?

El marqués afirmó con la cabeza.

—Lady Helena —aseveró—. He notado que tiene cierta preferencia hacia ti.

—No. —Negó, sacudiendo con vehemencia la cabeza—. Helena es una niña que está obsesionada con encontrar al esposo perfecto desde que éramos unos críos. ¡No se imagina las veces que John y yo debimos jugar al matrimonio con ella! La veo como a una hermana pequeña —insistió, explicando la situación.

—Pero no es tu hermana, y tiene dieciséis años, ya no es una niña —explicó, emitiendo un suspiro y reanudando la caminata con Thomas a su lado—. Las mujeres siempre lo complican todo, y esa jovencita es tan hábil como su padre al momento de manipular las cosas para su beneficio. Si no estás interesado en ella, debes decírselo porque es evidente que está enamorada de ti, y si no aclaras la situación, sin darte cuenta estarás de pie en el altar, pero esta vez no será un juego.

—¡Qué me aspen si llegara a ocurrir! —El pelirrojo se sacudió—. Helena sería incapaz de algo así.

—¿Quieres ponerla a prueba? —ambos se volvieron a observar a la pequeña Wellesley, que conversaba amenamente con su hermana.

—Prefiero evitarla —dijo con convicción—. Sé lo que siente por mí, pero no puedo corresponderle —admitió, a fin de cuentas—. Además, en unos meses me marcharé a América para adentrarme en los negocios que mi abuelo le heredó a mi madre y tengo la esperanza de que ese tiempo resuelva las cosas y ella olvide su tonto enamoramiento. Estoy seguro que, en cuanto sea presentada en Londres y los pretendientes comiencen a asediarla, ella me olvidará.

—La obstinación de una dama no tiene límites, por lo que insisto en que hables con ella y acabes con sus ilusiones.

—No quiero hacerle daño.

—Solo le dolerá un tiempo, sin embargo, si no haces nada al respecto, este inconveniente puede doler toda una vida. Piénsalo. —Henry le palmeó la espalda al pelirrojo y fue a unirse a las jóvenes damas que reían con despreocupación.



En un carruaje sin capota, Helena y Susan acomodaban las cosas que llevarían al picnic, ayudadas por el marqués, en tanto John y Thomas se ocupaban de ajustar las cinchas a los caballos de tiro.

—¿No sería más fácil si fuéramos a caballo? —inquirió desconcertado el marqués, cuando lady Helena fue a por lo que faltaba, siguiendo a Thomas.

—Helena odia los caballos... —Susan arqueó una ceja ante la expresión de desconcierto del marqués—. ¿Qué ocurre, milord? —inquirió más relajada.

—Resulta interesante que, la hija del hombre más influyente de Inglaterra en materia de equinos, odie los caballos...

—Es culpa de Susan —intervino John—. La subió a un pony de las *Shetland* cuando era pequeña, y Helena se cayó.

—¡Tenía cuatro años! —Se defendió Susan—. Y ese caballo miniatura ni siquiera medía un metro.

—Era muy pequeña —insistió John.

—Pues nosotros aprendimos a cabalgar antes que caminar, no pensé que Helena fuera distinta. —Se excusó.

—Padre tenía demasiado con nosotros andando entre sus piernas por los establos. Helena siempre fue más apegada a nuestra madre —le explicó John a Henry—. Susan y yo siempre fuimos un poco más... indómitos —elevó sus cejas con insinuación perversa—. Nos metíamos en problemas constantemente, pero jamás dejamos que el otro asumiera las consecuencias solo. Si Susan era culpable, yo asumía parte de la culpa y ella hacía lo mismo por mí.

—¡Y lo sigo haciendo! —replicó Susan con aparente indignación.

—Ya veo... —respondió Henry, sintiendo envidia de la relación que tenían los hermanos Wellesley.

—¿Y tú, Henry? ¿Tienes hermanos? ¿También eráis cómplices en todo? —indagó el joven con curiosidad.

—En realidad, solo tuve un hermano y está muerto —respondió con sequedad, sin un atisbo de emoción.

—Lo lamento, no quise ser indiscreto. Habrá sido duro... —siguió John, sin darse cuenta que Susan lo traspasaba con la mirada para que no siguiera preguntando.

—Digamos que no teníamos una relación tan cordial como para lamentar su ausencia —contestó falto de emoción el marqués.

—¿Les parece si nos vamos? —intervino Susan para romper con aquella incómoda indagación y respuestas que, presintió, no eran tan agradables para el marqués.

—Voy a por Helena —se ofreció John.

—Mi hermano es un poco impertinente —habló Susan, terminando de acomodar los cestos con los almuerzos.

—Supongo que es normal que quiera saber cosas sobre mí. Después de todo, mi presencia en calidad de pretendiente, lo obliga a investigar al posible esposo de su hermana —contestó con provocación, deseoso de ver el rubor en las mejillas de la dama.

—Si usted lo dice.

—¿Podemos hacer a un lado la formalidad? —indagó de repente, retomando el papel de conquistador que había interpretado en su habitación, cuando la joven fue a visitarlo. Sus ojos verdes no pudieron evitar recorrerla de pies a cabeza y contuvo la respiración cuando su mirada se posó en la curvatura de su garganta, justo en el instante en que se movía, tragando saliva.

Entonces, descubrió que a ella no le resultaba indiferente, y una radiante sensación de triunfo se apoderó de todos sus sentidos. El deseo que la joven despertaba en él se había acrecentado más rápido que el viento, y el fuego que le quemaba las entrañas cuando la tenía cerca, lo volvía cada vez más intrépido, por lo que no estaba seguro de cuánto tiempo más podría esperar para llevar adelante su plan de conquista e introducirla en una situación más comprometedor que los inocentes paseos y la charla trivial. Después de todo, ya no era una niña.

Pensando en la posible reacción de la dama cuando pusiera en marcha su empresa, inesperadamente sus labios se curvaron en una enigmática sonrisa, forzándose a apartar aquellos pensamientos inapropiados de su cabeza, antes de ponerla más nerviosa de lo que ya se encontraba y volviera a estar a la defensiva.

Inspiró profundamente y se forzó a sí mismo a mirar en otra dirección para no perder la cordura. Aun no era tiempo de actuar ni de presionar, como le aconsejó su excelencia.

—¿Mantendrá su promesa de romper el compromiso? —increpó ella, sin embargo.

—¿Sigue con la idea de que lo haga? —Con el rostro grave, se plantó delante de la dama. Presionó los puños y su hombro izquierdo resintió la tensión que le recorrió desde la muñeca.

—Usted lo prometió —replicó Susan, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza—. Hicimos un trato, ¿recuerda?

—Perfectamente.

—¿Lo cumplirá? —insistió la dama.

Con una ceja arqueada, fijó sus ojos chispeantes en los de la joven, guardando silencio durante un tiempo calculado cabalmente para ponerle los nervios de punta. Al final, sonrió y dijo:

—Yo siempre cumplo mi palabra. Y, ¿usted?

—¿Yo qué?

—¿Usted cumplirá con nuestro trato? —dio un paso hacia adelante, acortando la distancia que los separaba.

—No sé a qué se refiere, milord.

—Nuestro acuerdo consistía en que lo sobrellevaríamos, lo cual implica tolerarnos y conocernos hasta que mi estancia aquí termine; período que aún sigue en vigor, tal y como se lo dije ayer en mi habitación. Una vez que mi estadía llegue a su fin, decidirá si aún quiere deshacerse de mí o no.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—El tiempo necesario para hacerla cambiar de opinión —replicó con determinación.

Susan comprendió perfectamente lo que sus palabras significaban y, aunque sus entrañas le trepidaban, no estaba dispuesta a demostrarle que podría tener la posibilidad de lograr su cometido, y mucho menos la ya asumida atracción que ejercía sobre ella.

—Pierde su tiempo, porque no cambiaré de opinión y no voy a casarme con usted.

—Bueno, si está tan segura, entonces asumo que no le molestará mi compañía. —Henry sonrió con bellaquería.

—No lo comprendo... —musitó Susan, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué ha cambiado de opinión? Usted aseguró que también quería deshacerse de mí.

Henry dio otro paso más hacia ella, quedando prácticamente al roce de su cuerpo y se dedicó a observarla de hito en hito. Cada rincón de su rostro, cada parte de su silueta le parecía perfecto, pero sus ojos y su boca **no tenían comparación con ninguna mirada con la que se había cruzado o labios que hubiera besado.** De pronto, sintió una imperiosa necesidad por probarlos y entreabrió la boca, emitiendo un suspiro que parecía más a un resoplido de tortura.

Aunque intentaba no perder los nervios y no era ninguna debutante, cayó en cuenta de que a lady Susan aun le faltaba mucho para llegar a comprender la fascinación que su obstinación y belleza podrían despertar en un hombre. No tenía ni idea, tampoco experiencia. Juraba que no había probado los dolores del deseo y que su corazón era ignorante de lo que en realidad era el amor, y él estaba más que predispuesto a enseñarle ambas cosas.

—¿Y bien?

Insistió la dama, obligándolo a hacer acopio de toda su experiencia para no tomarla entre

sus brazos y devorar su apetitosa boca en ese mismo momento.

Era obstinada, pero él lo era todavía más, y no perdería la oportunidad de disfrutar del exquisito rubor que cubría su semblante cuando se abochornaba. Así que, tomó su mano y se la llevó a los labios, besando con delicadeza el dorso.

—A veces, no todo lo que sale de nuestra boca es verdad, y siendo sincero, estaba molesto con usted, y conmigo mismo. No estaba seguro de querer asumir un compromiso por obligación, sin embargo... —clavó su mirada sincera en los ojos de la joven que permaneció rígida, escuchando—. Enlazar los acontecimientos del bosque con el hecho de que resultó ser mi prometida, me nublaron el juicio y dije cosas cegado por el enojo.

—Sin embargo, el hecho de que mi comportamiento no le cayera en gracia, no responde a mi pregunta, milord, y es absurdo que esté molesto con usted mismo por la conducta de otra persona —tiró despacio su mano, mas no logró escapar del agarre del marqués—. Así, pues, ¿por qué ha cambiado de opinión?

—Su comportamiento no me cayó en gracia por el hecho de que despertó en mí unos celos infundados, hiriendo a mi consumado orgullo, y me molesté conmigo mismo precisamente por ello; porque no esperaba descubrirme de esa manera con una desconocida de la que pensaba deshacerme apropiadamente.

—Sigo sin comprenderlo —terció Susan, con el pecho subiendo y bajando por su respiración entrecortada, expectante de las intenciones del marqués que, con la mano izquierda, rodeó su cintura.

Se relamió los labios y esos ojos verdes se pasearon con comodidad por todo su rostro.

—Resumiendo mi explicación, es verdad que deseaba evadir este compromiso —aceptó, hablando casi en susurro mientras su aliento cálido rozaba el rostro inexpresivo de la joven—. Sin embargo, al conocerla, mis propias convicciones y razones para intentar esquivar mi acuerdo con su padre, fueron derrumbándose, porque resulta que me agrada, milady, me gusta, y estoy convencido de que no encontraré a otra mujer más apropiada para mí que usted. Es más, estoy seguro que no quiero a otra mujer que no sea usted, siendo mi marquesa y calentando mi cama. —Con su voz grave, la miró con determinación, haciendo caso omiso al hecho de que la dama había abierto los ojos como platos, pasmada y escandalizada sin duda, por sus palabras.

CAPÍTULO 10



«¡Qué descarado! ¿Cómo se atrevía?», mascó entre dientes y se tragó sus palabras, pues su orgullo no le permitía retroceder, a pesar de la determinación con la que el marqués le dejó en claro los motivos por los que había cambiado de opinión. Incluso, llegó a escandalizarse por dentro y estuvo a punto de empujarlo y echarse a correr para escapar de las sensaciones que la experimentada labia del caballero la estaban haciendo sentir. Sin embargo, huir solo aumentaría su capricho y la vería como un reto. La cercanía de su cuerpo había encendido su piel y sintió la boca seca, mientras el marqués se negaba a romper el contacto de sus ojos. Si ella apartaba la mirada primero, él se sabría vencedor y no estaba dispuesta a perder la disputa que, presintió con argumentos, sería la primera de muchas.

Por un momento pensó que la besaría y la mano que rodeaba su cintura parecía quemarla, mas solo se dedicó a observarla a los ojos, esperando su reacción.

—Sigo insistiendo en que pierdes tu tiempo —refutó a sus palabras, haciendo un terrible esfuerzo para controlar sus emociones—. No quiero un marido, y estoy segura que en la ciudad encontrará a damas más que predispuestas por convertirse en su marquesa y calentar su cama —añadió, arqueando una ceja.

—Su negativa debe tener argumentos que estaría más que encantado de escuchar —dijo en cambio el marqués, aumentando la presión de su mano—. Después de todo, yo le he confesado mis razones para pisar el altar de su mano.

—¿Quiere casarse conmigo para meterme en su cama? —Susan casi jadeó de la indignación.

—Sí, entre otras cosas —replicó con una brillante sonrisa y un timbre de voz que se pareció a un murmullo felino.

Y entonces sí, Susan no lo pudo seguir tolerando y con las manos en su pecho, lo empujó para aumentar la distancia entre sus cuerpos. El marqués, abrió grande los ojos cuando su brazo izquierdo tuvo que realizar una inesperada flexión, y una mueca de incomodidad se formó en su boca, palideciendo al instante.

—¿Qué le ocurre?! —inquirió Susan, ignorante de lo que pasaba, hasta que recordó la herida.

Henry se llevó la mano derecha al hombro izquierdo y tragó con fuerza.

—No es nada... —musitó, aguantando la sensación de que su carne se había abierto de

nuevo.

—¿Lo lastimé? Su herida es nueva, y usted... —Susan negó. Se acercó y no sabiendo qué hacer, en un acto de culpabilidad tomó su mano—. Le duele, ¿cierto? —indagó con suavidad.

—Solo un poco, no es nada. He sufrido peores cosas, así que no se aflija —intentó sonreír, apretando el tacto de la joven que de inmediato se deshizo de su agarre, furiosa.

—No vuelva a hacer semejante tontería o le puede ir peor —advirtió—. Es mejor que regrese a descansar, podemos dejar para otro día este paseo.

—¡No! —Se opuso—. Me sentiré mejor respirando un poco de aire fresco. Detesto estar encerrado, y en todo caso, estoy bien, no se preocupe.

—Además de insufrible, es terco —musitó ella, resoplando—. Irá atrás, con Helena —señaló los asientos en segunda fila del coche—. Le diré a Thomas que conduzca la calesa.

—¿No sería mejor que fuera usted conmigo? —objetó, mientras ella fruncía el ceño—. No porque me disguste que vaya con su amigo, sino más bien, por su hermana... —sonrió con simpatía.

—¿Cómo lo supo? —curioseó ella más relajada.

—No es difícil darse cuenta. —Henry encogió los hombros.

—Tiene razón. Helena no se preocupa por ocultar sus sentimientos.



Más tarde, se encontraban en una colina bordeada por un arroyo, sentados bajo las ramas casi desprovistas de hojas de un árbol, sobre una alfombra lo suficientemente grande. Habían terminado con el almuerzo y se disponían a recoger los restos para devolver las cestas de mimbre a la calesa. Oportunamente, sus hermanos y Thomas se ofrecieron a hacerlo y la dejaron a solas con el marqués.

Ella se recostó sobre la manta y él la imitó, y por un largo y tenso silencio, observaron el cielo despejado. Susan no sabía qué decir, porque siempre el caballero llevaba a terrenos incómodos la conversación. Tenía bastante de momento con la indiscutible atracción que sentía, y prefería no poner a prueba su fuerza de voluntad.

—¿Irá a la ciudad para la temporada? —preguntó de repente Henry, rompiendo el silencio.

—Louise, la hermana de Thomas, dará una fiesta de máscaras por el inicio de la temporada. Será su primer baile como condesa de Harrington y me ha hecho prometerle que iría —sonrió al recordar la insistencia de su amiga y los motivos tan pocos convincentes para ella, aunque importantes para Louise—. Dice que, con mi presencia, asegura la asistencia del... —calló de repente—. La asistencia de personas importantes —corrigió a tiempo, evitando mencionar al atractivo duque con quien lord Harrington deseaba entablar lazos políticos y comerciales.

Henry, quien había entendido perfectamente que la nueva lady Harrington buscaba utilizar

a su futura esposa para atraer la atención de cierto caballero, se tragó un impropio y se dijo a sí mismo que debía conseguir una invitación a tan conveniente baile de máscaras.

—Ya veo —fue lo único que dijo e intentó sonreír. Para su suerte, se habían quedado solos—. ¿Podemos hacer a un lado la formalidad? —volvió a concentrarse en el momento.

—Está bien, pero delante de mis padres o mis tíos, no se atreva a tutearme. El conde es muy conservador.

—Susan... —susurró victorioso con una tonta sonrisa que Susan no llegó a ver. La había buscado hasta por debajo de las piedras, y la vino a encontrar en el último sitio donde se le ocurrió escarbar. El destino, después de tantas pruebas y tejemanejes, estaba mostrándose más generoso de lo que había esperado.

—¿Por qué yo? —preguntó ella en cambio—. No estoy interesada en el matrimonio, ya se lo he dicho.

—Y yo, también te he dicho que me gustas —repitió—. Háblame de tú, al menos cuando estemos a solas —pidió con suavidad.

—Apenas me conoces, no sabes nada de mí. —siguió Susan, haciendo de cuenta que hablaba con su hermano o Thomas, aunque era muy consciente que ese truhan no era para nada manejable como John o su amigo.

—Eso lo podemos remediar conversando —replicó él de inmediato—. Sin embargo, he de confesar que, desde que te vi, me resultas muy familiar, como si ya nos hubiéramos visto alguna vez. ¿Tú no tienes la misma impresión? —inquirió suspicaz.

Ella negó con la cabeza. No iba a admitir nada delante de él. Sin embargo, tenía muchas preguntas flotando en su cabeza y no se detuvo para preguntarlas.

—Me pregunto cómo fue que mi padre concretó el compromiso... —susurró, observando la forma de las nubes.

—Si vamos a casarnos...

—No he dicho que me casaré —lo interrumpió.

—Si llegáramos a casarnos —corrigió, mirándola de reojo con impaciencia—, lo más correcto es que sepas algunas cosas, como los motivos y las circunstancias de nuestro compromiso —musitó, con una mueca de incomodidad.

—Soy todo oídos... —contestó la joven, ansiosa por escuchar las razones circunstanciales para que su padre la hubiera atado al marqués.

—Mi padre, el difunto marqués de Bristol, se enamoró de mi madre cuando fue a las highlands a hacer negocios con mi tío Cameron —inició con nostalgia—. En ese entonces, su primera esposa estaba muy enferma, pero mi madre no lo sabía —tragó con esfuerzo antes de seguir—. No sabía que estaba casado, ni que su mujer estaba enferma. —Se aclaró la garganta y suspiró—. Entre promesas y juramentos se enamoró y se embarazó sin conocer la verdadera situación. Mi padre había vuelto a Londres, según mi madre, a resolver unos asuntos para poder desposarla y, meses después, cuando murió su primera esposa, regresó. La trajo a la ciudad y se casaron. Fue todo un escándalo... —sonrió con tristeza—. Las malas lenguas comenzaron a correr la voz de que ella fue la causante de la muerte de la antigua marquesa.

—Vaya, debió ser difícil para tu madre... —opinó Susan.

—Lo fue, no lo toleró y regresamos a Escocia con mi tío, cuando cumplí cinco años. Conozco desde entonces a tu padre.

—No puedo creer que tu padre permitiera que ustedes vivieran tan lejos de él... —masculló de indignación.

—Al principio, su plan era que nos quedáramos en Dorset, pero mi madre se negó. Tenía miedo, pues Garrad, mi hermano mayor, comenzó a tener un odio profundo hacia nosotros, especialmente hacia mí. Me detestaba por el simple hecho de ser el hijo de la mujer, que según él, le robó el marido a su madre y propició su muerte.

—¡Eso es ridículo!

—Para Garrad no, y estaba complacido de que lo supiéramos —confesó, recordando la constante zozobra de su madre—. Intentó matarme desde que me vio en la cuna, y no se detuvo hasta el día de su muerte...

Susan se tensó yladeó su rostro hacia el marqués, que mantenía la mirada fija en el cielo. Observó por el movimiento de su garganta cómo tragaba con fuerza, y se obligó a no hacer preguntas y darle el tiempo necesario para que prosiguiera. Entonces, pensó en el atentado del día anterior, pero rápidamente careció de sentido sus especulaciones, pues el hermano del marqués ya estaba muerto.

—Era inútil persuadir a mi padre y no lo culpo —continuó después de unos minutos—. Tenía a su heredero, por un lado, y a nosotros por el otro. Además, mi tío siempre ha sido como un padre para mí y su excelencia, por una extraña razón, me había tomado bajo su protección. Quizás, sintió compasión de mí... —musitó con sarcasmo.

—Mi padre puede tener todos los defectos del mundo, pero es una buena persona, y estoy segura que no pudo haber sentido compasión, sino más bien admiración. Solo alguien digno y valiente puede obtener su respeto y simpatía.

—En realidad, influyó mucho en mi vida, y fue de gran ayuda cuando mi padre murió y Garrad heredó el título, pues comenzó a perseguir y a atacarme abiertamente, sin ningún interés por al menos disimular que me quería muerto... y casi lo consiguió.

—¿Qué sucedió? —preguntó con cautela.

—Me cazó como a un venado —resopló—. Los restos de mi padre apenas se habían enfriado cuando se hizo la lectura de su testamento. Como era lo correcto, el título y todas las propiedades ligadas a él, pasaron a manos de Garrad. Si embargo, en vez de dejar entre sus responsabilidades el bienestar de la familia, mi padre había adquirido varias propiedades que dejó a mi nombre, además de una renta anual bastante sustanciosa para su viuda, y eso lo consideró imperdonable. Él quería tenernos en sus manos, deseaba humillarnos y esa oportunidad se le había escapado de las manos.

»Fue cuando ordenó mi secuestro y me tuvo prisionero en una de sus fincas. Me habían golpeado tanto, que ni siquiera recuerdo cómo escapé. El asunto es que, en mi huida, me dieron un balazo y casi muero. Sin embargo, el destino quiso que sobreviviese y aquí estoy, con la esperanza de que mi futuro sea muy diferente a lo que fue mi pasado —ladeó su rostro y se encontró con la mirada vidriosa de Susan que parecía a punto de llorar—. Un poco antes de ese

suceso, como si tuviera el presentimiento de que algo así ocurriría, mi madre acudió a tu padre en un acto de desesperación y le suplicó que me protegiera como si fuera su propio hijo. — volvió a apartar la mirada que la fijó nuevamente al cielo—. No le bastó con la palabra de su excelencia de que lo haría, y le ofreció un acuerdo de matrimonio con una de sus hijas para asegurarse de que mi hermano no tuviera el valor de hacerme daño. Tal y como lo mencionaste ayer, Garrad era ambicioso, cruel, despiadado y desagradable, pero no un tonto, y sabía que ir en contra de tu padre, no le convenía.

Susan sintió una gran conmoción con la historia que acababa de escuchar. El marqués había sufrido y mucho, y ahora comprendía los motivos de su padre para que quisiera que ella se desposara con lord Bristol y no Helena. Henry Harvey era un hombre que conocía los aspectos más oscuros de la vida; y sin embargo, era un hombre transparente, fuerte y decidido, dispuesto a luchar por sus propósitos. Emitió un hondo suspiro y tuvo la imperiosa necesidad de abrazarse a su cuello y consolarlo, pero no lo hizo. Con mucho esfuerzo se contuvo y luchó por controlar su expresión de impotencia, no quería que él pensara que sentía lástima, porque no era el caso.

—Entonces, ¿soy una especie de seguro de vida para su señoría? —habló con un deje burlón para hacer a un lado la tensión que los había embargado. Oyó la suave risa del marqués y su corazón empezó a latir con fuerza—. Mi padre mencionó que te escogió como mi prometido, porque eras distinto a los demás caballeros, y tenía razón. Te pareces mucho a él... —confesó Susan, volviendo a mirar las nubes.

—Y ¿eso es bueno o malo para ti? —indagó Henry con suavidad, tragando con esfuerzo por las expectativas de su posible respuesta.

—Aún no lo he determinado...

La voz temblorosa de Susan, le hizo comprender que estaba dudando en relación a su tajante negativa de aceptarlo, por lo que supo que había llegado el momento de convencerla utilizando otros métodos. Con una sonrisa lobuna, se apoyó sobre su codo derecho para admirar el rostro de la joven. Ella tenía los ojos cerrados, con las pestañas arqueadas guardando sus preciosos iris pardos. Paseó la mirada por la curvatura de su nariz, cayendo sobre su boca llena, rosada y húmeda. Un intenso placer lo inundó por entero, mientras el aire hinchaba su pecho; estaba luchando por contener el deseo que le estremecía cada vez que la tenía cerca. Susan despertaba en él un deseo voraz, unas inmensas ganas de estrecharla entre sus brazos, de hundir su cara en el hueco de su cuello, de asir su estrecha cintura y que sus palmas descendiesen despacio a su trasero, mediante la curvatura de sus caderas. Moría por sentirla cerca, que lo viera a los ojos, que le sonriera como le sonreía a ese mocoso pelirrojo. Quería besarla, quería tocarla, descubrirla... ansiaba, como nunca antes, hacerle el amor a esa mujer. A la mujer que, despreocupada, olvidó que en su compañía se encontraba un hombre que le había dejado en claro que la quería en su cama, y en esos momentos la devoraba en sus pensamientos.

—Susan... —susurró tan despacio que apenas pareció un silbido que se perdió en el viento—. ¿Alguna vez te han besado?

Ella tenía los ojos cerrados, pero pudo sentir el aliento del marqués en su cara. Haciendo acopio de toda su endereza, se obligó a mantenerse con la espalda pegada al suelo y sin contraer el rostro para no delatar sus nervios.

—Por supuesto —replicó, sin aparente vergüenza.

—Y, ¿no te gustó?

—No lo suficiente como para renunciar a mi libertad —contestó con sorna, rogando en sus adentros para que él se apartara y esa extraña sensación de hormigueo que sentía en todo su cuerpo, cesara.

—Quizás, no te han besado adecuadamente. No todos tienen la habilidad... —persuadió en tono arrogante, suavizando sus palabras con una risa que daba a comprender que estaba bromeando.

—¿De veras? Pues, a mi parecer, presionar unos labios contra otros no resulta gran cosa, es como tocarse las manos —respondió con sinceridad porque las veces que había besado, no saltaron las tan mentadas chispas que los libros de Helena mencionaban. A decir verdad, no sintió absolutamente nada que la impresionara.

Con los ojos clavados en su boca, Henry levantó con dificultad su mano izquierda y con su dedo índice, acarició suavemente el mentón de Susan. Muy despacio, recorrió la curva de su mandíbula hasta su oreja, donde, sin dejar de tocar su piel, deslizó un mechón de pelo hacia atrás.

Susan contuvo el aliento y presionó los puños a los lados de su tenso cuerpo, intentando por todos los medios no reaccionar a esa sutil caricia que le estaba turbando y agitando de un modo acelerado el pecho. Tragó con esfuerzo y se negó a abrir los párpados, porque si su mirada se encontraba con la del hombre que le estaba rozando el rostro de un modo tan inocente como sinuoso, no sabía qué ocurriría. Intentó apartar de su mente la imagen del marqués con el torso desnudo; esa maldita imagen había bailado en su cabeza desde ayer, de relajar su cuerpo rígido y no delatarse. Sin embargo, el aliento tibio que cada vez se sentía más cerca de su boca, la hizo temblar y un ardor desconocido le abrasó la piel cuando sintió unos labios firmes, húmedos y calientes, tocando con delicadeza los suyos.

Muy despacio, Henry rozó su boca, acariciando de un modo inocente esos labios suaves y tentadores con un movimiento casi imperceptible para no asustarla. Sin embargo, fue él quien se amedrentó con aquel contacto, pues una quemazón desesperada se extendió por todo su cuerpo y se dijo a sí mismo que lo mejor era apartarse, antes de cometer una locura llevado por la lujuria. Pero entonces, Susan entreabrió su boca y movió despacio sus labios.

Henry apartó la cara unos centímetros, y ella abrió despacio los párpados, topándose con los iris suplicantes del marqués, que clamaban tácitamente por un poco de compasión, por una simple oportunidad de aplacar su desorbitante anhelo de enseñarle lo que en verdad era un beso. Tragó con esfuerzo e inspiró hondo, como si lo estuviera invitando a proseguir con la lección.

Entonces, él resopló y sin poder contenerse, la besó con pasión, sin rastros de aquel roce inocente con el que había tanteado terreno. Sus labios se movieron escurridizos, aunque firmes y exigentes, buscando una oportunidad para arremeter en su cavidad. Presa de la embriagues derivada del deseo, ella emitió un jadeo entreabriendo la boca, y entonces Henry tomó la oportunidad y asaltó con su lengua.

Susan se estremeció. La realidad era que se sentía pasmada, abrumada con esas sensaciones que nunca había experimentado antes.

Ávida de curiosidad, respondió entregándole su boca sin remilgos, imitando los movimientos de su lengua con la suya, mientras en sus venas, en su piel, en sus entrañas iba

creciendo el fuego que la estaba envolviendo desde la cabeza hasta los pies. Estaba perdiendo el control, estaba con los sentidos revueltos y el juicio nublado, rendida ante aquel adiestramiento tan excitante que el marqués le estaba procurando. Y cuando ya no recordó ni siquiera su nombre, él se detuvo, separó sus bocas e inspiró hondo, dejándola atribulada.

Decepcionada, Susan abrió los ojos y se topó con una mirada penetrante y oscura, llena de preguntas y promesas.

—¿Ahora comprendes la diferencia entre presionar unos labios contra otros, y un beso? —increpó con la voz ronca, relamiéndose los labios como si le estuviera gritando que el beso que compartieron hace un momento, no fue suficiente.

Susan negó con la cabeza, aunque vestigios de una sonrisa se asomaron en su enrojecido rostro.

—Vaya problema... —susurró Henry, rozando el labio inferior de Susan con su pulgar—. Creo que no he sido muy convincente. Quizás, si le pongo un poco más de empeño, termine de hacerte comprender esa diferencia...

—Quizás... —repitió ella, dispuesta a seguir siendo instruida.

—Mañana —dijo sin embargo él—. Cabalguemos mañana, y decidamos entonces si necesitas otra lección.

CAPÍTULO 11



«¿Qué fue todo eso?!», se reprochó Susan, horas después, cuando en el cobijo de la soledad de su habitación, se movía de un lado a otro en su cama. «Mañana», dijo el marqués, y ella como un felino domesticado, había aceptado casi ronroneando. Solo le faltó agitar la cola y frotarse contra su cuerpo para decretar abiertamente que había sido amansada en rotundo por la labia de su señoría.

Sin embargo, era momento de aceptar que nada estaba resultando cómo ella había pensado. Desde el prometido que su padre le escogió, hasta la idea de ahuyentarlo a punta de travesuras y desplantes. Nada, absolutamente nada, resultó como creyó. El marqués era distinto, su padre tenía razón, y ella... ella ya no estaba tan segura de querer deshacerse de él.

Comenzó a dudar cuando le dejó en claro que le gustaba y terminó de asumir que no era tan malo, cuando le relató su terrible historia. Lejos de sentir pena o lástima, lo que nació en su pecho fue una peligrosa admiración y una imperiosa necesidad de saber más de él. Pero, lo que sin dudas le había dejado con las defensas bajas, prácticamente rendida y con la bandera blanca levantada, fue ese beso que compartieron. Ni siquiera en ese momento, podía evitar que su cuerpo se estremeciera cada vez que evocaba la facilidad con que la boca del marqués cubrió la suya, deslizándose sobre sus labios con seguridad, degustando su sabor, su textura, tomando todo de ella en una simple caricia que no le había parecido suficiente, y, aunque le costaba admitirlo, deseaba con ansias que llegara mañana para seguir aprendiendo de su experimentado mentor.

Y así lo hizo la mañana siguiente, y los siguientes días durante todo un mes, cuando, como por arte de magia su carabina, que no era otro que John, se perdía misteriosamente en el bosque y ellos se detenían a descansar bajo el mismo sauce llorón, cuyas ramas caían con gracia, cubriendo el interior del árbol. Las lecciones iban subiendo de tono cada vez un poco más, así como la frustración que ella sentía cuando se acababan. El anhelo que la embargaba noche tras noche por la necesidad de aprender, por saber cuál sería la siguiente instrucción, por descubrir cómo respondería a aquella curiosidad que había surgido en su interior. Sin embargo, presentía que para avanzar al final de aquella excitante disciplina, el marqués pondría un precio. Un precio que ella no sabía si estaba dispuesta a pagar, porque su corazón se negaba a olvidar al joven que había salvado de las garras de la muerte.

Era estúpido, lo sabía, pero una pequeña parte de ella se negaba a olvidarlo, no podía olvidarlo.

Esa mañana en particular, él la había ayudado a bajar de su montura a pesar de la evidente molestia que su hombro le seguía provocaba, sin embargo, solo guardó silencio y evitó emitir su

opinión al respecto pues, se había dado cuenta que era un hombre testarudo y que no daba su brazo a torcer con facilidad. Y por muy extraño que resultaba, eso también le gustaba.

—Mañana regresaré a Londres... —comentó Henry, un tanto malhumorado mientras los dos caminaban en dirección a las sombras del sauce—. Tengo algunos negocios que atender, además de que tu padre ya no considera creíble mi excusa de que no he terminado de recuperarme —sonrió con sorna.

—Deberías de estar agradecido por no haberte echado hace tiempo.

—Creo que es una de las cosas que debo agradecerte a ti; me ha dicho que fuiste tú quien se lo pidió. Gracias —musitó con sinceridad.

—Al ritmo que marchan las cosas, terminará debiéndome toda la vida, su señoría —Bromeó.

Sin embargo, Henry se detuvo, tomó su mano y la llevó a rastras bajo las ramas, haciendo que su espalda chocara con el tronco de árbol. La observó con una seriedad que no le había visto nunca, mientras notó que su garganta se movía y de su boca salía un suspiro que parecía de frustración.

—Al parecer, nuestra última lección quedará pendiente... —susurró, mientras sus dedos acariciaban los labios entreabiertos de Susan.

—Ah, ¿sí? —respondió, tragando con fuerza y respirando con pesadez. Él afirmó con la cabeza—. Una lástima... —añadió, emitiendo un largo suspiro.

—¿Qué te parece si concluimos en la ciudad? —La voz arrastrada del marqués, que le tomó el mentón y le plantó un suave beso en los labios, era la invitación explícita a terminar en su cama—. Por supuesto, después de que nos casemos y tu padre no me meta una bala entre los ojos por aprovecharme de su hija. —Sus labios volvieron a tocar los de Susan que se arqueó ligeramente, en tanto recibía expectante la lengua del marqués que invadió su cavidad—. ¿Qué dices, Susan? ¿Me dejarás darte la última instrucción en nuestra noche de bodas? —insistió, con una mano sosteniendo su mandíbula y la otra subiendo despacio hacia el escote de su vestido.

Ella jadeó cuando los dedos del marqués se metieron por debajo del pliegue del escote y se sintió embriagada por el ardor que experimentó su cuerpo entero.

Henry apartó su boca de los labios y acarició en una dulce tortura su garganta, mientras ella respiraba con fuerza con los ojos cerrados y la boca entreabierta, aferrando sus palmas al tronco del sauce, presa de un cúmulo de sensaciones, todas embriagadoras y placenteras.

—¿Y bien? —volvió a insistir le marqués, avanzando a lo largo de su cuello y dejando un rastro ardiente a su paso—. Dime que sí, mi preciosa Susan. Dime que serás mi esposa...

—¿No podríamos hacerlo sin pisar la vicaría? —increpó extasiada, abrumada por la excitación, mientras el marqués hundía sus labios en el nacimiento de sus senos—. ¡Ah! —gimió, colocando sus manos en la cabeza de Henry y hundiendo sus dedos en su pelo azabache.

—No. —Decretó él—. No es correcto... al menos, no sin un acuerdo formal y una fecha para la boda. —Henry empleó un camino de besos por el cuello femenino que se arqueó, deteniendo su boca delante de la suya—. Solo tienes que decir que sí, y yo me encargaré del resto. Te prometo que no te arrepentirás...

Volvió a besarla, bebiendo todo su aliento, atrapando sus labios en aquella succión desenfrenada, desesperado por desear que fuera lo suficientemente convincente para arrancarle la respuesta que anhelaba.

Ella le rodeó el cuello con las manos, aferrándose a él, que no pudo evitar envolverla con fuerza y apretarla contra sí. Su cuerpo duro la estrechaba con posesión, con urgencia, mientras su lengua exploraba acucioso su cavidad; la dureza de su virilidad presionando su vientre, seguido de un profundo estremecimiento que le recorrió al marqués, la excitó en demasía. Sin embargo, no se casaría con él solo porque estuviera sucumbiendo a la pasión, la lujuria que despertaba en ella, pues nunca había pensado en el matrimonio como una unión de conveniencia o, como decía Helena, en algo que damas de su posición debían hacer porque era lo que la sociedad esperaba de ellas.

Susan había vivido rodeada de matrimonios unidos por amor; sus padres, los condes de Essex, su tía Serena y su tío Charles, y no pensaba ponerse la soga al cuello solo para aplacar la curiosidad que le provocaba el deseo.

Sí. Asumía que el marqués le gustaba, que lo admiraba, que le inquietaba, pero él no la amaba y ella... ella tampoco a él. Henry Harvey solo había acudido a Haven House para conocerla porque su padre lo había decretado de ese modo, y porque, en parte, como bien había dicho en broma, ella significaba un seguro de vida para el marqués. Que la deseara y estuviera decidido a meterla a su cama, no significaba que él la quisiera como añoraba y no caería en aquella trampa del matrimonio sin afecto, solo para vivir en una jaula de oro de la que no podría escapar por el resto de sus días.

—No puedo aceptar... —musitó al final, sobre la boca del marqués, logrando que las caricias cesaran y el beso se rompiera.

Henry sintió como si una cubeta con agua fría se lo hubieran vaciado sobre la cabeza. Frenó sus manos que en ese momento se encontraban levantando la falda de la dama y separó su rostro del suyo, entrecerrando los ojos mientras su mirada verde la observaba con incredulidad.

«¿Dijo que no?», le cuestionó una partecita de su orgullo que se comenzaba a sentir herido. Sin embargo, quien más resentía aquella negativa, era su corazón. La palabra «No» bailó alrededor de su cabeza, mareándolo hasta hacerlo temblar por la frialdad con la que la dama lo estaba rechazando.

«Sí. Dijo que no», le respondió el diablillo en su interior, incitándolo a protestar de un modo vehemente. Sin embargo, no tenía la menor intención de actuar sin antes saber el motivo de su rotundo rechazo.

Haciendo acopio de los últimos vestigios de su autocontrol, acomodó la falda del vestido de montar, alisando la tela para calmarse y que su voz no se oyera tan imperante. Por último, tragó con esfuerzo y rodeó la cintura de Susan, mientras emitía un suspiro cansino. La miró a los ojos por un largo rato.

Después de unos minutos, ella rompió el contacto, pero él tomó su mentón y con delicadeza la obligó a mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó lo más sereno que pudo. Presionó sus labios, aguardando impaciente su respuesta.

—¿Por qué? —repitió Susan, frustrada por la interrupción. Él afirmó con la cabeza—. Porque no puedo casarme sin amor —respondió, sosteniendo su mirada sin pestañear, aunque tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no amedrentarse y romper el contacto de sus ojos.

El marqués la había deleitado con sus dotes de conquistador todo ese tiempo, inflando con su labia su vanidad, repitiéndole muchas veces cuanto le gustaba, lo hermosa e ingeniosa que le resultaba, pero en ningún momento había mencionado la palabra amor... o la posibilidad de que aquel deseo que ella despertaba en él, se volviera algo más.

—Ya veo... —masculló sin soltarle la barbilla—. No me quieres...

—Y tú a mí, tampoco —replicó sobre sus palabras—. Solo soy parte de una orden de mi padre... has venido aquí, porque él lo decretó. Que sientas deseo por mi cuerpo, no cambia en nada mi decisión.

Henry no se movió en lo que pareció una eternidad. Él la quería, ¡por supuesto que lo hacía! Había soñado con encontrarla, le había entregado su corazón antes de siquiera saber su nombre. Recordaba su imperante voz, desafiando a Brodie, alentándolo a luchar por su vida, haciendo lo imposible para salvarlo sin darse por vencida. Se había enamorado de su valía, de su coraje, de su voz imperante.

Sí, tenía razón al afirmar que solo había ido por orden de su excelencia, pero cuando la vio, sintió lo mismo que llevaba sintiendo desde hace cinco años, y la coraza que había construido alrededor de su corazón porque lo estaba guardando para su salvadora, fue roto por ella en un abrir y cerrar de ojos. Y todo porque resultó ser que la jovencita de quien se había prendado en el pasado y ella, eran la misma persona. Sin embargo, no tenía cómo probar que él la adoraba desde antes de llegar allí, o de saber que era su prometida.

¡Maldito Lancaster! Si no fuera porque le había prohibido mencionar el asunto, Susan le estaría diciendo que sí.

—No tienes ni idea de lo que yo siento, Susan —masculló con dureza, escrutando sus ojos pardos, buscando un atisbo de duda en ellos, sin encontrar absolutamente nada más que convicción. Inspiró hondo y soltó su barbilla, bajó la cabeza y depositó un casto beso en sus labios—. Tu destino y el mío, es estar juntos. No tientes nuestra fortuna en vano, cielo.

—Sin amor, no hay matrimonio, lo siento. Y, en cuanto a lo otro, estoy segura que cualquier caballero estará más que complacido con terminar lo que has empezado —intentó apartarlo para marcharse, pero fue inútil.

—Estás insinuando que, acostarte conmigo o con otro hombre, ¿te da igual? —La tomó del rostro con ambas manos y la obligó a sostenerle la mirada mientras, por dentro, sentía el corazón apuñalado. Sus ojos quedaron privados de toda expresión, cuando ella afirmó con la cabeza y luchó para no zarandearla para que entrara en razón—. Entiendo... —formuló, pero no entendía absolutamente nada, o más bien, no quería entender.

La soltó despacio, y mientras la traspasaba con una gélida mirada, pensó en una rápida alternativa. Ella quería amor para casarse, y él se lo daría. Sin embargo, necesitaba tiempo para convencerla de que la quería y lograr que ella también lo quisiera. Había despertado sus pasiones más bajas con la intensión de presionarla a que aceptara su propuesta de matrimonio antes de hacerla suya, y sin embargo, la muy descarada lo estaba poniendo entre la espada y la pared para

que adelantara todos los hechos y se hicieran las cosas al revés.

Primero la noche de bodas, y después el matrimonio... ¡ni modo! Si no había otra manera, sería como ella quería, porque si de algo estaba seguro, era que lady Susan Wellesley no se entregaría a nadie más que no fuera él y sería su esposa. No importaba el tiempo que le llevara convencerla, ni los métodos, pero tarde o temprano sería suya en cuerpo y alma, en su cama y en la iglesia delante de Dios, con todo Londres como testigo.

—Es mejor que regresemos —enrolló su mano a la de Susan y la apremió a que caminara hasta su montura. La ayudó a subir como todo un caballero y en un tenso silencio regresaron a la casa.

Como era ya habitual, John se les unió a medio camino, y arqueó con intriga una de sus cejas, mirando a Henry que solo negó con la cabeza. Su futuro cuñado reprimió un «Oh» en sus labios presionados, y le dedicó una sonrisa lastimera.

Susan estaba perpleja y decepcionada. Había esperado que el marqués insistiera o que al menos le asegurara que lucharía por su corazón, mas solo se rindió, así como así, sin siquiera protestar. Sin embargo, aunque no había reaccionado, en sus ojos percibió lo herido que estaba por sus palabras. Sabía que había sido un golpe bajo restregarle en la cara que acostarse con él o con otro cualquiera, le resultaba lo mismo, pero la estaba presionando para aceptar su oferta, y la mejor forma que encontró de hacerlo reaccionar fue atacando su orgullo... en vano, pues al parecer, había aceptado su negativa.

Estaba con los pensamientos revueltos, cuando sintió dos enormes manos rodear su talle y ayudarla a bajar de su montura. Absorta en su intento por dejar de sentir decepción, levantó la vista y vio sus ojos verdes pálidos, casi transparentes, sin ningún atisbo de emoción. Su corazón se encogió en su pecho, pensando que sería la última vez que lo vería. Por un largo instante, él le sostuvo la mirada en esa posición, y entonces, solo para provocarlo, ella dijo:

—¿Mantendrás tu palabra de romper el compromiso?

Una sombría y hermética sonrisa se asomó en el rostro del marqués.

—Mi respuesta la tendrás que buscar tú misma, Susan —ladeó su rostro, tomó su mano y le besó la palma—. Hasta la noche, milady. Estoy seguro que recuerda perfectamente el camino a mi habitación.

Dicho aquello, Henry dio media vuelta y siguió a John a las caballerizas, dejándola turbada y ansiosa por la invitación que le había hecho el marqués. *Su marqués.*

Sonrió como una tonta...

Henry no se había dado por vencido, sino que había planeado una mejor manera de convencerla. Sin embargo, que lo tuviera que hacer en el cobijo de sus aposentos, solo significaba una cosa: el maestro, a fin de cuentas, estaba decidido a proveerle una última lección.

CAPÍTULO 12



«¿Acaso esa mujer se volvió loca?», bramó en su fuero interno, rabioso, yendo y viniendo sobre sus pies detrás de las caballerizas. Soltó varias maldiciones más antes de componer su genio y conversar con su anfitrión sin demostrar lo frustrado que se sentía. No pensaba darle ese gusto a su excelencia.

Una vez repuesto su consumado autocontrol, inspiró hondo y se dirigió al interior de las cuadras, donde encontró al duque cepillando a un enorme caballo negro, que no era otro que el frisón que casi había tumbado a Susan.

—Excelencia —saludó para llamar la atención del susodicho—. Mañana me marcharé a Londres.

—¡Ya era hora! Pensé que te quedarías a vivir aquí. —Arthur levantó la cabeza y le dedicó una mirada burlona. Frunció el ceño y luego sonrió—. Te ha rechazado —dijo con tanta convicción, que los nervios de Henry se pusieron de punta.

—¿Por qué lo dice?

—Te conozco, y conozco a mi hija.

—Solo es cuestión de tiempo —aseguró Henry, uniendo sus manos en su espalda. Su chaqueta color azul le comenzó a presionar en todas partes por la tensión—. Me dirá que sí, no me rendiré hasta que lo haga —reafirmó con convicción.

—Estoy deseando ver eso —replicó con sorna, sin creerle del todo—. ¿Tienes noticias de Brodie? —cambió de tema.

—Precisamente por eso me marchó. Han estado ocurriendo cosas extrañas en el club, intentos de sabotaje, pleitos sin sentido y algo me dice que el atentado que sufrí y esos incidentes, son provocados por la misma persona.

—Lo que nos hace afirmar que, quien busca perjudicarte, conoce tu identidad como anfitrión del club. —Arthur presionó la mandíbula para reprimir el impulso de bramar unas cuantas maldiciones—. Te advertí que debías tener cuidado, Henry, y precisamente ahora que pensaba concretar tu compromiso con mi hija, vienen a suceder todos estos problemas —masculló, casi rechinando los dientes—. No quiero poner a Susan en peligro, no me perdonaría jamás si algo le sucede, y tampoco te lo perdonaría a ti. Así que, deshazte del problema sin dejar rastros ni testigos —lo apuntó con el dedo.

—También será cuestión de tiempo resolver ese inconveniente, excelencia. Le doy mi

palabra.

—Últimamente, estás perdiendo tus habilidades para remediar los problemas. —Negó con la cabeza—. ¿Qué te traes con Susan? Y no me digas que nada, porque no soy estúpido —le advirtió.

—Solo estoy haciendo lo necesario para que acepte mi oferta de matrimonio por las razones correctas —replicó sin amedrentarse.

—Las razones correctas... —repitió Arthur, entornando los ojos y arrastrando aquellas palabras sin comprender.

—Amor... —susurró con un deje de resignación y el duque estalló en carcajadas—. No es gracioso, excelencia. —Henry se cruzó de brazos, aguardando a que el duque terminara de reírse a sus costillas—. Si me dejara decirle la verdad... —calló para que nadie los escuchara.

—Tuviste un mes para enamorarla, y no has conseguido nada... y no hablo de amor, sino de enamoramiento. ¡Eres un pésimo alumno! —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No me diga... —musitó con molestia—. Que yo recuerde, en ningún momento usted me dio lecciones de cómo enamorar a una mujer.

—¿Ya no te acuerdas, en las tierras de tu tío? —Arthur arqueó las cejas.

—Estoy seguro que no empleó los mismos métodos para conquistar a su esposa —replicó escandalizado porque recordaba perfectamente a lo que se refería—. ¿Cómo lo hizo? Ilumíneme, ya que soy un fatal conquistador —expresó con sorna.

—Mi esposa cayó rendida en mis brazos desde el primer momento. Para nuestro tercer encuentro, ya estaba enamorada... —Se jactó con nostalgia, sin mencionar lo que anónimamente había hecho para llamar su atención.

—Pues mamá dice que, quien cayó a sus pies, fue usted, padre... —Helena interrumpió la conversación—. Nunca he oído su versión, ¿por qué no nos deleita a su señoría y a mí con su historia? —Enroscó su brazo al del marqués.

—Solo le di a entender que me tenía en sus manos, dándole el control, y presioné en el momento indicado para que me dijera que sí —dijo Arthur, recordando lo celosa que se puso Claire cuando lo vio con la ahora esposa del tío de Henry—. Le di celos, sin querer naturalmente, pero ya estaba enamorada de mí, por lo que verme en compañía de otra dama solo la hizo terminar de decidirse —le guiñó un ojo a Helena.

—Pues aquí no tenemos a nadie con quien lord Bristol pueda darle celos a Susan para que se termine de convencer —frunció sus labios, pensativa.

Henry y Arthur se miraron y ambos negaron con la cabeza.

—Los celos no funcionarán con tu hermana, cariño. Ella es como yo, no como tu madre. Aunque, estoy seguro que la indiferencia le puede doler más que cualquier otra cosa.

—Yo sería incapaz de hacerle eso a lady Susan —terció el marqués—. Tengo mi propio plan para convencerla, pero prometo que, si no funciona, suplicaré por sus ingeniosas ideas, lady Helena. —Se apresuró en contentar a la jovencita que lo veía suspicaz.

—¿Qué se te ofrece, cielo? —Le preguntó Arthur a su hija—. Es raro que vengas aquí.

—Es que, ha llegado la invitación para la mascarada de Louise, estoy por cumplir diecisiete, padre, y muero por acudir a un baile. Sé que aún no me han presentado, que debo esperar un año más, pero nadie verá mi rostro y, en todo caso, usted puede ser mi acompañante. Solo quiero asistir al baile por curiosidad... —prácticamente suplicó, con los ojos brillantes.

—No, cielo. —Se opuso en rotundo el duque—. Por ningún motivo te expondré a ir a ese baile. No tienes ni idea de lo que sucede en esa clase de fiestas, y yo estoy muy viejo para hacer de carabina en ese tipo de velada.

—¿Usted no irá, excelencia? —increpó con incredulidad Henry.

—Sabes que a esa clase de bailes no se admiten carabinas, y aunque Louise habría hecho una excepción, con Claire decidimos no ir.

—En realidad, creo que debería ir —recomendó Henry, preso de los celos.

—¿Verdad que sí? —secundó Helena, con una leve esperanza.

—¿Y cómo por qué? —increpó el duque con curiosidad.

—Esas celebraciones tienden a dificultar que los jóvenes acaten las normas de conducta aceptable —excusó.

—Pues, esas celebraciones son organizadas precisamente con ese fin, marqués.

El duque lo hacía adrede, no tenía ninguna duda de ello. Sin embargo, la visión de Susan siendo asediada por toda calaña de caballeros, no resultó nada alentador. No le gustó la idea de que su futura esposa fuese utilizada con propósitos que inmiscuían a otro hombre que no fuera él; se sentía irritado de solo imaginarlo y estaba seguro que no lo soportaría.

—Lady Susan cometió la indiscreción de mencionar que la nueva lady Harrington desea utilizar su presencia para confirmar la asistencia de cierto caballero —musitó entre dientes, con el ceño fruncido y observando al duque con fiera—. Ella es mi prometida, y no estoy de acuerdo con que asista a ese tipo de eventos, a sabiendas de que será el señuelo de lord Harrington, para un propósito que desconozco.

—Ah ¿sí? —increpó Arthur, con expectación. Henry afirmó con la cabeza—. Bueno, si es tu prometida, espantarle los pretendientes de ahora en más es tu trabajo. Yo no tengo ninguna objeción respecto a que sea cortejada por otros caballeros si ella está de acuerdo.

—Se está sobrepasando, excelencia —masculló con la mandíbula presionada—. Ella podría salir perjudicada.

—¡Ya no sea cruel con el pobre caballero, padre! —Helena reprendió a Arthur con la mirada—. Lord Bristol debe referirse al duque de Leinster; un viejo amigo de la familia y asiduo pretendiente de Susan. —La joven suspiró con teatralidad—. Un caballero elegante, culto y de muy buen ver. Tan alto como usted, señoría, amable, con unos preciosos ojos azules y cabellos dorados como el oro. ¿Sabe? —prosiguió Helena, sin importarle la molestia que estaba sintiendo Henry respecto al susodicho duque—. Le propuso matrimonio a Susan en tres ocasiones, y mi hermana siempre le ha dejado sin respuesta, alentando a su excelencia para que insistiera en su empresa y mejorara su oferta en las siguientes temporadas. Asumo que esta vez pedirá una respuesta definitiva —arrugó el ceño y luego sonrió—. ¿No cree que sea un caballero de lo más romántico y exquisitamente sensible? —le preguntó suspirando al marqués, que se había puesto

lívido.

—¡Y me acusas de atormentar al pobre marqués! —Arthur negó con falso pesar.

—Lo siento, milady, pero deberé discrepar con usted, pues la verdad no me resulta nada romántico asediar a una dama que ya está comprometida.

—¡Oh! —dijo Helena—. No se preocupe por la respuesta de mi hermana —hizo un ademán con la mano, restándole importancia al asunto—. Si el duque le agradara, ya le hubiera dicho que sí. ¿No lo cree?

—Bueno, en eso estamos de acuerdo, aunque me sigue disgustando la idea de que lady Susan sea emparejada en la susodicha mascarada con un caballero que la pretende —insistió Henry.

—Vaya problema... —musitó Helena, con aparente inocencia.

—Que puede ser remediado con que su excelencia le prohíba asistir al baile —presionó Henry.

—No le prohibiré a Susan que vaya al baile de su mejor amiga, por tus estúpidos celos —contestó Arthur sin rodeos—. En todo caso, ve a la mascarada y echa a perder los planes de Louise.

—¡No! —Negó Helena en rotundo—. Ni se le ocurra hacer algo así, o Susan jamás le volverá a dirigir la palabra —le advirtió a Henry. Luego miró furiosa a su padre—. Padre, deje de querer meter en problemas al marqués. O ¿de qué lado está?

—Eso mismo me pregunto, excelencia —gruñó Henry.

—No se aflija, milord. Ya he encontrado la solución perfecta para esta situación. —Helena sonrió triunfal—. Padre hará una excepción y solicitará a mi querido tío invitaciones, naturalmente para usted y para él. Mi madre será la acompañante de su excelencia y, por supuesto, yo seré la suya.

—Helena... —advirtió su padre—. No te ilusiones porque no irás.

—Pero, padre, ya le he dicho que solo le daré un vistazo a la fiesta. Cuando usted decida que es hora de marcharnos, lo haremos, y le prometo que no bailaré con nadie... —insistió.

—He dicho que no, Helena, y es mi última palabra. No irás a semejante... —El duque se abstuvo de mencionar la palabra jolgorio—. No es apropiado, lo siento, pero no puedo complacerte.

—Pero siempre complaces a mis hermanos... —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué, padre? ¿Porque yo detesto los caballos? ¿Porque pasé más tiempo con madre que contigo? A Susan le ha arreglado un matrimonio de lo más conveniente con un apuesto marqués, y cuando yo se lo pedí, denegó mi solicitud. ¿Por qué siempre se niega a mis peticiones, padre? —Helena comenzó a sollozar, y amagó con marcharse del establo en un estado lamentable.

Sin embargo, el marqués la detuvo del brazo, sintiendo una inmensa pena por la joven.

—No se aflija, milady. En un año tendrá la oportunidad de asistir a todos los bailes que desee... —quiso consolar a la damita que había sido su más fiel aliada desde que llegó a Haven House.

—Pero yo quiero ir a este... —susurró, mirándose los dedos y después, levantó la cara—. Solo quiero observar un momento, y después marcharme. Dígame, milord, ¿es demasiado lo que pido? Dar un vistazo a un baile donde nadie me reconocerá... ¿es tan desmedido mi deseo? —Con sus enormes y cristalinos ojos azules, miró al marqués, suplicando tácitamente por su ayuda.

Henry no se pudo resistir y resopló, negando.

—No, milady. De hecho, es algo bastante sencillo.

—¿Lo ve? —miró a su padre con reproche y luego se volvió al marqués—. Comparado a un prometido de su talla, no pido nada... —siguió dando lástima.

Arthur se cruzó de brazos y observó fastidiado aquella escena. Estaba clarísimo que el marqués no tenía ni idea de con quien estaba tratando.

—Excelencia, si usted no tiene objeciones, me ofrezco para escoltar a lady Helena al baile, siempre y cuando usted y la duquesa asistan —antes de que el duque se negará, Henry añadió—. Lady Helena solo quiere observar, y asumo que se contentará con permanecer en el baile, no más de una hora. ¿Cierto, milady?

—¡Será más que suficiente, milord! —A Helena se le iluminaron los ojos, y como por arte de magia, todo resquicio de angustia se borró de su semblante—. Le dejaré que ultime todos los detalles con mi padre, y nunca olvidaré su apoyo.

Dicho aquello, realizó una leve venia y se dirigió raudamente a la salida de las cuadras, dejando a Henry confundido.

—Has caído como marinero al canto de las sirenas... —Arthur seguía con los brazos cruzados.

—¿Estaba fingiendo? —increpó con el entrecejo fruncido, observando la espalda de Helena que se iba alejando.

—Es una oportunista de primera, y te ha manipulado con demasiada facilidad. —El duque resopló con fastidio—. No te dejes embaucar por mis hijos, Henry, o tendremos más problemas. Helena, con unos cuantos mohines, te ha conmovido hasta los huesos; su don es la persuasión y ha tenido un maravilloso maestro. No vuelvas a olvidarlo —advirtió con resignación—. Ahora tendremos que ir a ese tonto baile por tu culpa.

—¿Disculpe? —cuestionó indignado el marqués—. Me siento realmente ofendido, pero sobre todo, utilizado.

—Ten cuidado con John, o te puedes meter en peores líos, y no provoques a Susan, o no le importará lo mucho que le agradas para romperte el corazón. —Arthur se sacudió el pelo, crispado, como si no lo hubiera escuchado—. Recuerda que son mis hijos, antes de querer entrometerte en este tipo de asuntos.

—Entonces, ¿iremos al baile? —indagó con sutileza.

—¿Piensas que Helena nos dejará en paz con esa tonta idea? —inquirió Arthur y Henry negó—. Pues ahí tienes la respuesta.

—Susan ¿con quién irá?

—Asumo que con FitzGerald —musitó el duque—. Seguramente, Louise ya lo ha

planeado todo meticulosamente y ella no se negaría a hacerle un favor a la hija de los condes. Helena tenía razón cuando te advirtió que no intentarás sabotear los planes de esa pequeña bruja, o Susan jamás te lo perdonará.

—¿Pequeña bruja? —indagó Henry, asombrado.

—Louise, la hija de Essex... —avisó—. Le digo así con cariño, desde que era pequeña. —Arthur sonrió—. Si piensas que Helena es una experta en el arte de la persuasión, espera a conocer a la condesa de Harrington.

—Ya veo... —emitió un hondo suspiro—. De todos modos, no me agrada la idea de que Susan sea la acompañante de otro caballero que no sea yo.

—A mí tampoco. No me terminan de cerrar la actitud Leinster, pero Harrington desea convertirlo en su aliado en la cámara de los lores; ambos fueron miembros del parlamento antes de heredar sus respectivos títulos —explicó secamente—. Louise apoya sus ideas innovadoras, y a pesar de su edad, estoy seguro de que te sorprendería con sus ideales políticos. A Susan no le interesan esos temas, pero haría cualquier cosa por su amiga, son como hermanas y no te conviene tenerla de enemiga. Es de armas tomar como...

—Como su madre —terminó Henry por él—. Tiene que ser de ese modo, pues lord Essex es el caballero más conservador y reservado que he conocido en mi vida.

—Bien. Ahora, vayamos a conversar en la privacidad de mi despacho de cómo resolverás la situación del club...

—Pero, el asunto de la mascarada... —Henry seguía sin estar de acuerdo con los planes de la condesa de Harrington.

—Ese tonto baile es irrelevante. —Arthur le restó importancia a la preocupación de Henry—. Tú serás el esposo de Susan... en cuanto la convenzas y resuelvas todo lo concerniente a nuestros negocios —añadió con cierta presión en sus palabras—. Pero, ten la tranquilidad de que ese intrigante de Leinster, no tendrá nada que ver con mi hija.



Tras haberla dejado en ascuas, Susan había ido al solárium para pensar en privado. Y eso le había hecho mucho bien. Nunca en su vida había tenido que enfrentarse a tal contrariedad: el marqués la había invitado tácitamente a su cama, y ella encantada acudiría a su lecho para recibir otra lección. Sin embargo, a pesar de estar dispuesta a entregarse a él, no estaba segura de si Henry la cortejaba porque en verdad le importaba ella, además de su cuerpo, y por supuesto, por encima del acuerdo que tenía con su padre.

Sabía que lo había herido en su orgullo rechazando su oferta de matrimonio, mientras con entusiasmo se dejaba seducir por su persona; sin embargo, estaba más que claro para ella que tarde o temprano lo terminaría aceptando, en vista a los acontecimientos que se llevarían a cabo en la noche; ya había tomado una decisión. Además, el hombre que había salvado no la buscó en todos esos años; sería demasiado ridículo seguirlo esperando, y perder la oportunidad de entregarse al torrente de emociones que a aquellas alturas fluía en sus venas, y del cual era

totalmente responsable lord Bristol.

En la noche, la cena transcurrió en un tenso silencio. Sus tíos y Thomas se habían marchado hace dos semanas para asistir a Louise en los preparativos de su tan esperado baile, sus padres conversaban amenamente con John que pronto regresaría a Oxford y Helena estaba ensimismada en sus propios pensamientos. No obstante, sentía la mirada punzante de Henry, clavada sobre ella.

—Si me disculpan, me retiro a mi habitación. —Se disculpó con sus padres que asintieron con la cabeza y subió como alma que lleva el diablo las escaleras, atrapada por la incertidumbre de lo que le sucedía al marqués.

Era evidente que algo le disgustaba. Ni siquiera cuando le había dicho que «no» a su oferta de matrimonio, le lanzó esa mirada gélida e intimidante con que la vio durante la cena. Suspiró, tocando la campana para que Fanny acudiera a ayudarla a cambiarse y se dijo a sí misma que eran solo suposiciones y que los nervios por lo que haría, le estaban jugando en contra.

Aun era temprano, por lo que, abrazada a sus piernas y con la barbilla apoyada en las rodillas, permaneció en el canapé apostado frente a su ventana, observando el exterior sin en realidad ver nada. Cada vez que recordaba el incidente de hace cinco años, su corazón se oprimía por la ansiedad de saber qué había ocurrido con el caballero que ayudó. La conexión que tuvo con ese hombre le seguía sacudiendo el pecho y había esperado todo ese tiempo por él. Inexplicablemente, ese día en particular, sentía una ansiedad desmedida por saber de su paradero, si seguía vivo, si la había olvidado o la estaba buscando.

Un nudo se formó en su garganta y la embargó unas inmensas ganas de llorar. Respiró varias veces para serenarse, cerrando los ojos. Enigmáticamente, los iris verdes de Henry se colaban en sus pensamientos, y de la ansiedad angustiosa pasó a la impaciencia por volver a sentir sus labios sobre su piel, succionando su boca, con sus manos presionando su carne. Tragó con esfuerzo y decidió que ya era hora.

CAPÍTULO 13



«¿Qué diantres haría?». La frustración que había podido controlar durante la tarde y la cena, en ese momento le estaba provocando graves consecuencias a su cuerpo y a su genio. Sus músculos tensos pedían a gritos que se deshiciera de la camisa que se ajustaba a su carne. El fular anudado a su cuello lo estaba ahogando, aunque sabía que los motivos por los que se encontraba de esa manera, nada tenían que ver con la ropa. Luchando contra sus propios demonios para no ir él mismo a los aposentos de Susan y reclamarle todo lo que se había enterado esa tarde, en relación a su asistencia a la maldita mascarada, empezó a quitarse la chaqueta, lanzándola a uno de los sillones.

Se sentía desilusionado, con un nudo en el corazón que parecía imposible de mitigar. Le dolía... pero no podía hacer nada, además de esperar. Esperar a que ella lo llegara a querer, esperar a que se sintiera lo suficientemente segura para decirle que sí a su propuesta de matrimonio. De momento, confesarle que tenía sentimientos por ella, sería estúpido y sonaría hasta ridículo. Ya podía imaginarla, riéndose en su cara si se lo revelaba. De todos modos, sin los argumentos correctos, ella nunca le creería y lo comprendía.

Observando a través de la ventana, mientras desabotonaba su camisa blanca de seda, se preguntó si a Susan le agradaba el susodicho duque de Leinster. Como todo hombre experimentado, sabía que él no le para nada resultaba indiferente; al contrario. Si no fuese por su voluntad de hierro y su anhelo de meterla a su cama en las circunstancias correctas, ella ya habría sido suya. Sin embargo, no pretendía que solo se sintiera atraída por él, y le irritaba que tuviera la intención de ser acompañante de otro hombre, cuando era consciente de la tensión y el deseo sexual que existía entre ellos.

Resoplando por el fastidio, terminó de deshacerse de la camisa y prosiguió a servirse una copa de brandy. Necesitaba relajarse y si no aliviaba su ánimo, al menos con el alcohol, se moriría turbado con su propia rabia.

Tomó asiento en uno de los sillones, frente a la chimenea. Se descalzó las botas, estiró las piernas, cruzándolas y se acomodó en el mullido sillón, bebiendo despacio sin apartar del fuego, su mirada cargada de ofuscación. Estaban ocurriendo demasiadas cosas extrañas en el club, y él no tenía cabeza para nada más que su bella y obstinada prometida. El maldito de Huntly se había embriagado e ido de boca, mencionando su nombre, y Rivers, un vicioso del juego que encontró la ruina de propia voluntad, había decidido cobrárselas a él que no tenía la más mínima culpa de que fuese un pésimo jugador.

No le había dicho nada a su excelencia porque Alexander era su amigo, lo apreciaba como

a un hermano, y sabía que el duque no se lo perdonaría. Ahora solo quedaba resolver la situación deshaciéndose de Rivers, antes de que tuviera las pruebas necesarias para gritarle a toda la ciudad que su nombre estaba detrás del Fortune, la casa de juegos más sofisticada e importante de Londres. Si el susodicho aún no había hecho correr la voz, era porque no tenía la certeza sobre la identidad del propietario, e intuía que los intentos de sabotaje en el establecimiento tenían como propósito provocarlo y que develara su identidad, pues todos los caballeros de su círculo sabían que tenía un muy mal carácter.

No tenía otra alternativa más que adelantarse a los hechos y hacer lo que Lancaster le había ordenado, y si Huntly deseaba seguir respirando, tendría que ayudarlo.

Bebió todo el contenido de su copa y se levantó para servirse un poco más, caminando despacio hasta el aparador donde reposaba una bandeja con la botella. Respiró profundamente y sorbió de un solo trago la medida que se sirvió. Un ardor estimulante recorrió sus venas, recordándole de nuevo a su obstinada prometida, a quien deseaba con locura; le había gustado desde que la vio en el bosque, y se terminó de preñar en la cena. Sin embargo, su admiración creció peligrosamente el día del atentado, cuando ni siquiera sabía que se trataba de la mujer para quien había reservado su corazón. Ahora que todo encajaba divinamente, no tenía ningún tipo de reparos para no casarse con ella, y sin embargo, le faltaba algo, y era precisamente lo que él más deseaba, lo que anhelaba en lo más hondo de su insatisfacción: que ella sintiera más que deseo, que ella solo lo viese a él, que solo lo considerase a él, que no tuviera que dedicarle su tiempo a otro hombre, que su corazón fuese de él. No quería ni pensar lo que sucedería en el maldito baile, si ella salía a la pista con el fulano duque. Estaba seguro que no lo resistiría.

Con el ceño fruncido, se sirvió otro trago y apretó los labios, insatisfecho y jurando al cielo que ella lo amaría, cuando oyó el movimiento de la puerta que se abrió despacio. Henry se volvió para observar a la mujer que era la causante de todas sus frustraciones, con un candelabro en la mano, vestida con camión y bata de seda que dejaba muy poco a la imaginación. Parpadeó, sorprendido, y recordó el reto explícito que le había hecho en la mañana. Pensó que no sería tan imprudente como para acudir a sus aposentos. Sin embargo, para su regocijo, se había equivocado.

Susan lo observó absorta, mientras sostenía la vela que iluminaba el hermoso cuerpo del marqués. Lo encontró de pie, bebiendo y prácticamente desnudo. La garganta se le secó y por instinto se humedeció los labios, entreabriendo la boca para tragar saliva, con los ojos clavados en sus brazos y hombros anchos que se tensaron en cuanto la vio.

Tuvo el tiempo suficiente para impregnar en su memoria las líneas que esculpían cada músculo contraído, dejándose llevar por la curiosidad con esa inspección fascinante. El deseo de tocarlo, de extender su palma sobre ese pecho duro con vellos negros, le resultó insoportable. Emitió un fuerte suspiro, en tanto un estremecimiento imposible de controlar le recorrió todo el cuerpo.

Cerró la puerta tras ella y caminó hasta el centro de la habitación sin dejar de escrutarlo. Parecía sorprendido, y ella no lo culpaba. Lo que estaba haciendo, lejos estaba de lo que se esperaba de una dama con decoro, y estaba segura que lo apuntaría en esa tonta lista de objeciones que tenía en relación a su conducta. Sin embargo, ¿quién podía culparla? El causante de que hubiera perdido la cordura, para acudir a los aposentos de un hombre a quien no había aceptado como marido, era únicamente él.

Se detuvo a una exigua distancia, paralizada, sin poder moverse ni apartar la vista de ese hombre de ensueño, esperando a que saliera de su estupor y la acogiera con los brazos abiertos.

La luz de la vela realzaba la silueta de la mujer que lo estaba invitando tácitamente a tomarla entre sus brazos. Contuvo una maldición y dejó sobre el aparador su copa, buscando un atisbo de disuasión en esos ojos pardos que lo estudiaban fascinados. Su aplomo, su mirada penetrante que lo quemaba y traspasaba, le nubló por completo el juicio y su propia mirada bajó hasta aquellos labios grandes, bien proporcionados, repujados con la intención de hechizar. Y en efecto, le embrujaban, porque no podía apartar la vista de ellos y moría por volver a probarlos.

Suprimió el trecho que los separaba, tomó el candelabro de la mano de Susan y regresó sobre sus pies hasta el aparador, para colocar allí la vela. Se volvió hasta ella y sin decirle nada, acunó su mejilla izquierda. Con el corazón desbocado, respiró hondo y se concentró en las sensaciones que aquel simple contacto le provocaban en una parte específica de su anatomía.

Susan tragó saliva y respiró con dificultad en la desesperada necesidad de regular sus sentidos, mientras la palma del marqués llenaba esa parte de su cara. Había tomado una decisión que no sabía si era la correcta, pero no pensaba retractarse... no podía hacerlo; su voluntad estaba rendida al hombre que le sostenía la mirada con la pregunta impregnada en sus ojos verdes: ¿estás segura?

Henry discurrió sus ojos por la tez ruborizada de Susan, resbalando la vista nuevamente a su boca, a su cuello y más abajo, donde una fina seda ocultaba la firmeza y exuberancia de unos prominentes senos cuyos pezones se erguían puntiagudos. Se tragó una fiera maldición cuando la pequeña, caliente y temblorosa mano de la joven, tocó su torso desnudo, hundiendo los dedos en el vello rizado y deslizando despacio toda la palma hasta dar con la cicatriz que tenía en el hombro derecho.

Con el pulgar y los ojos fruncidos, Susan realizó un movimiento circular sobre la marca. Sin siquiera pensarlo, acercó sus labios y besó esa huella que imaginó había sido secuela, de uno de los tantos atentados que sufrió el marqués.

—Susan... —Henry gruñó excitado, mientras ella apartaba la cara de su torso. Sus manos fueron a parar a la cintura de la joven y ella levantó la mirada hasta sus ojos.

—¿Dolió? —preguntó, ignorando el tono de censura del marqués.

—Estuve a punto de morir. Si no fuera por... —calló, recordando la promesa que le había hecho al duque—. Pensé que no querías nada de mí —mencionó con un deje de impaciencia.

—Sabes perfectamente que eso no es cierto —musitó y respiró hondo, mientras sus sentidos clamaban la satisfacción de sentir el sabor de su boca.

Leyendo sus pensamientos, el marqués depositó un suave beso en sus labios, arqueando una ceja con un gesto imperioso, como si aquella respuesta no fuese suficiente para excusar su presencia en su habitación.

—Esto no está bien —replicó él con una mueca, juntando sus frentes—. Al menos, sin una respuesta de tu parte —insistió, restregando su cuerpo al de Susan que se limitó a sonreír.

—Me has pedido que venga... —refutó, como si fuese lo más evidente—. No creo haber entendido tan mal.

—No medí mis deseos; la verdad, no imaginé que vendrías, aunque estoy complacido de que lo hayas hecho —volvió a besarle los labios, esta vez hundiendo su lengua en su cavidad—. Lo que me lleva a suponer que has tomado una decisión respecto a mi oferta de matrimonio —gruñó sobre su boca.

Susan le rodeó el cuello con los brazos, mientras sonreía sobre los labios de Henry que volvió a arremeter con su lengua, en tanto sus manos recorrían su espalda con firmeza.

—Mi padre ya ha decretado que serás mi marido, ¿qué más quieres? —replicó impaciente, devolviendo el beso y con la cabeza dándole vueltas por la punzante satisfacción que sintió, cuando las manos de Henry, tenaces y diestras, comenzaron a dibujar cada recodo de su cuerpo.

Él deslizó sus palmas por la curvatura de sus caderas, presionando con fuerza sobre la carne de sus nalgas.

—No me importa lo que tu padre dictamine. —Sus dedos se hundieron con lujuria, y la mano izquierda siguió deslizándose más abajo, hasta la rodilla, tirando con maestría en pequeñas y ágiles arrugas la tela del camisón hasta dar con el pliegue.

Levantó la prenda de dormir hasta sus caderas y metió las manos debajo de la seda, sintiendo el contacto de sus palmas con la tersa carne de Susan.

—Pensé que solo has venido porque él te lo ordenó... —jadeó cuando percibió que sus caricias se volvieron más vehementes; un placentero calor se concentró en su vientre al percatarse de que una de sus manos se coló hasta la altura de su pecho, cerrándose en torno a su pezón.

—Eso cambió desde que puse un pie aquí, lo sabes... —Siguió succionando los labios inflamados de Susan, presionando uno de sus senos; con la otra mano apretó su espalda baja contra él con el único propósito de hacerle sentir su ardiente y tiesa virilidad, de hacerle saber cuán apasionante le resultaba tenerla de aquel modo: entregada y apasionada, dispuesta a todo.

—No tengo otra alternativa más que casarme contigo. ¿Qué más quieres? —repitió, retorciéndose por aquellas caricias en partes de su cuerpo que nunca nadie la había tocado.

Sin interrumpir el beso, Henry bajo las manos hasta sus nalgas y la levantó, obligándola a enrollar las piernas en torno a su cuerpo, y anduvo hasta la cama. Se sentó en el borde, dejándola a horcajadas, sentada en sus piernas.

Rompió lentamente el contacto de sus bocas y la inclinó con sutileza hacia atrás, sujetándola con los brazos alrededor de la cintura.

—Tu amor, tu lealtad, tu devoción y aceptación completa. No me conformaré con menos, Susan, y no me importa lo que su excelencia piense. De hecho, si hubiera sido por él, ya me habría echado a patadas de aquí para alejarme de ti... —confesó, contemplando con determinación sus ojos brillantes, brumados por el deseo.

Susan parpadeó y de repente ya no pudo respirar. El desconcierto que gobernó sobre su corazón, hizo que el ritmo de los latidos en su pecho la escandalizaran; era un palpito ensordecedor, imposible de reprimir y difícil de explicar.

—¿Y tú? —cuestionó temerosa, estudiando su rostro, mientras su dedo cinceló su nariz desde la frente hasta caer sobre sus labios—. ¿Qué me ofreces, Henry?

—Absolutamente todo —respondió con una certeza en la que no cabía dudas—. Lo que reciba, siempre lo retribuiré del mismo modo, y de ti lo quiero todo, Susan, todo...

Aquellas palabras tocaron la fibra más sensible del corazón de Susan, y esa mirada que le prometía que todo lo que decía era verdad, fue aliciente suficiente para que se olvidara de todo y se entregara en cuerpo y alma al hombre que la veía con una devoción jurada, con una promesa de lealtad que jamás se rompería. Presa del deseo y el anhelo, se deslizó la bata por los hombros, quedando en camisón, con un largo y sinuoso suspiro.

Fuera de todo lo que ese momento estaba sintiendo, no le concernió absolutamente nada más y levantó los brazos, sin romper el contacto con la mirada de Henry que comprendió su petición y deslizó hacia arriba la prenda de dormir, dejándola desnuda con los pechos erguidos y palpitando como un tambor.

Henry ya no pudo seguir preguntando si aquello era un «sí» a su tan desesperada propuesta. Estaba pasmado, despojado de todo raciocinio, y decidido a recrear su excitación en el cuerpo de sirena que se estaba entregando con absoluta convicción a él. Cuando Susan bajó la cabeza y depositó en su boca el beso más inmaculado que había recibido jamás, lo despojó de su alma y voluntad, para volverlo su esclavo más fiel y leal.

No tardó demasiado en responder con avidez, en deslizar su boca por todo su cuello, en atrapar entre sus labios sus pezones rosados y puntiagudos por la excitación. Sus brazos presionaron sus caderas y en un sutil movimiento de vaivén, restregó su dura virilidad en ella, que jadeaba y se arqueaba enfebrecida.

Sin poder soportarlo, se puso de pie con ella a cuestas y la recostó con delicadeza en la cama. Su respiración desenfadada, el deseo de estar piel con piel encima de ella, lo obligaron a despojarse rápidamente de los pantalones, bajo la mirada expectante de Susan que sin vergüenza le recorrió todo el cuerpo con los ojos. Sus senos subían y bajaban rápidamente; su piel se veía levemente sonrosada, y murmurando una blasfemia, Henry se volvió a ella y subió a la cama.

Se colocó encima de Susan, con los codos sosteniendo su cuerpo y la besó con ternura, despacio, explorando con la lengua toda la boca, chupando con cuidado cada labio. Las manos de Susan rodearon su cuello, mientras respondía al beso tal y como el marqués le había enseñado. Se sentía abrumada, dispuesta a todo por llegar al sublime final de aquella lección.

Henry deslizó sus manos desde las caderas hasta el muslo, recorriendo con suavidad esa sedosa piel, en un camino que terminó entre las piernas de Susan. Aumentó la intensidad del beso y sus dedos se hundieron con cuidado entre los rizos que ocultaban aquella húmeda y caliente intimidad. De repente, la sintió tensarse, deteniendo los movimientos de su boca, pero él volvió a arremeter con su lengua para distraerla. Su dedo la fue acariciando con suavidad, y comenzó a moverse con insistencia sobre el botón de carne, descendiendo, recorriendo el relente de aquella casta entrada que él pensaba irrumpir y corromper a gusto.

Susan sintió la irrupción de unos hábiles dedos y hundió sus uñas en los hombros del marqués cuando invadió su humedad. Por instinto, abrió un poco más las piernas, en tanto el tacto del caballero la sondeaba, hundiéndose y saliendo pausadamente de su interior. Sin embargo, se arqueó cuando aquellos movimientos fueron más rápidos y deliberados, y una oleada de calor se apropió de todo su cuerpo. La boca de Henry ahogó su grito, cuando sintió infinitas punzadas en cada parte de su carne, seguido por un estremecimiento que le dejó el corazón martilleando en su pecho con fuerza.

—Eres exquisita, Susan... —murmuró enfebrecido sobre su boca—. Te deseo tanto, te necesito... —volvió a arremeter con su lengua, en tanto metía su cuerpo entre las piernas de la joven.

La besó con vehemencia, recorrió cada rincón de su cuerpo, salpicando con besos toda su piel. Sus senos, succionando los pezones; su ombligo, jugando con su lengua... no cabía en su mente todo lo que deseaba hacer con ella, en su cuerpo, en su carne, a esa apetitosa y hechizante boca que lo enloquecía. Regresó a buscar de nuevo sus labios y se apoderó de ellos en un beso abrasador, acomodándose sobre su cuerpo.

La punta dura del miembro caliente, tanteó despacio la entrada estrecha y mojada. Susan estaba abandonada a la pasión, deseosa por descubrir qué venía después. Por instinto, comenzó a mover las caderas, levantándola mientras jadeaba.

—Shhh, no comas ansias y confía en mí.

Ella tragó con esfuerzo y afirmó con la cabeza.

—Abre los ojos, cielo. Mírame —dijo imperante, y ella obedeció—. Serás mías, Susan, y ya no podrás deshacerte de mí después de esto. ¿Lo sabes? —Ella afirmó con la cabeza—. Te quiero... —susurró, acomodando los cabellos que se adherían a su cara—. ¿Me deseas? —inquirió, en tanto su virilidad se abría paso en el interior de Susan que entrecerró los ojos. Henry la besó y de un empujón, se hundió en ella, haciéndose con su castidad. Susan no pudo evitar gritar por la sorpresa y él la consoló con besos—. No me moveré hasta que tú me digas.

Permaneció quieto, hasta que la sintió removerse debajo de su cuerpo, cosa que para nada lo estaba ayudando. La sentía prieta, tensa, ardiendo; sin embargo, el dolor que implicaba tolerar aquella postura, estaba acabando con su paciencia.

—Henry... —musitó Susan, con aquella incómoda intromisión que poco a poco cedía más.

El marqués ya no soportó la tensión y, dominado por el instinto, la embistió con fuerza, más rápido, más hondo, haciéndola suya por completo.



Un par de horas después, los dedos de Susan jugaban con los densos vellos que cubrían el pecho duro de Henry, completamente desnuda, con sus piernas enredadas a las del hombre que acababa de hacerla suya de muchas maneras. Sonrió como una tonta, recordando cómo esas hebras negras le habían raspado los pezones, en tanto su dura carne la llenaba, hundiéndose en el interior de su cuerpo una y otra vez, con fuertes y certeros embistes. De solo evocarlo jadeante, ardiente, con sus manos presionando en las partes justas, un deseo abrumador se apoderó de sus sentidos y añoró tenerlo de nuevo de aquella forma, encima de su cuerpo, mientras ella se retorció como serpiente y gemía su nombre.

—¿En qué piensas, cielo? —preguntó Henry, cuando oyó su suave suspiro. La abrazaba con fuerza, reteniendo la mitad de su cuerpo encima del suyo.

—En que me gustaría repetirlo... —respondió, con una sonrisa bribona.

Henry Sonrió satisfecho.

—Lo podremos repetir todos los días de nuestras vidas, si aceptas ser mi esposa. —La tumbó de espaldas y subió sobre su cuerpo—. Me debes una respuesta, Susan —la miró a los ojos, ansioso por escuchar un «Sí».

—Me acabas de corromper, no tengo elección...

—Pero no me conformo que solo aceptes por obligación —replicó frustrado, mientras ella se reía—. No es gracioso, Susan. Para mí es muy importante que aceptes mi propuesta, pero por los motivos correctos.

—Y, según tú, ¿cuáles son esos motivos?

—Sigues jugando con mi paciencia como la primera vez —amagó con apartarse de encima de ella, pero Susan enrolló sus brazos a su cuello—. Estoy hablando muy en serio. —Henry frunció sus cejas y tragó saliva.

—En cuanto estemos en la ciudad, puedes gritarle a todo Londres que seré tu esposa. ¿Contento? —inquirió Susan.

Henry sonrió y afirmó con la cabeza, aunque no convencido del todo.

—¿Cuándo le diremos a tus padres?

—En la ciudad, Henry. Sería muy sospechoso hacerlo aquí, así tan... de repente. —Besó los labios del marqués para convencerlo.

—Susan, no quiero que vayas al baile de los Harrington —dijo de pronto, emitiendo un resoplido de fastidio—. No quiero que seas la acompañante de ese duque ni de nadie más.

—No seré precisamente su acompañante; solo iré al baile y departiré con algunos amigos. Después regresaré sana y salva a casa, y tú y yo nos reuniremos para anunciarle a nuestros padres que vamos a casarnos. Por cierto, debo conocer a tu madre...

—Estás cambiando de tema —le reprochó Henry—. Es injusto.

—No puedes sentir celos de un baile, y en todo caso, no puedes prohibírmelo. —Lo empujó, aunque Henry ni siquiera se agitó—. Aun no nos hemos casado, ni siquiera eres oficialmente mi prometido, y ¿ya quieres imponerme tus órdenes? —Volvió a empujarlo sin éxito—. Hazte a un lado, quiero levantarme.

—Susan, no dejaré que te marches y menos de esta manera. —La tomó de las muñecas y apresó sus brazos sobre la cabeza—. ¿Por qué no puedes ponerte en mis zapatos? Siento celos, unos incontrolables y horribles celos —explicó, mirándola a los ojos.

—Lo entiendo, pero ¿por qué no puedes confiar en mí? —refutó ella—. He venido aquí, porque estar contigo es lo que más deseo. Entregarme, sin siquiera tener la certeza de que nos casaremos, ¿no es prueba suficiente de que siento algo especial por ti? De que confío en tu palabra...

—Yo jamás te pondría en una situación similar, y confío en ti, pero no en los demás.

—Te estoy dando mi palabra de que no sucederá nada más de lo que he dicho —insistió Susan—. ¿Puedes confiar en mí y dejar de hacer un drama por algo tan simple?

Henry no dijo nada, solo la observó con los ojos fruncidos.

—Es mejor que regrese a mi habitación —dijo Susan, resignada a que no llegarían a ningún acuerdo.

—Está bien —cedió Henry de mala gana. besó los labios de Susan que sonrió encima de su boca—. No creas que siempre te saldrás con la tuya.

—Espero que no lo pongas siempre tan fácil, terminaré aburriéndome pronto... —bromeó ella.

—Susan... —contestó con censura.

—Mejor deja de hablar y bésame. Quiero que me hagas tuya de nuevo.

Henry solo negó con la cabeza, y arremetió con su lengua en su cavidad.

CAPÍTULO 14



Se acaba de despedir de Susan, con la promesa de formalizar su compromiso una vez que ambos estén en Londres. Sin embargo, los golpes en la puerta lo hicieron regresar sobre sus pasos para abrirla, pensando que Susan había olvidado decirle algo. Con una tonta sonrisa, giró la manija del picaporte y tiró; sin embargo, la sonrisa se le borró cuando sintió el cañón de una pistola en su frente, precisamente entre los ojos.

Por instinto, levantó ambas manos y retrocedió, en tanto su visitante avanzaba los mismos pasos y cerraba la puerta tras su espalda.

—No me importa lo que Susan diga, o lo que mi padre piense al respecto, pero de que te casas con ella, te casas. —La voz de John, aunque no era elevada, tenía un matiz amenazador que dejaba en claro que no estaba bromeando.

—John, baja el arma —dijo Henry con aparente tranquilidad.

Sin embargo, John presionó el martillo en señal de ultimátum.

—¿Cuándo será la boda? —increpó el castaño de ojos fieros a quien ni siquiera le tembló la voz, mucho menos la mano.

—Prometió que en Londres anunciaríamos la fecha. Si es por mí, sabes que ya me habría casado con ella. La quiero... —confesó Henry con absoluta convicción.

Y John lo sabía. Forjó una muy bonita amistad con el marqués y le gustaba mucho para su hermana. Sin embargo, aunque Susan siguiera negándose al matrimonio, no estaba dispuesto a permitir que Henry se aprovechara de sus dudas y que su relación no acaba en boda. Él se casaría con su hermana, sea por los motivos que fueren, y de eso se encargaría él en persona.

Más calmado, bajó el arma. En sus labios se formó una traviesa sonrisa y le palmeó el hombro.

—Hablaré con mi madre para que se encargue de los preparativos de la boda y una pequeña celebración con motivo de sus inminentes nupcias —notificó, sin dar lugar a las réplicas—. Ni bien pises Londres, pedirás una licencia especial, por si acaso... —John bajó su mirada y la detuvo justo debajo del ombligo del marqués. Con la ceja arqueada, volvió a mirarlo a los ojos—. Creo que he sido lo suficientemente claro, Henry.

—Bastante, pero Susan...

—Ella estará de acuerdo.

Dicho aquello, se volvió hacia la puerta. Sin embargo, antes de salir se detuvo y avisó:

—Tus hombres ya están listos para partir. Solo esperan por ti —cruzó el umbral, cerrando la puerta con cautela tras él.

Henry soltó el aire que había retenido en los pulmones y respiró más tranquilo.

O el padre, o el hermano... al parecer, uno de los Wellesley lo terminaría matando si Susan no cumplía con su palabra.



Londres

—¡Eres un verdadero imbécil, Alexander! ¿Cómo pudiste tener semejante descuido? —le reprochó Henry en su oficina del Fortune Club en St. James, a su amigo. El susodicho se tomaba de las sienes y entrecerraba los ojos de un modo cómico, mientras amortiguaba en su cabeza los gritos del marqués.

—Por el amor de Dios, ya no grites... —Estaba sentado, con sus largas y torneadas piernas estiradas y cruzadas, y el cuerpo medio hundido en uno de los sillones. La camisa parcialmente desabotonada y el pelo largo, rubio y alborotado, daba indicios de que no había pasado precisamente una noche tranquila—. Brodie, ¡ayúdame! —le suplicó con teatralidad al gigante pelirrojo.

Brodie lo miró con censura y negó con la cabeza.

—Te hemos ayudado más de lo que imaginas —replicó el pelirrojo con los brazos cruzados a la altura del pecho—. No tienes ni idea en el lío en el que estás metido.

—¡Pero si ni siquiera dije tu nombre! —Se defendió, acomodándose en el sillón y lanzándole una mirada a Henry—. Y tampoco tenía modo de saber que ese pusilánime se encontraba precisamente en el mismo sitio que yo. ¿Qué demonios hacía ahí? Digamos que no es un lugar que los pomposos lores ingleses suelen frecuentar. —Se dijo a sí mismo.

—Eres un idiota, Alexander. —Henry, que estaba sentado en el sillón de su escritorio, se puso de pie y caminó hasta él. Se detuvo delante de Alexander—. Ni siquiera te has percatado de que te han estado siguiendo. ¿Qué has hecho con los bonos que Rivers te entregó como pago?

—Los deposité en el banco, naturalmente. Fue lo primero que hice y luego salí de la ciudad. Fue cuando me detuve en aquel lugar para descansar —respondió como si fuera lo más evidente. Tampoco era tan estúpido—. ¿Qué tienen que ver esos bonos?

Brodie rompió en carcajadas y Henry bufó.

—Amigo mío, si no quieres arruinarte tal y como tu padre lo hizo, debes aprender a contar mejor. —Era precisamente el motivo por el que apoyaba a Alexander. Su padre le había heredado un título en ruinas, con numerosas deudas que saldar—. Es evidente que Rivers desea recuperar esos bonos. ¿No has leído las letras pequeñas? —indagó frustrado. Alexander negó—. Hasta dentro de tres meses, esos bonos no pueden ser canjeados, lo cual le da un margen de

tiempo suficiente a Rivers para recuperarlos. Ese maldito está desesperado.

—Pero los gané limpiamente, Henry, no se los robé y la mitad de los nobles ingleses fueron testigos de ese hecho —refutó.

—La mitad de esos lores que mencionas, quieren tu cabeza porque los has despojado de bastante dinero. Nadie abogará por ti. ¡Ya despierta! —Henry bramó furioso, caminando de un lado a otro.

—Pues pueden especular todo lo que quieran, yo no he hecho nada malo —insistió el rubio escocés.

—Casi me han matado y ¿te atreves a decir que no has hecho nada malo? —cuestionó el marqués de Bristol, bajando la cabeza hasta la suya para verlo a los ojos—. Estaba dando un paseo con mi prometida cuando fui atacado. ¿Te imaginas si algo le llegaba a suceder?

—¿Tú prometida? —fue lo único que Alexander escuchó—. ¿Tienes una prometida? —Miró a Brodie que asintió con la cabeza—. Y, ¿se puede saber de quién se trata?

—De la hija del Diablo... —le contestó Brodie con sorna, pensando que Alexander no lo comprendería.

Sin embargo, el marqués de Huntly abrió grande sus ojos azules y se incorporó de su sillón.

—¿La hija de Lancaster? —Escrutó a Henry de pies a cabeza, luego le tomó los brazos y lo inspeccionó con aparente sorpresa—. ¿Y has regresado en una pieza después de ese atentado?

Henry se sacudió de su agarre y lo reprendió con la mirada.

—Hasta un tonto como él lo descifró antes que nosotros... —dijo con sorna Brodie.

Alexander se acomodó de nuevo en el sillón y observó perspicaz a su amigo.

—Asumo que tu prometida se encuentra bien, y ese atentado no tuvo éxito —musitó con una sonrisa ladina y una ceja arqueada.

—Si no fuera por ella, estaría muerto. —Henry tragó saliva, recordando aquel hecho.

—¿Cómo es eso?

—Todo sucedió muy rápido, el atacante salió de entre los arbustos y ni siquiera tuve tiempo en encañonar la pistola. Cuando todo terminó, el hombre estaba con la mano destrozada y la bala, que debía darme en el corazón, se desvió y resultó en un insignificante roce en el hombro...

—Sigo sin entender.

—De un solo tiro, la hija de su excelencia le desmembró la mano al asesino, cuando vio que apuntaba hacia Henry —explicó Brodie—. Al parecer, es bastante precavida y ya tenía encañonada la pistola. Si hubiera sido otra mujer, Henry estaría muerto y todo por tu indiscreción.

—¿Sabe disparar? —A Alexander se le iluminaron los ojos—. Una esposa que sabe disparar. ¿Te imaginas todos los problemas que tendrás?

—Gracias al cielo que sabe hacerlo, o ya estaría muerto —reprendió Henry—. Lo malo de toda esa situación, es que el duque quiere que me deshaga del problema —arqueó una ceja, observando cómo el semblante de Huntly cambiaba de una expresión divertida a una de preocupación.

—No estarás hablando de mí, ¿o sí?

—Eso dependerá mucho de tu colaboración. De momento, no le he dicho nada sobre tu participación en los hechos —respondió con sarcasmo—. Debemos deshacernos de Rivers, antes de que ventile mi nombre.

—Pero no tiene nada de malo que sepan que eres dueño del club. —Alexander arrugó la frente sin comprender—. Deberías sentirte orgulloso.

—Alex, si mi nombre se asocia al club, pronto darán con la identidad de mi socio. —Henry tragó con esfuerzo—. Solo, no habría podido construir este sitio, con la reputación que Garrad levantó en contra de mi madre, de mí. Sin ayuda, el Fortune no existiría, y mi socio, con su posición, no desea que su nombre esté envuelto en un escándalo. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó al hombre que lo observaba con sus ojos azules sin comprender nada—. Además, si voy a casarme y formar una familia, puede resultar muy peligroso que se sepa la verdad. Así como Rivers está molesto por algo que ni tú ni yo tenemos la culpa, puede haber muchos más que intenten atentar en contra de mis allegados. ¿Ahora lo comprendes? —insistió el marqués y al fin, Alexander afirmó con la cabeza.

—Jamás pensé que te casarías...

—¿Es lo único que has escuchado? —lo reprendió Henry.

—He entendido perfectamente: Lancaster no quiere cabos sueltos, mucho menos, ahora que su hija se casará contigo. Si saben que eres dueño del club, la dama corre peligro y el nombre del duque se verá involucrado en un escándalo cuando se sepa que ha financiado un sitio donde despluman a sus pares. ¿He olvidado algo? —arrugó sus ojos azules.

Henry sonrió y miró a Brodie que afirmó con la cabeza. Después de todo, Huntly no resultó tan tonto.

—Nada, Alex. Espero que comprendas la magnitud de la situación y me ayudes a resolver el inconveniente, o su excelencia no permitirá que me case con su hija —explicó ansioso y preocupado—. Y si no me caso con ella, el heredero del duque me meterá un tiro entre los ojos.

—¿El heredero del duque? —increpó escandalizado—. Pero, ¿si debe ser un niño! ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte?

—Diecinueve —respondió Brodie—. Pero es igual o más intimidante que su padre, te sorprenderías...

—Henry, ¿estás seguro de que quieres emparentar con esa familia? —indagó preocupado Alexander—. El duque de por sí, ya da miedo. Su hija es una experta tiradora, y su hijo, que apenas es un crío, ¡te ha amenazado de muerte! ¿Estás completamente seguro de lo que harás?

—¡Por supuesto! —replicó con convicción—. No hay nada que desee más en esta vida que casarme con Susan.

—Así que Susan —dijo Huntly—. Lo hemos perdido, Brodie. —Se revolvió en su sillón

—. Se ha enamorado en un mes, ¡en un maldito mes! —Negó con teatralidad.

—Es imposible no enamorarse de esa joven y su familia. —Le dijo Brodie con una enigmática sonrisa—. Si conocieras a lady Helena, estarías tan o más encantado que Henry.

—¿Hay otra hija? —Brodie afirmó—. Y ¿son tan hermosas como la duquesa?

—Lo son.

—Aunque así fuese, prefiero no tentar a mi suerte. Primero muerto que emparentar con el duque. —Se sacudió espantado.

—De todos modos, el corazón de esa joven ya tiene dueño, y además, eres muy tonto para alguien tan inteligente como Helena. Caminaría sobre tu espalda en menos de lo que canta un gallo. —Henry negó—. Y hablar de mi futura cuñada, no es el propósito de esta reunión, lo cual nos lleva a ultimar los detalles de un plan que no tenemos, para callar a Rivers.

—Y ¿qué tal la mascarada de los condes de Harrington? —preguntó Brodie—. Rivers asistirá, al igual que todos los nobles de Londres. Con tantas personas, estoy seguro que nadie se percatará de la desaparición de un hombre...

—Podría ser —opinó Henry—. Solo si Huntly asiste, porque yo debo encargarme de un asunto personal.

—Tengo entendido que nadie podrá entrar sin invitación —contestó Alexander—. Y, ¿qué podría ser más importante que llevar a cabo el plan que salvará el pellejo de tu mejor amigo? —arrugó la frente, intrigado.

—El duque de Leinster pretende a mi futura esposa, y debo sabotear sus planes de conquistar a mi mujer —masculló con ira contenida. Alexander arqueó una ceja al igual que Brodie—. Al parecer, la condesa de Harrington y Susan son como hermanas, y le ha pedido el favor de brindarle unos minutos a ese hombre.

—Pero, si ahora es tu prometida, tienes el derecho a exigirle que no le haga ese favor...

—Ya lo intenté y no funcionó —resopló con fastidio—. Además, lady Helena me aconsejó que no insistiera en prohibírselo, y sugirió que fuésemos al baile con el propósito de que pueda impedir cualquier avance del caballero sin comprometer a nadie, o armar un escándalo.

—¿Y el duque no ha dicho nada? ¿No hará nada al respecto?

—Ese hombre se divierte con esta situación; me ha dicho que, como es mi prometida, que yo me ocupara del asunto.

—Entonces, prohibeselo.

—¡Ya te he dicho que no puedo, maldición! ¿Crees que me gusta hacer el ridículo, comportándome como un hombre celoso?

—No entiendo nada. — Alexander respondió exasperado.

—No puedo exigirle nada, porque nuestro compromiso no es oficial, y me ha amenazado sutilmente con no casarse, si a estas alturas ya pretendo prohibirle algunas cosas.

Alexander se quedó tan sorprendido que guardó silencio por varios minutos. Esa damita tenía sujetado de sus pelotas a Henry, y no había nada que hacer. Se mantuvo pensativo, hasta

que sus ojos brillaron al recordar una palabra. Se puso de pie y anduvo hasta el escritorio de Henry, colocó sus palmas sobre el mueble e inclinó su cuerpo para verlo a los ojos.

—Has dicho «mi mujer», no puedo estar equivocado al pensar en lo que esa palabra implica.

El marqués esquivó la mirada.

—Entonces tengo razón. —Huntly resopló—. Se casará contigo de todos modos, no creo que sea tan insensata como para rechazarte dadas las circunstancias.

—Pienso lo mismo, Alex. Sé que no le resulto indiferente, pero su obstinación es impredecible y no quiero provocarla —explicó con un nudo en la garganta—. Su padre me lo advirtió y resulta que ese hombre siempre termina teniendo la razón. No quiero tentar a mi suerte, y no quiero ponerla en una situación incómoda.

—¿Estás diciendo que prefieres dejar que ese pomposo duque, intente seducir a tu mujer?

—Estoy diciendo que prefiero conservar mi dignidad y confiar en ella. Me ha asegurado que solo será un momento para no quedarle mal a su mejor amiga. Después de todo, se lo prometió antes de que yo llegara a su vida y según Helena, a ella no le interesa el caballero. Sin embargo...

—Con tu genio, estoy seguro que no lo soportarás, asumiendo lo que ya sabemos —concluyó Huntly y Henry afirmó.

—Te conseguiré una invitación para que asistas al baile.

—¿Y como por qué o para qué? —Alexander parpadeó desconcertado.

—Necesitaré que me cubras con lady Helena, mientras yo vigilo a su hermana.

—No seré carabina de una jovencita que, según tú, podría estar caminando sobre mi espalda. Ese tipo de mujeres son peligrosas y no tentaré a mi suerte. —Se negó.

—Podríamos aprovechar la situación para vigilar a Rivers y decidir cómo y cuándo nos desharemos de él. Estoy seguro que mientras antes nos ocupemos, menos posibilidades tienes de aparecer flotando en el río. —Le recordó el marqués con una sonrisa.

—Sigo insistiendo en que deberías meditar un poco más, sobre tu decisión de emparentar con esa familia. ¡Son un verdadero peligro!

—¿Eso es un sí? ¿Me apoyarás?

—¿Acaso tengo alternativa?

—No lo creo.

—Entonces, no hay nada más que pueda decir.

—Mejor, organicemos la situación para que no se nos escape nada y prevenirnos por si lord Rivers intente de nuevo atacar —sugirió Brodie y ambos caballeros asintieron.

CAPÍTULO 15



—El marqués ¿no está al corriente de que hemos llegado a la ciudad? —Le preguntó Helena a Susan, mientras se terminaba de probar el vestido color beige que usaría esa noche en la fiesta, junto con una máscara del mismo color a juego—. Asumo que no, o ya habría venido a verte. —Se respondió ella misma.

—No he querido avisarle... —susurró Susan, mirándola a los ojos en lo que Fanny terminaba de quitarle el vestido para plancharlo y dejarlo impecable—. Puedes retirarte, Fanny. Helena me ayudará a vestirme. —Le ordenó a la doncella para que la dejara a solas con su hermana.

En cuanto Fanny cerró la puerta, Helena preguntó:

—Se puede saber ¿por qué?

—Porque no quiero reñir con él.

—¿Por qué deberías de hacerlo? —indagó desconcertada la menor de las Wellesley—. El marqués te venera, no creo que sea capaz de molestarte con una discusión sin sentido.

—Por la mascarada —musitó sin atisbo de emoción—. No estoy segura de que le agrade que le dedique unos minutos de mi tiempo a Charles —explicó, haciendo alusión al duque de Leinster.

—Entonces, no deberías de hacerlo. Después de todo, lord Bristol es un buen hombre, te quiere y será tu esposo —manifestó Helena con suavidad para no hacer enfadar a su hermana.

Susan la observó culpable, mientras un nudo le oprimía el corazón.

¿El marqués la quería? ¿Sería eso posible? Se lo había dicho cuando la hizo suya, pero, era muy pronto para sentir amor. ¿O no?

Sacudió mentalmente la cabeza y prefirió no pensar en la honestidad de los sentimientos del hombre a quien se había entregado en cuerpo y alma. De solo evocar esa noche, se estremecía sin poder evitarlo.

—Se lo prometí a Louise —fue la respuesta seca que le dio a Helena.

—Estoy segura de que lo entenderá si le explicas las nuevas novedades —refutó su hermana.

—Es muy tarde para hacer eso, Helena. Además, será solo un tonto baile. Conversaré unos minutos con el caballero, le concederá un baile y regresaré a casa —explicó fastidiada,

sintiéndose mal por el marqués—. John me escoltará para asegurarnos de que así sea.

—¿John asistirá a un baile? —preguntó con incredulidad la menor de las hermanas, pues sabía lo que su hermano pensaba de esos eventos.

—Solo hasta la entrada —aclaró Susan, divertida—. Tampoco le agrada la idea de que asista al baile sin que Henry me acompañe, hasta me ha exigido que fije la fecha de la boda con el marqués. No sé qué le está ocurriendo; está más insistente que nuestros padres.

—Bueno, convengamos que se ha puesto en los zapatos del pobre caballero —replicó Helena, sin todavía mencionarle que ella también iría a la mascarada—. Lo positivo de todo el asunto, es que si lord Bristol se encontrara en tu situación, no tendrían problemas porque a ti no te molestaría que él hiciera lo mismo, ¿cierto?

—¿El qué no me molestaría? —Susan frunció el ceño. Helena le estaba cerrando el vestido de mañana color azul pálido y no le podía ver la cara.

—Que tu futuro marido acompañe a otra dama a un baile.

—Henry no me haría tal cosa.

—Pero, si tú estás haciendo precisamente eso. —Le recordó de un modo inocente—. ¿Por qué te molesta pensar en que él haga lo mismo?

—Porque es distinto, Helena. Yo tenía un acuerdo con Louise antes de que él llegara a Haven House. Si él hiciera lo mismo ahora, sería premeditado y adrede —excusó, inevitablemente furiosa.

—Bueno, supongamos que en un futuro seamos familia y yo no tenga carabina para algún evento. ¿Te molestaría si él me acompaña? —sondeó con suavidad, sin dejar de sonreír cuando su hermana dio media vuelta y la vio a la cara.

—Eso es distinto, y por supuesto no me molestaría. —Susan respiró más tranquila.

—Me alegra saberlo —replicó también aliviada—, porque me llevará esta noche al baile. —Helena se volvió hacia la puerta para marcharse, pero la voz de Susan la detuvo.

—Helena, detente.

La menor de las hermanas respiró hondo y entrecerró los ojos, volteándose para enfrentar a la mayor con una de sus radiantes sonrisas.

—¿Me puedes explicar que está ocurriendo? —Susan la traspasó con la mirada—. Siéntate y cuéntemelo todo.

Helena caminó hasta la butaca del tocador de Susan y tomó asiento allí.

—Bueno, yo quería ir a la fiesta, pero padre se negó en rotundo. ¿Puedes creerlo? —Sus ojos la observaron como si fuera la peor de las desgracias que el duque se hubiera negado.

—Helena...

—Bueno, lord Bristol estaba tratando de convencer a padre de que fuese a la mascarada para mantener a raya al duque de Leinster —arrugó sus ojos y ladeó la cabeza—. No estaba de acuerdo con que otro caballero fuese tu acompañante.

—¿Estaba molesto? —indagó Susan, con su corazón palpitándole frenético porque solo podía significar que el marqués estaba celoso.

—¡Mucho! Incluso le suplicó a padre que te prohibiera ir, el pobre no podía con sus celos —suspiró, percibiendo que hablarle de los celos del marqués a Susan, desviarían las cosas un poco y no la culparía tanto por manipular a su prometido—. Pero le advertí que tú te enfadarías si se oponía a tus planes. Entonces, padre le sugirió que fuera a la mascarada y que saboteara los planes de Louise de emparejarte con su excelencia. El pobre estaba devastado, imaginando a la mujer que ama en los brazos de otro caballero. No puedes culparlo, Susan...

Susan sonrió en su fuero interno con aquellas novedades. Imaginar a Henry como perro rabioso, le estaba haciendo el día.

—Bueno, si me disculpas... —Helena quiso aprovechar que su hermana estaba sumergida en sus pensamientos para huir.

—Siéntate, Helena —señaló la butaca y su hermana pequeña suspiró—. Lo que no termino de comprender es cómo se enteró Henry del asunto de Leinster.

—Dijo que a ti se te escapó que Louise pretendía utilizar tu presencia en su baile para asegurar la participación de cierto caballero. Yo uní los cabos y supe que se refería al duque —dijo triunfal, con una risita.

—Y le has dicho que me pretendía, ¿cierto? —Susan arqueó una ceja, suspicaz.

—Bueno, lo quise confortar, informándole que el duque te ha pedido matrimonio tres veces, y que si no has aceptado, ¿por qué debería de preocuparse? —Helena abrió los ojos con furor—. Pero no lo comprendió y tampoco toleró esa idea, y entonces le ofrecí la solución perfecta —sonrió, emitiendo un hondo suspiro—. Estoy segura que soy la mejor cuñada que puede existir. Así que, lord Bristol será mi acompañante, pero sé que de deshará de mí en un santiamén para acudir en tu rescate. ¿No es romántico, Susan? —juntó sus manos y sonrió.

—Si tú lo dices...

—Pues yo quisiera un pretendiente como el marqués. ¡Sería la envidia de todo Londres!

—Y ¿Thomas?

—Thomas es un insensible... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Prefiero que no lo vuelvas a mencionar. Mejor, ayúdame a escoger un vestido. ¿Crees que podrías prestarme uno de los tuyos?

—¿Ocurrió algo con Thomas? —increpó Susan—. ¿Te ha hecho o dicho algo?

—Digamos que comprendí que nunca seré suficiente para él... —trató de sonreír—. Por eso quería ir a la fiesta; necesito hablar con él antes de que se marche, Susan, pero sé que si se lo pido, hará hasta lo imposible por evitarme.

—Y manipulaste a mi prometido, utilizando sus celos para convencerlo de que te lleve al baile...

—Es una situación provechosa para ambos. —Se excusó la jovencita—. ¿Estás enfadada? —Sus enormes ojos azules la observaron llenos de lágrimas.

—Al contrario, Lena. Estoy orgullosa de ti. —La abrazó—. Ven y escojamos un vestido

que haga suspirar al insensible de Thomas.



En su residencia de Grosvenor Square, Henry descendió las escaleras con una innata elegancia. Vestía de un negro impoluto; unos pantalones ceñidos a sus piernas, al igual que la camisa de seda, el chaleco y la levita. El pelo negro rigurosamente peinado hacía atrás, y en su mano sostenía la máscara que usaría esa noche.

—Te ves arrebatador, hijo. —Lady Amanda, la marquesa viuda lo alcanzó desde la cocina y le dio un rápido vistazo. Era una dama muy bella a pesar de su edad, con los cabellos negros de casi imperceptibles canas. Sus ojos eran verdes como los de Henry.

—Gracias, madre —le respondió, dándole un beso en la frente—. ¿Planea hacer algo esta noche?

—Nada, cariño. Todo Londres está encantado con la mascarada de los Harrington.

—Ya veo... —susurró, intentando sonreír.

—¿Cuándo conoceré a la hija de Arthur? —indagó de repente—. La última vez que la vi, tenía catorce años y aires de que sería el vivo retrato de la difunta Susan, la hermana menor de su excelencia. ¿Se parece a ella o a Claire?

—Pues, en realidad no sé si se parecerá a la difunta, pero se asemeja mucho a su padre... —masculló, reprimiendo un juramento. Y no se refería precisamente al físico, sino a su carácter—. Podría decirse, que se parece más al duque que a su madre.

—¡Lo sabía! Debe ser una preciosidad.

—Lo es, madre, y prometo que, en cuanto pueda, acordaré con milady y su madre una visita —prometió.

—Estaré encantada de apoyar a Claire en los preparativos de la boda —dijo ilusionada—. Siempre supe que esa niña sería perfecta para ti; es muy parecida a su padre en muchos aspectos —sonrió de un modo enigmático, haciendo que Henry arrugara la frente—. Tú necesitas a una mujer con carácter a tu lado; escoger a una de esas damitas indefensas, solo habría sido tu ruina.

—Una vez más, mi agradecimiento por su maravillosa elección —dijo Henry, propinándole otro beso a su madre.

—Solo quiero que seas feliz, Henry, y sé que, bajo la guarda de Arthur, nadie más osará lastimarte.

—Madre, ya no tema por nada; hace tiempo dejé de ser un niño descuidado —la intentó confortar—. Ahora soy un hombre que pretende casarse y formar una familia —le recordó.

—Siempre serás mi niño, Henry. Te quiero cielo. —Se abrazó a él, conteniendo sus lágrimas de emoción—. Ve, que se hace tarde, y Arthur no es un hombre precisamente paciente.

—Ya lo sé. —Se despidió con un beso en la mejilla y se marchó.



Henry estaba de los nervios en la entrada de la residencia de los condes de Harrington, esperando a que llegaran los duques de Lancaster con lady Helena, y así ingresar a la fiesta.

—Se están tardando demasiado, ¿no crees? —opinó un Alexander encantador, que iba vestido del mismo modo que el marqués: traje de gala color negro, camisa de seda y chaleco del mismo color, y sus máscaras idénticas con el propósito de confundir a la multitud—. Creo que son los primeros acordes del vals. ¿Tú mujer estará a salvo en los brazos de Leinster? —preguntó sin malicia, ganándose una dura mirada del marqués—. Yo solo decía...

—Lo hace adrede... —masculló entre dientes y Huntly lo miró sin comprender—. Lancaster —aclaró—. Busca fastidiarme para probar mi paciencia.

—¿Por qué haría algo así?

—¿Recuerdas a la jovencita que me salvó en los bosques de Devonshire, en Although Manor, cuando fui secuestrado por los hombres de Garrad?

—¡Por supuesto! Solo has hablado de encontrar a esa jovencita y de ser posible, casarte con ella. Sin embargo, ¿qué tiene que ver ese asunto con este?

—Resulta que el destino, a veces es muy justo, mi querido amigo, y la joven que me salvó, no es otra que la hija del duque, mi prometida —informó con una tonta sonrisa en los labios.

—¡Vaya! Ahora entiendo por qué no deseas replantear tu compromiso con la joven y estoy comenzando a pensar que el maldito destino sí existe. ¡Enhorabuena! —palmeó la espalda de Henry—. ¿Ese no es el duque? —señaló un carruaje con el blasón del ducado.

—En efecto —constató el marqués—. No lo olvides; no puedes alejarte de mí y en cuanto te de la señal, me sustituirás con lady Helena.

—Jamás pensé que tendría que hacer de carabina de una niña caprichosa que ni siquiera ha sido presentada. —Se quejó.

—Deja de protestar y mira bien a milady para que la puedas reconocer y no se te pierda. Es ella... —señaló a una preciosa castaña con vestido lavanda que descendía del carruaje, ayudada por el duque de Lancaster.

Huntly se quedó sin palabras, observando impresionado a la joven que intercambiaba unas cuantas palabras con los duques.

—¿Alex? —Le habló Henry para que volviera a la realidad—. Dime que seguirás el plan y me ayudarás con milady.

Con una endiablada sonrisa que Henry no pudo ver, y todos sus demonios más que predispuestos a prestarse a aquella tarea que su amigo le encomendaba, Alexander respondió:

—Por supuesto. Te prometo que por nada del mundo esa jovencita se deshará de mí.

—Bien. Entonces, adelántate —dijo Henry, yendo al encuentro de los parientes de su futura esposa.



Comenzó a sonar el primer vals de la noche y Susan se halló girando por el salón de baile en los brazos de Leinster. Cuando el baile concluyó, el duque la devolvió junto a los anfitriones y comenzaron a charlar de trivialidades. Susan no dejaba de observar la entrada, esperando en ascuas por la llegada del marqués para evitar que cometiera una tontería y, para qué negar, la sacara de aquel aburridísimo baile donde tenía que escuchar hablar al duque sobre política.

—¿Espera a alguien, milady? —indagó el duque, ante la falta de interés de la dama en relación al tema de conversación.

—En realidad, no encuentro de mi interés los temas políticos, excelencia. Sepa excusarme.

—Esperaba a que lo dijera para poder tener un pretexto y pedirle que me acompañe a un sitio donde podamos charlar unos minutos a solas. —Le ofreció su brazo y Susan, dando un último vistazo a la entrada principal, aceptó la oferta.

Charles FitzGerald, duque de Leinster, la guio al despacho del anfitrión y cerró la puerta tras ellos.

—Excelencia, ¿qué hace? —indagó Susan con aparente calma.

—Tomando al toro por las astas, milady. —El caballero amable que siempre había sido en apariencias, desapareció por completo—. Estoy cansado de escuchar sus negativas a mis propuestas y le aseguro que me encantaría muchísimo saber sus motivos para rechazarme una y otra vez, sin cortar los lazos conmigo. ¿Piensa que es agradable jugar con los sentimientos y deseos de los demás? —Se acercó a Susan que por instinto retrocedió, rodeando el escritorio del despacho—. Ha llegado a mi conocimiento sobre sus inminentes nupcias con un bastardo de poca monta que además, administra una casa de juegos. ¿Es eso cierto, lady Susan?

El matiz amenazador en la voz del duque, la alertó porque en nada se parecía al caballero que la había cortejado por tres temporadas.

—Creo que se está confundiendo, excelencia —fue lo único que se le ocurrió decir.

¿Cómo que Henry administraba una casa de juegos? ¿De dónde ha sacado semejante cosa el duque?

—Para nada... —musitó y siguió avanzando mientras Susan retrocedía—. Lord Bristol, ¿acaso me dirá que ese bastardo que tuvo la suerte de que la esposa de su padre muriera a tiempo, para hacerse cargo de la meretriz de su madre, no es su prometido?

—Cuide sus palabras, excelencia. Usted no sabe nada del marqués —masculló Susan, entrecerrando los ojos con furia.

Leinster entornó los ojos y sonrió.

—Entonces, es verdad —asumió, tragando con esfuerzo—. No puedo creer que prefiera a ese salvaje que a un caballero de mi linaje e intelecto.

—Henry es un hombre en toda la extensión de la palabra, y por supuesto que lo prefiero

mil veces que a usted, que me ha aburrido desde siempre con la misma perorata sobre unos sueños imposibles de cumplir. ¡Despierte, excelencia! No vuele demasiado alto, o la caída puede resultar terriblemente dolorosa y no diga que no se lo advertí. —Lo provocó, haciendo alusión a sus ideales sobre el sueño de que Irlanda consiguiera su completa independencia.

El duque de Leinster, preso de la ira, la tomó del brazo y comenzó a arrastrarla hasta un chaise ubicado junto a la chimenea, la lazó allí y comenzó a aflojarse la corbata. Después se deshizo de la chaqueta, sin apartar su vista de Susan.

—¿Qué piensa hacer? —Le increpó Susan, intentando incorporarse del diván.

—Usted será mía, y cuando todo Londres se entere, no le quedará más remedio que casarse conmigo —dijo con malicia, recorriendo el cuerpo de Susan con lascivia—. De ese modo, su padre no tendrá más remedio que apoyarme en la cámara de los lores; muchos de sus allegados lo seguirán y estoy seguro que, lo que usted llama sueños imposibles, será una realidad.

—Entonces, ¿solo ha querido utilizarme? —increpó con incredulidad Susan.

—Puede que sea muy hermosa, lady Susan, pero puede llegar a ser tan insufrible con su comportamiento tan poco apropiado. Si no fuese la hija de quien es, tenga por seguro que jamás me habría arrastrado a sus pies. —Se recostó sobre el cuerpo de Susan, tomó sus muñecas para inmovilizarla e intentó besarla.

—¡Suélteme, maldito! —Susan forcejeó. Intentó liberar al menos una de sus manos para alcanzar la daga que siempre llevaba consigo en el interior de uno de sus botines.

—¿Busca esto? —Con una mano siguió sujetando las muñecas de Susan y con la otra tomó la navaja, lanzándola a un lado—. Le aseguro que no escapará esta vez, milady.

Hundió sus labios en el cuello de Susan que seguía resistiéndose, hasta que vio una imponente figura acercarse con una pistola.

—Si desea seguir con vida, apártese de mi prometida. —Henry mantuvo el cañón en la cabeza del duque, que despacio soltó a Susan y se incorporó—. Levante esas sucias manos, Leinster. —El duque lo hizo y cuando estuvieron de frente, Henry colocó la punta del arma en su frente y presionó el martillo. Iba a disparar.

CAPÍTULO 16



—No lo hagas, Henry. —Le suplicó Susan—. Si lo matas, no podremos casarnos. ¿No era eso lo que más querías? Porque es lo que más deseo yo, cielo. —Susan se incorporó y quiso obligarlo a que bajara el arma, mas la mano de Henry estaba tiesa, incapaz de mover. Todo él era pura tensión y su mente parecía no escuchar razones.

—Quiso aprovecharse de ti, no puedo hacer de cuenta que no ha pasado nada —masculló sin la intención de bajar el arma.

—Pero no lo vale, y no quiero que te ensucies las manos con un hombre tan despreciable como él. Baja el arma... —lo miró a los ojos, suplicante.

—¡Oh, por Dios! —dijo Helena desde la puerta del despacho, horrorizada y acompañada de Alexander.

—Henry, ¿qué demonios estás haciendo? —le dijo Huntly, comprendiendo a la perfección lo que estaba pasando, pero necesitaba ganar tiempo para que su amigo no cometiera una tontería.

—¿Acaso no lo ves? —refutó con sarcasmo—. Voy a matar al cretino que intentó aprovecharse de mi mujer... —arrastró cada palabra, fuera de sí.

—¿Cómo diantres sacaremos de aquí el cadáver sin que nos vean? Si es que llegamos a intentarlo, porque el disparo alertará a la multitud entera... —insistió, captando la mirada de reproche de Susan, para quien solo cerró los ojos como señal.

—El insufrible de su amigo tiene razón, lord Bristol. Además, le tengo fobia a la sangre —añadió Helena, intuyendo la intención de lord Huntly—. Es mi primer baile, y usted es mi acompañante. No lo arruine...

—Cariño, Helena jamás te perdonará si arruinas su primer baile y la tendrás que soportar por muchos años, recordándote la situación. No queremos eso, ¿cierto?

Las manos de Henry se aflojaron y bajó el arma despacio.

—Eso es, cielo. Dejemos que mi padre se haga cargo. —El semblante de Leinster cambió por completo al escuchar aquellas palabras.

—No hará falta. —Una voz potente resonó desde una puerta lateral que daba a los jardines. Era John, seguido por Brodie—. Ustedes regresen a la fiesta, antes de que padre se impacienta. Yo me haré cargo del caballero, junto con mi buen amigo Brodie. —Una tenebrosa sonrisa se

asomó en los labios del joven heredero.

—¿Tú?! —dijo burlón Leinster—. ¡No me hagas reír, mocoso insolente!

—Si fuera tú... —John comenzó a dar pasos firmes e intimidantes hasta él—. No estaría tan feliz de que fuese precisamente yo quien decida tu futuro.

—¡Cómo osas tutearme, niño malcriado! —le reprochó Charles—. Te juro que...

En ese mismo instante, John le propinó un fuerte puñetazo que lo tumbó al suelo. Leinster levantó un poco la cabeza, viendo la cara borrosa del hijo de Lancaster que sonrió de lado y con una pistola, lo terminó de golpear para dejarlo inconsciente.

—Hablas demasiado... —masculló, poniéndose de pie y se volvió a su hermana mayor—. ¿Te encuentras bien, Susan?

Susan, que se había abrazado a Henry, lo soltó despacio y afirmó con la cabeza. Sin embargo, se agachó y tomó la navaja del piso. Caminó hasta Leinster y lo observó con asco. Presionando con firmeza el arma, se agachó, paseando la punta por el cuello y el rostro del malnacido que había querido aprovecharse de ella. de repente, de un solo movimiento le realizó un corte profundo en la mejilla.

—Ahora me siento mucho mejor —miró a su hermano que afirmó con la cabeza.

Se volvió a Henry que la estrechó entre sus brazos y luego tomó su rostro entre sus manos para verla a los ojos.

—Si algo te hubiera pasado, yo... —El nudo que se formó en su garganta, no lo dejó terminar.

—No sucedió nada, gracias a ti. —Lo besó a los labios, mientras oyeron un carraspeo proveniente de Huntly.

—Brodie, terminemos con esto. —John se dirigió al pelirrojo que envolvió con una manta el cuerpo del duque y Susan lo observó sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—¿Tú?! —lo señaló con el dedo—. ¿Qué haces aquí? —Era imposible olvidar al gigante pelirrojo a quien había enfrentado en el bosque, hace cinco años.

Brodie, con una sonrisa de agradecimiento y los ojos brillosos por la emoción, se acercó hasta Susan y realizó una perfecta reverencia.

—La he buscado durante cinco años, milady, en nombre de mi señor. Sin embargo, el destino ha querido que, con la excusa de un compromiso, sus caminos se volvieran a cruzar. Nuevamente, le doy las gracias y le juro lealtad por el resto de mis días. Si me disculpa, tengo asuntos de los que ocuparme con su hermano. —Se volvió hasta el cuerpo de Leinster, lo cargó a su hombro y salió por el mismo sitio por donde había entrado.

Antes de seguirlo, John miró a Helena y a Alexander, pasando su mirada fruncida de uno a otro varias veces.

—¡Juro que soy inocente! —Se apresuró en decir Huntly, levantando las manos.

—¡Ni tanto! —dijo Helena, en tono de sarcasmo.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó John, dando un paso hacia ella.

—Nada, querido. —Helena se acercó, se abrazó a su hermano y le propinó un beso cariñoso en la mejilla—. Solo ha arruinado mis planes.

—¿Arruinar sus planes? —increpó ofendido el rubio—. Más bien, la he salvado de hacer el ridículo.

—¿Qué sucedió, Helena? —insistió su hermano.

—Nada, John. No pasó nada. Ahora regresaré con padre y madre, y volveremos a casa. ¿Te veo en el desayuno? —preguntó como si nada hubiera pasado.

John afirmó, le dio un beso en la frente y se acercó a Henry.

—Cuida mejor a mis hermanas. —Lo tocó con el dedo índice en el pecho tres veces—. Y espero que, lo que conversamos, lo hayas resuelto.

Henry metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un papel, se lo entregó a John que lo estudió conforme.

—Susan, ¿qué te parecen las bodas en el campo? —preguntó de pronto John.

—Pues, me resultan más agradables que una pomposa boda en la ciudad. ¿Por qué? —curioseó sin saber que su hermano estaba gestando su propio matrimonio.

—Porque en dos semanas, se celebrará la tuya en Haven House —notificó como si nada—. Henry ha seguido mi consejo y obtuvo una licencia especial, dadas las circunstancias —le informó, mientras Susan parpadeó sorprendida.

—¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias? —preguntó Helena en su inocencia.

—Circunstancias como las despedidas a medianoche, cielo. —Le explicó John, con los ojos fijos en su hermana mayor—. ¿Tienes alguna objeción, Susan?

Completamente sonrojada, Susan negó con la cabeza.

—Eso pensé. —John abrió sus brazos y Susan se aferró a él—. Es un buen hombre, te hará muy feliz.

—Lo sé.

—Bien. Entonces, quizás a ustedes también los vea en el desayuno. —Fijó la mirada en Susan y Henry, para después darle un rápido vistazo a Huntly que se estremeció—. Espero verlo en la boda de mi hermana, lord Huntly.

Y dicho aquello, dio media vuelta y se marchó.

Susan se quedó de pie delante del marqués, observando con los ojos llorosos al susodicho que tragó con fuerza al ser descubierto.

—Creo que debemos dejarlos a solas. —Le dijo Alexander a Helena—. Tienen cosas de las que conversar.

—No sabía que las despedidas a medianoche fueran tan eficaces como para fijar la fecha de una boda —dijo en cambio Helena, con un inusual brillo en la mirada—. ¿Cree que me lo podría explicar?

Alexander rodó los ojos y la obligó a salir de la habitación.

—Cuando sea presentada, le prometo que se lo voy a explicar. Ahora, ¡andando!

—Pero...

La discusión entre Helena y Alexander se perdió por el pasillo.

—Entonces, ¿eres tú? —La voz de Susan se quebró por la emoción cuando Henry afirmó con la cabeza.

—Te he buscado incasablemente para darte las gracias, pero no imaginé que el destino ya había trazado que mi vida estaría enlazada a la tuya por siempre... —susurró con un nudo en la garganta.

Susan lo vio fascinada, pero todavía no comprendía unas cuantas cosas.

—¿Cuándo lo supiste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo supe después de haber decidido que en verdad me gustabas, y no sería tan malo casarme contigo. —Le aclaró el marqués—. Mi decisión no tiene nada que ver con el hecho de que me salvaste la vida, Susan, y no te lo dije porque tu padre quiso que te enamoraras de mí, del marqués de Bristol, sin traer a colación el pasado o que pienses que solo estaba aceptando el compromiso por agradecimiento —explicó con convicción, mientras acortaba un poco la distancia que los separaba. Sin romper el contacto entre sus ojos y presionando sus puños a los costados de su cuerpo, dijo—: Te amo, Susan. Desde hace mucho tiempo, te amo con locura.

Aquellas palabras retumbaron en su cabeza, mientras su corazón palpitaba.

—¿De verdad me amas? —inquirió emocionada.

—Con todo mi ser —confesó con convicción y abrió sus brazos—. Ven aquí, mi amor.

Con los ojos llorosos, Susan se lanzó a sus brazos y ambos permanecieron de ese modo, abrazados, aceptando que el destino había decidido unir sus vidas y sus corazones hace mucho tiempo.

—¿Y mi medallón? —preguntó Susan, cuando decidieron regresar al baile.

—Lo tiene tu padre. Cuando el médico fue a Haven House para tratar mi herida, lo vio y estuvo a punto de estrangularme. —Henry negó con la cabeza—. Fue así como supe que eras tú...

—Seguiré fingiendo que no sé absolutamente nada... —musitó Susan—. Ese prendedor fue el primer regalo que le hizo a mi madre; es muy especial.

—Bueno, convengamos que me lo diste porque también soy especial. —La confortó.

—Mejor, seguiré fingiendo que no sé nada —insistió, negándose a enfrentar la reprimenda que su padre le daría.

Henry solo rio y, cuando llegaron al salón de baile, el segundo vals de la noche comenzó a sonar.

El marqués, sin decir palabra, la guio a la pista y comenzaron a girar, llamando la atención de todo el público que se maravilló por lo bien que la pareja se compenetraba.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar... —dijo Susan, de repente, cuando Henry la

hizo girar—. ¿Es verdad que manejas una casa de apuestas?

A través de la máscara, Susan no lo pudo ver, pero Henry arrugó el ceño.

—Es verdad —confesó, esperando que la reacción de Susan no fuese tan mala.

—¡Eso es maravilloso! Siempre quise ir a uno de esos sitios —dijo, sin embargo, la joven—. ¿Cuándo me llevarás?

—Eres incorregible, cielo. —El marqués negó con una sonrisa—. ¿Qué te parece ahora?

—Me encantaría, pero mis padres están aquí, gracias a ti y a Helena... —reprochó.

—Hablaré con su excelencia —replicó por encima de sus palabras.

—Entonces, estaré encantada.

Los últimos acordes de la pieza resonaron y ambos salieron de la pista para dirigirse hasta donde estaba su excelencia con los condes de Essex. Sin embargo, una preciosa y elegante pelirroja, los interceptó a medio camino.



—¡Maldición! —bramó Arthur de improviso, cuando vio a Susan en brazos de Henry.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Claire, intrigada por el motivo del malestar de su esposo.

—Henry está en la pista con Susan. Entonces, ¿dónde demonios está Helena? —masculló colérico, mirando de un lado a otro. Reconocería a ese par, aunque estuvieran enfundados con hábito de monja y sotana de cura.

—¡Aquí, padre! —replicó Helena, apareciendo como por arte de magia a su izquierda, y escoltada por un caballero que Arthur de inmediato reconoció—. Estaba de pie justo allí, embelesada por la hermosa pareja que hacen mi hermana y lord Bristol.

—Excelencia. —Alexander inclinó la cabeza—. Me ofrecí a escoltar a su hija hasta aquí.

—Es que lord Bristol moría de ganas por bailar, y no podía ser tan desconsiderada con él. Usted lo comprende, ¿cierto, padre? —insistió Helena, con la esperanza de tener éxito.

—Tanto tiempo, Huntly —dijo Arthur—. He oído que tu padre murió. Mis condolencias.

—Gracias —respondió secamente el marqués—. Ya he cumplido con mi propósito y milady se encuentra a salvo. Si me disculpan... —realizó una elegante reverencia y se perdió entre la multitud. No quería tentar a su suerte y correr con el mismo destino que Henry.

—¿De dónde una jovencita como tú, conoce al tipo de caballeros como Huntly? —Le increpó su padre a Helena, que había decidido hacerse la sorda—. Helena...

—¿Qué, padre? ¿Ha dicho algo? —Se volvió a al duque con un aire inocente. Si supiera lo que sucedió con lord Huntly, el pobre estaría... ¡No! Mejor olvidarse de ese penoso hecho y mirar hacia el futuro.

—¡Olvidalo! —Arthur negó rabioso—. Me quiero marchar —le dijo a su esposa.

—¿Y Susan? —inquirió Claire.

—Que el marqués la regrese a casa. De todos modos, no hay nada más que lamentar...

—Arthur... —Lo reprendió Claire—. Ni siquiera han hecho oficial su compromiso. ¿Qué ocurrirá si...? —Claire no quiso ni pensarlo.

—Henry es todo un caballero, cariño. No te preocupes.

—No me refiero al marqués, sino a tu hija. ¡Deberías conocerla mejor que nadie! ¿Y si se retracta? —preguntó temerosa.

—John ya se ha encargado del asunto. ¿Has hecho lo que nos pidió? —indagó, haciendo alusión a una cena de compromiso íntima después del baile de Louise, y una boda en Haven House para dentro de dos semanas.

—No. Pensé que solo quería presionar a Susan.

—Pues ahora ya sabes el motivo de su prisa.

—¡Por Dios! ¿Crees que el hombre es adecuado para ella?

—Yo lo moldeé, cariño. Es la pareja perfecta para Susan —sonrió enigmático y Claire suspiró, mirando a su pequeña niña.

—Se ve feliz... —musitó la duquesa, sonriendo de pronto, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Nunca la había visto así.

—Porque papá le ha encontrado al marido perfecto; ya te lo dije, Claire. Y ya marchémonos antes de que otro asunto arruine mi buen humor.

—¿Y a mí, padre? ¿Cuándo me buscará al candidato perfecto? —intervino Helena, que había escuchado toda la conversación, pero no llegó a comprender ni la mitad de aquellas enigmáticas palabras.

Arthur gruñó y rodó los ojos, recordando nuevamente que su niña había estado en compañía de Alexander. ¡Ese bribón!

—Deja que papá se recupere de su primera incursión como casamentero, y te busque un marido a ti también —bromeó Claire, ganándose una mirada de reprimenda de su esposo, mientras los tres salían del salón de baile.



Después de que Henry viera a sus suegros perderse hacia la salida, tomó como una aprobación por parte de Lancaster de encargarse de regresar a Susan a su casa.

En su carruaje, iba con ella sentada en sus piernas, mientras la observaba embelesado y ella no paraba de hacerle preguntas sobre su pasado.

—Lo que no termino de comprender, es ¿cómo el duque supo que eras dueño de ese

casino? —preguntó, y Henry afirmó con la cabeza porque estaba pensando en lo mismo.

—Me hago la misma pregunta, aunque todo indica que lord Rivers le dio la información, quizás, con el propósito de obtener un poco de dinero, ya que no tiene donde caerse muerto... —emitió un hondo suspiro. Hasta que no atrapasen a Rivers, no podía bajar la guardia.

—¿Qué harán con el duque? Y, ¿si se lo dijo a alguien más? —siguió preguntando.

—Solo John decidirá la suerte de ese hombre, y sea cual sea el castigo que le escoja, no me opondré para nada. Estoy seguro que el atentado en la finca, fue obra de ese hombre y que Rivers no tuvo vela en ese entierro —replicó con determinación—. Sin embargo, no puedo confiarme, pero estoy seguro que sabremos de él muy pronto; más, si tenemos a Alexander frecuentándonos.

—¿Qué tiene que ver lord Huntly?

—Alex heredó un título en ruinas hace poco, y ha estado concurriendo varios sitios para conseguir dinero y salvar algunas propiedades.

—¿Él arruinó al conde?

Henry negó.

—Lord Rivers es un vicioso del juego, y para rematar, un pésimo jugador. Él solito ha encontrado la ruina —explicó.

—Espero que tu amigo esté a salvo de las maquinaciones de ese hombre —deseó Susan—. Por cierto, es muy bien parecido.

—Susan... —La censuró el marqués.

—Me gusta, pero para mi hermana, porque yo ya tengo a mi pareja perfecta... —susurró a su oído, logrando que Henry se estremeciera.

—Es mejor que no sigas haciendo eso; al menos, hasta que lleguemos al Fortune.

—¿El Fortune de St. James? —inquirió Susan, sorprendida y con los ojos brillantes.

—Precisamente ese, cielo —replicó Henry cuando el coche se detuvo en la entrada trasera del club.

Cubrió a Susan con su capa y él hizo lo propio, antes de bajar e ingresar al casino. En cuanto ingresaron a su despacho, tiró de su mano y la llevó hasta el escaparate de cristal por donde se veía todo. Las personas más elegantes de Londres, paseaban por el recinto. Unos apostaban en las mesas, otros solo bebían y charlaban en la barra. Habían personas que Susan jamás imaginó ver en una casa de juegos, aunque esa no era precisamente una simple casa de juegos; era el Fortune, el casino más lujoso, elegante y sofisticado de todo Londres.

—Nunca pensé que me casaría con el dueño del Fortune...

Henry le rodeó la cintura desde atrás y reposó su barbilla en su hombro derecho.

—Tú eres la dueña absoluta del propietario del Fortune; por lo tanto, este sitio y todo lo que tengo, es tuyo, Susan. Te pertenezco en cuerpo y alma, me inclino a tus pies, para que hagas y deshagas conmigo a tu antojo... —le dijo al oído, y esta vez fue Susan quien se estremeció.

Se volteó para estar delante de Henry y rodeó su cuello con sus manos.

—Soy muy feliz... —confesó, mientras las manos del marqués se afianzaban a su cintura y presionaba su cuerpo contra sí.

—Yo lo soy aún más. Te quiero —musitó sobre su boca, devorando sus labios en un beso apasionado que terminó, con las prendas de ambos, repartidas por todo el piso de la oficina, en tanto ellos se demostraban su amor como mejor les nacía: con caricias y besos, sin más palabras que el susurro del nombre del otro, mientras hacían el amor.

EPÍLOGO



Reading

2 semanas después

En la Iglesia St. Mary's, una considerable cantidad de personas concurrieron para asistir a la boda de la primogénita de los duques de Lancaster, y no porque hubieran sido invitados, sino porque la curiosidad les podía, ya que la decisión de los novios había sido celebrar una boda íntima, sin mucha opulencia y con invitados selectos; solo sus allegados más cercanos.

En la primera fila, a la izquierda, estuvieron los condes de Essex, la condesa de Harrington y su esposo, su tío Charles, su tía Serena junto con sus hijos Ronald y Amelia. Thomas no pudo asistir, pues una semana antes había partido a Boston. Sin embargo, les había deseado a los novios la mejor de las bodas y una emocionante vida conyugal. Además, algunos amigos íntimos de Arthur que también eran socios de negocios, con sus respectivas familias.

En la otra fila estaban los familiares del novio; una considerable cantidad que, mirándolos detenidamente, se asemejaban mucho el uno con el otro. En la primera línea, estaban la marquesa viuda, acompañada por su hermano Cameron Murray, duque de Atholl, y su esposa. A ellos, en la siguiente fila se unían sus hijos; un muchacho muy parecido a Henry, pero mucho más joven y unas jovencitas idénticas que eran las gemelas Murray. También estaban todos los hombres que trabajaban para Henry, entre ellos Brodie, cuya historia en particular había conmovido hasta los huesos a Susan.

Los padrinos del marqués fueron Alexander y John, las damas de honor, Helena y la hija mayor de Atholl, Celia.

Por su parte, Claire estaba con Susan y Arthur en la entrada de la iglesia, nerviosa como si fuese su propia boda.

—Tranquila, madre, todo estará bien. ¡Es como si nunca se hubiera casado! —bromeó Susan para tranquilizarla.

—Y eso que me casé dos veces... —murmuró por lo bajo, observando de soslayo a su esposo que, a pesar de los años, seguía siendo un hombre sumamente atractivo y encantador.

Arthur comprendía el temor de su esposa, pues la situación de su matrimonio después de la primera boda, fue desafortunada, y sabía que ella sentía temor a que Susan pasara por lo mismo, en vista que el marqués y ella apenas llevaban dos meses de conociéndose.

—Claire, todo estará bien. Confía en mí, mi amor. —Arthur le sonrió, depositó un suave

beso en sus labios, y le ofreció su brazo a Susan cuando el cuarteto de cuerdas comenzó a sonar.

—Es hora —dijo ella, ingresando por uno de los laterales para ir a su sitio.

—¿Lista? —preguntó Arthur a su pequeña, con un enorme nudo en la garganta.

—Lista —respondió Susan, con sus ojos llenos de lágrimas.

Desde que Susan hizo su aparición y marchó por el corredor central, del brazo de Lancaster, para reunirse con él en el altar, y hasta el momento en que la besó, después de que el cura los declaró marido y mujer, Henry se sintió realmente afortunado por casarse con la mujer de sus sueños y no había hecho otra cosa más que agradecer a su madre, a su excelencia y hasta a su hermano, que de no haber sido por él, ellos jamás se habrían conocido.

Después de que la ceremonia terminara, todos se dirigían a sus carruajes para reunirse en Haven House y disfrutar juntos del banquete nupcial.

—Haz las cosas bien, prioriza a tu mujer y a tu familia y te aseguro que vivirás muy feliz siguiendo esas reglas —le dijo su tío Atholl cuando se acercó a darle el enhorabuena a los novios.

Henry le devolvió la sonrisa, le estrechó la mano y luego volvió a mirar a Susan, que hacía lo propio con sus allegados.

La observó feliz y orgulloso, agradeciendo al cielo por haber recibido aquella bala aquel día.

—¿En qué piensas, cielo? —preguntó Susan, cuando regresó junto a él.

—En que gustoso volvería a recibir un plomazo, siempre y cuando seas tú quien acuda a mi rescate. Eres mi salvadora en todos los sentidos. Te amo.

Susan se colgó a su cuello y sin importarle las miradas ajenas, dejó que su marqués la besara larga y apasionadamente.

FIN.

PRÓXIMA NOVELA



<https://www.amazon.es/dp/B0CLL5DXBH>

En busca del candidato perfecto

¿Quieren saber un secreto?

Algo ocurrió en la mascarada...

¡Nos leemos!

